

LA ESCENA CONTEMPORANEA

10

Buenos Aires



Ocupaciones, historia y ciudad

IMAGENES Y ESCRITURAS

Cine y política

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El Estado-guerra

LA ESCENA CONTEMPORANEA

Mayo de 2003

10

Grupo editor: Verónica Gago, María Pia López, Matías Molle, Diego Sztulwark y Fabio Wasserman

Colaboradores: Pablo Belzagui, Andrés Bracony, Manuel Bueno, Malena Bystrowicz, Enrique González, Horacio González, Guillermo Korn, Ignacio Lewcowicz, Santiago López Petit, Miguel Magud, Verónica Mastrosimone, MTD de San Telmo, Cecilia Pernasetti, Sergio Schmucler, Cecilia Sosa, Andrea Trotta

Dibujos: Andrea Trotta

Fotos: Verónica Mastrosimone / Grupo de Arte Callejero y Colectivo Situaciones

Tapa: Mapa de Buenos Aires, circa 1775

Diseño: Cutral

Diseño Web: Javier Fernández Míguez

E-mail: laescenacontemporanea@yahoo.com

Página Web: <http://pagina.de/laescenacontemporanea>

Precio: \$ 7

Índice

EDITORIAL	5
CHARLAS AL PIE	
21 de marzo	
Charla con Horacio González	13
8 de abril	
Charla con militantes del MTD San Telmo	33
2 de mayo	
DesalojArte/ en progresión	39
IMÁGENES	
La chica del puente, por Guillermo Korn	41
Historia de una manzana, por Andrés Bracony	44
El festejo del ahorrista, por Ignacio Lewkowicz	47
Fábricas recuperadas: ¿una política?, por Verónica Gago	49
Una nueva oportunidad... para alcanzar la eternidad, por Fabio Wasserman	52
Física de las sorpresas, por Diego Sztulwark	55
Palabras aladas, por María Pia López	60
Apuntes para filmar una escena, por Matías Molle	63
CRONICAR	
Anecdotario de un extranjero en su propia ciudad, por Manuel Bueno	71
TEXTOS ENCONTRADOS	
Estado-Guerra, por Santiago López Petit	77
CINE Y POLÍTICA	
Lugares de origen	84
Imágenes ausentes	98
NÚMEROS ANTERIORES	111

Editorial

Imágenes

La cultura letrada ha parido fuertes desconfianzas hacia las imágenes. Éstas fueron acusadas de ser causantes o portadoras de lo banal, lo rápido, lo alienado. Asociadas durante el siglo veinte a la industria cultural o al espectáculo, recibieron la condena sumaria de la teoría y el éxito del consumo masivo. Todavía se escuchan las voces que señalan que algo fortísimo ha perdido la cultura en su desplazamiento de la escritura a la imagen. Porque si allí había concepto –en el despliegue de lo escrito–, aquí sólo quedaría la mera ociosidad del entretenimiento.

Creemos, por el contrario, que las imágenes pueden suponer, al igual que los conceptos, una composición compleja de ideas y representaciones. Más aún, lo que se ha considerado rasgo notorio de las culturas masivas –la trivialización, la conversión de toda producción en mercancía– puede afectar tanto a las escrituras como a las imágenes. Ambas pueden venir a sustituir lo que se experimenta o se produce con representaciones ajenas y cristalizadas. Pero una imagen, decíamos, puede ser también un modo de decir, una propuesta, una idea, una activadora del pensamiento y de la acción.

Hemos concebido este número de *La escena contemporánea* a partir de algunas imágenes. Lo hicimos, si se quiere, invirtiendo los mecanismos del espectáculo y de los medios masivos de comunicación que las exhiben una tras otra sin solución de continuidad. Por el contrario, nos propusimos detenernos en algunas imágenes –ofrecidas por los medios y las calles o sugeridas por lo que nuestra propia imaginación tomó de esos lugares–, para desarmarlas y volverlas a construir desde la escritura, el dibujo y la fotografía. Tratamos entonces de pensar (en) la suspensión de ese incesante movimiento. De pensar sobre la ciudad, los dilemas del trabajo, las militancias, las resistencias, las elecciones, la guerra, el cine.

Territorios, ocupaciones y vallas

Algunos periodistas con declarada vocación por las políticas represivas suelen mostrar un mapa de la ciudad de Buenos Aires en el que titilan puntos rojos. Son las señales, sobre el mapa, de los lugares en los que hubo piquetes, cortes, protestas. Cartogra-

fía de la protesta que se corresponde a una voluntad policial. Es posible pensar a Buenos Aires bajo esas imágenes. Pensarla como campo de batalla: el viejo damero sería el tablero donde se multiplican los enfrentamientos. No extrememos la metáfora, porque si de algo no se trata es de un ajedrez donde se enfrentan contendientes únicos, diferenciados y simétricos.

Hay batallas que son sólo simbólicas, como aquella que ha enardecido a muchos por el cambio de nombre de un tramo de la calle Sarmiento para ponerle el de su más odiado enemigo —o que han merecido mayor simpatía, como aquella que desplazó el nombre de la potencia mundial por el del pueblo de Irak—. Nos interesan más aquí, las que suponen la materialidad de las ocupaciones: la toma de territorios que, al mismo tiempo, producen también una fuerte intervención simbólica.

Del 2002 para acá, se extendieron las ocupaciones de edificios por parte de trabajadores, assembleístas, desocupados: se tomaron fábricas cerradas, locales abandonados, bancos quebrados, bares y pizzerías. La ciudad veía surgir otros modos de la posesión no amparados en los títulos legales ni en los usos individuales. En los primeros meses del 2003, mientras el país caminaba hacia las urnas en las elecciones que parecían ser las más desapasionadas de su historia, se definió también otra estrategia territorial: el desalojo y la expulsión de los ocupantes.

Las ocupaciones no pueden entenderse sólo en relación al ejercicio o no de la ley, como tampoco pueden reducirse a un debate sobre la propiedad. Involucran también el problema de los usos urbanos públicos y privados. En este número, discutimos una experiencia en la que el problema de los usos se liga al de la propiedad pública, pero también

a la memoria histórica y cultural de la ciudad. Nos referimos a la ocupación realizada por el MTD de San Telmo del edificio en el que están los restos de construcción más antiguos de la ciudad; ocupación que fue el centro de dos conversaciones: una con Horacio González, otra con los militantes que participaron de esa toma.

A una cuadra del vacío y vallado Padelai, el terreno que habían ocupado ya está, también, vacío y vallado. Las vallas, dispersas sobre la ciudad y acompañadas de uniformes policiales, son los signos visibles de la reocupación de los territorios. Reocupación que la justicia va ordenando o el gobierno definiendo. Vallas en el padelai, en Brukman y también en el Parque Rivadavia. Ni hablar de las plazas que han sido el corazón político de la ciudad, ahora tatuadas por vallas fijas y móviles.

Las vallas cortan la circulación: señalan un espacio no habitable, que no debe ser ocupado ni transitado. Zonas de exclusión. Un Estado que fija zonas de exclusión —territorios vacíos— en la ciudad, está considerando a algunos habitantes no como ciudadanos sino como sus enemigos. Se define casi como estado de guerra: ocupa posiciones —las trincheras devinieron vallas— y las defiende con las armas. De hecho, parece ir precisándose un método represivo que pasa por la idea del cerrojo: rodear a los que protestan y cerrar el círculo. Lo que sucedió en Brukman demuestra que no se trata de dispersar sino de encerrar.

Las plazas fueron el clásico territorio de las ciudadanías; las avenidas la materialización del flujo mercantil: las vallas vienen a cortar unas y otras. Colocan un nuevo uso urbano: el del Estado policial o el de la banda mafiosa. Los territorios se demarcan y se ocupan: la fuerza es el medio de garantizar esas ocupaciones.

Una ciudad no es una trama urbana solamente. Es también cierta experiencia y un conjunto de modos de habitarla. Por eso las ocupaciones realizadas por distintos movimientos vienen a reponer como cuestión central la de los modos de sociabilidad, y los modos difíciles del diálogo entre los edificios ocupados –o los grupos ocupantes– con el barrio y la ciudad. Una ocupación supone *algo más* que tomar un espacio que impone su propia lógica: supone la posibilidad subvertir esa lógica.

Habitar la ciudad exige, entonces, pensar nuevamente sus usos y sus posibilidades. Apropiarse de lo que significa como cultura y modo de vida. Una ciudad es también las ciudades sobre las que se erigió. Coexisten temporalidades diversas, huellas de distintas épocas y proyectos. Se puede percibir en Buenos Aires los restos de las industrias y también los nuevos edificios espejados e inteligentes, se puede caminar barrios creados por oleadas inmigratorias o por flujos de capital históricamente móvil, también auscultar sus plazas, sus parques o sus edificios públicos.

Señales

La ciudad es, también, territorio de resistencias, de fugas, de creaciones. Algunas nos interesan más que otras. Aludimos a ellas en éste y otros números de la revista. Puede entenderse ese gesto como el ademán de señalar: hacer visible alguna peculiaridad potente que las distinga. Es obvio que la señal es una impronta política: afirma valores en ese mismo acto de diferenciación. Señalar puede ser, simplemente, mostrar: he aquí algo que nos interesa, que transcurre por este proceso y que puede modificarse al tiempo que terminamos de mostrarlo. Sin embar-

go, es una operación que comporta dos riesgos que no podemos desdeñar.

Por un lado, la señal puede provocar una imagen cristalizada: se señala por tal o cual valor o cualidad una experiencia a la que ésta debe guardar fidelidad. Se juzgará entonces lo señalado por su identidad consigo mismo en función de los elementos valorizados por quien señala. Para que no parezca un jueguito de palabras: se señala una asamblea barrial por su capacidad de hacerse cargo de un edificio abandonado y se le solicita a esa asamblea que no deje de tomarlo, aunque ésta tenga otras prioridades o necesidades, porque si lo hace traicionaría lo que se valora de su acción.

Por otro lado, la señal puede ser una señal de alerta. Pero una alerta que active no la solidaridad y la relación con grupos o experiencias afines, sino que convoque los mecanismos que permitan su reapropiación. Que reinscriban lo inédito de una experiencia en los códigos de los que ésta fugaba. En ese sentido, el propio ademán de señalar solicita la aceptación de las reglas de juego.

Se nos dirá que es insostenible la permanencia de una experiencia sustraída a toda codificación y a toda expropiación. Es cierto. Y esa certeza, sin embargo, no nos exime de los dilemas: ¿cómo mostrar una experiencia sin construir una señal que sustituya aquello que nos interesa? ¿cómo hacerlo sin alertar a aquellas fuerzas capaces de expropiarla?

Elecciones

El momento electoral no pasó, como suponíamos, sin pena ni gloria. Nunca fue tan evidente la presión de las industrias comunicacionales para

que se asumiera como condición la ciudadanía. Votar se convirtió en un acto loable y necesario. De algún modo, se pretendió un tono fundacional, casi como el de 1983: después de todo lo que pasamos, tenemos la posibilidad de elegir y comprometernos en los resultados. Los analistas de obviedades –periodistas, encuestólogos, opinólogos– desfilaron por los sets televisivos regodeándose en la madurez de la sociedad argentina que votó sin lealtades derrotando al bipartidismo. Demostraron, los analistas, una considerable capacidad de hacer circular un lenguaje de signos más devaluados que los bonos provinciales. La interna peronista fue llamada derrota del bipartidismo, y la mayoritaria aceptación de la sociedad de emprender un camino de normalidad –esto es, aceptando y cultivando la sumisión a los poderes dominantes– es considerado signo de madurez que orgullosos mostramos al mundo.

Una misión permanente en la Argentina del organismo financiero de control mundial y la abierta discusión sobre la pretendida inmunidad de los marines norteamericanos en territorio nacional, demuestran que no siempre son necesarios los misiles inteligentes. Alcanza, muchas veces, con la democracia electoral.

El dispositivo mediático ha demostrado su poder. Hay que incluir allí la producción constante de encuestas y mediciones y su circulación. Un ciudadano informado es hoy un votante chantajeado por los números que circulan. Parte de los sectores medios, horrorizados que otros voten por un plato de lentejas –metáfora que usaba un viejo sociólogo italiano para explicar el inicial peronismo–, votan por el último dato del encuestador repetido infinitamente por los medios.

Los medios, se sabe, constituyen mayorías. Corrientes de opinión que le dicen. Pero hace falta algo más que explicar esos poderes para poder pensar qué sucedió el 27 de abril. Esas urnas, ¿espejan invertidamente lo que sucedió en diciembre de 2001? Aquello que esplendía como rechazo a la mediación política o a la fallida representación, ¿ahora se ha invertido, o ha mostrado su corazón real y profundo, en una renovada confianza en la capacidad de la clase política de gobernar? Preferimos pensar las elecciones sin esa presunción de continuidad. Las urnas no vendrían a mostrar la verdad de lo que había pasado en las calles, ni serían el sustituto de las barricadas. Llorar ahora, como tantos militantes bienintencionados, sobre los votos derramados, por no haber sabido *organizar* lo sucedido en diciembre, es considerar que aquellos sucesos no hacían más que abrir una oportunidad política que reclamaba su instancia electoral, aunque ésta se llamara voto en blanco, impugnado o abstencionista.

Consideramos las elecciones, más bien, como una interpelación sobre la gobernabilidad. Apareció la cuestión de la capacidad de gobierno y control. El valor central que aparece en juego en la elección parece ser la capacidad de control social y de organización del Estado. El control puede tener el rostro desagradable de la represión directa o el más amable de la negociación previa a la represión. Pero es evidente que se reclama “gobierno”. Y eso no deja de tener consecuencias sobre los grupos resistentes que pasaron a ser considerados rémoras del momento de anormalidad. La ciudad de Buenos Aires, que por momentos alumbró la idea de una recepción festiva y solidaria de los grupos piqueteros, hoy se va crispando ante las calles cortadas o los ros-

tros cubiertos. No es posible silenciar la responsabilidad que le cabe a los partidos de izquierda en su destrucción o aislamiento.

Imágenes post electorales

El momento de las elecciones es donde se expresan las voluntades mayoritarias. Ya se votó o no se votó. Ahora queda, nuevamente, la exigencia de crear otros valores. Sea quien sea el presidente, con más o menos posibilidades o amenazas, el camino es la afirmación valorativa: la creación, lo hemos dicho muchas veces, de otros modos de sociabilidad y de otras formas de expresión cultural y estética.

En este número de *La escena contemporánea*, diagramado y editado en los días que van entre la primera y segunda vuelta electoral, publicamos dos conversaciones sobre cine y política. Una sostenida entre el grupo editor y

los hacedores del documental *Piqueteras*. La otra, organizada por Sergio Schmucler a raíz de una pregunta: ¿cómo ficcionalizar los años de la militancia setentista? Un documental, entonces, sobre las militancias actuales; y una reflexión sobre la llamativa ausencia de filmes de ficción para tratar los años previos a la dictadura.

Imágenes. Borges consideraba un error comprender por imagen sólo una representación visual; se trata, por el contrario, de un modo expresivo. Ese error, decía, llevaba a los escritores a construir metáforas absurdas pero de supuesto impacto visual. Hemos tratado de pensar las imágenes como ideas: lo han hecho quienes invitamos a hablar sobre cine, pero también Andrea Trotta con sus dibujos y Verónica Matrosimone, el Grupo de Arte Callejero y el Colectivo Situaciones desde las fotos, así como también todos aquellos que escribieron bajo la consigna de pensar desde una imagen.

Charlas al pie

Movimientos, ocupaciones y ciudad

Cualquier transeúnte desprevenido puede percibir sin demasiado esfuerzo los cambios sufridos por la ciudad de Buenos Aires en los últimos años. Transformaciones que no sólo fueron consecuencia de su modernización, de los cercamientos de los espacios públicos, o de la pauperización de sus habitantes, sino también de las acciones de nuevos y viejos movimientos sociales. Es sabido que la cara más reconocida o más mediática de estas acciones es la interrupción en la circulación de bienes y personas. Hay otras que, a pesar de la intensidad del conflicto que plantean, sólo a veces logran una gran repercusión. Esto sucede, por ejemplo, con las ocupaciones de fábricas, terrenos y edificios públicos o privados que sólo parecen cobrar mayor visibilidad al activarse los mecanismos represivos, como sucedió recientemente en Brukman.

Unas pocas semanas antes, mientras que el impresionante operativo policial ordenado por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para desalojar y demoler el edificio del Padelai era seguido con gran atención por los medios, los grupos políticos y las organizaciones sociales, pasaba casi desapercibida la ocupación realizada la noche anterior por el MTD de San Telmo de un terreno ubicado a una cuadra de allí. Un terreno que pertenecía al Museo de Arte Moderno y en el que, como destacaron inmediatamente las breves notas que mereció la ocupación, se encontraban restos de la casa más antigua de la ciudad. ¿Existía, acaso, alguna relación entre el desalojo y esa ocupación? ¿Por qué ocupar precisamente ese terreno? ¿Sabían de su valor y lo ocupaban como una forma

de presionar al Gobierno? Preguntas que algunos nos hacíamos sin poder dejar de relacionar la ocupación con lo que pasaba en el Padelai.

A los pocos días pudimos enterarnos que no había una relación directa con el desalojo del Padelai y que los ocupantes del terreno no tenían conocimientos previos sobre su carácter histórico, sino que lo habían ocupado para hacerse de un espacio en el que pudieran desarrollar sus actividades. Sin embargo, decidieron hacerse cargo de la ocupación con todo lo que ello implicaba, es decir, asumiendo que el terreno tenía un valor que excedía el de su espacio físico y que, por eso mismo, planteaba otros problemas, otros conflictos y otros desafíos.

Sabíamos que Horacio González había ido a visitarlos y que estaba interesado en estos problemas. Por ese motivo le propusimos en estas *charlas al pie* reflexionar sobre esta experiencia en particular y sobre las relaciones entre movimientos sociales, historia y ciudad en general. Mientras estábamos grabando la charla, y sin poder saberlo, se producía el anunciado desalojo del terreno por parte de la policía. Quisimos conocer mejor cómo había sido esa experiencia y, para eso, mantuvimos otra charla a los pocos días con algunos miembros del MTD en un local de San Telmo, en el que nos contaron también cómo surgió su organización y qué trabajos desarrollan.

Las fotos que publicamos en esta sección son parte de una intervención que relatamos del *Grupo de Arte Callejero* y del *Colectivo Situaciones*.

Charla con Horacio González

Vine con muchas ganas, pero me temo que no tengo nada para decir... (risas)

Nosotros teníamos ganas de charlar sobre la toma del edificio de San Juan por el MTD de San Telmo. Nos parece interesante ya que ellos plantean que pueden hacerse cargo de reconstruir el lugar. Porque cuando llegaron estaba muy destruido, lo limpiaron, sacaron fotos...

Sí, estuve... vi las fotos, me pareció muy interesante...

...pusieron un cartel diciendo que era el edificio más antiguo de la ciudad. Se hicieron cargo de la situación. Habrá que ver qué pueden elaborar después. Pero me parece que eso repone una discusión que nosotros habíamos tenido en otro momento sobre los límites que una situación como ésta tiene respecto de la historia, o que las reivindicaciones muy inmediatas pueden llevar a desconocer las continuidades históricas.

Es lo más interesante que vi en materia de ocupaciones. Uno ocupa un terreno y aparece una cuestión social con un presente muy fuerte. Y acá aparece un edificio histórico, piedras antiguas. Inmediatamente retoma otra cuestión. En la charla con ellos me pareció... eran 7 u 8, de madrugada, además. La mayoría vivía en hoteles pagados por la Municipalidad. Eso también fue una novedad para mí, no sabía quiénes eran. En realidad, cuando uno imagina las militancias nuevas en las que uno no participa, es difícil saber qué tipo de despojamientos previos conducen a la militancia. Y después cómo hablan. Al no participar de ningún grupo militante, yo no sabía cómo hablaban. Me parecieron muy cercanos a la militancia estudiantil, a las militancias de las izquierdas en general. Un lenguaje bastante elaborado y con críticas muy directas a la política arqueológica de la Municipalidad. Eso me asombró también. Con ironías hacia Schavelzon, que es el encargado de la cuestión arqueológica. Una de las chicas dijo que "es un arquitecto devenido arqueólogo". Esa expresión me pareció asombrosa. Es una expresión de los ambientes culturales, digamos. Un estereotipo que implica haber escuchado muchas

conversaciones. Tenían una práctica de conversación muy aplomada.

Y después la explicación de cómo fabrican dulces y licores, aunque no lo hacen ahí. Entonces, los venden a un precio un poquito más elevado para el público de mayor poder adquisitivo de San Telmo, donde hay turistas. Y los licores tienen la prudencia de no expandirlos demasiado entre los militantes.

Yo estaba con un grupo de arquitectos alemanes que querían conocer el movimiento social argentino, y me pareció que estaba bien ir ahí. Los tipos estaban asombradísimos... había una traductora, una chica argentina que sabe alemán. Entonces, de madrugada, los alemanes hablando alemán con estos chicos que con mucha disposición contaban su experiencia. Uno de los cuales era hijo o nieto de alemanes de La Pampa. Había venido hacia algunos años a Buenos Aires desde el mundo agrícola. Había intentado estudiar en la Facultad de Ciencias Sociales; había estado en la Cátedra Che Guevara. A mí me conocía de ahí. Estaba casado con la chica embarazada que era la que hablaba con más despliegue de argumentos, y vivían en una pensión de por ahí. Toda la historia en otro momento hubiera sido la de personas que vienen a estudiar a la ciudad y se convierten en militantes estudiantiles o en una cosa parecida; y toda la otra parte más despojada, vivir en pensiones, tomar un terreno, nunca hubiera aparecido.

Me pareció, entonces, que las circunstancias bajo las que se hace la militancia hoy, ponen a un conjunto de personas en una situación muy original y exige una integridad personal. Son chicos de clase media que podían haber estudiado o que hubieran abandonado pero con posibilidades de inserción laboral. Hace diez o quince años hubiera sido diferente. No hubieran

dado lugar a esa extraña conversación de madrugada.

O sea, que hasta ahí me pareció fantástico. Me pareció que era un conjunto de personas a las que se les había desviado un destino bastante previsible, probablemente bueno o por lo menos mejor en términos de sustento personal. Pero no probablemente mejor si tenés en cuenta que estaban ahí, involucrados en una experiencia fundamental que era reorganizar una forma de vida, fabricando productos artesanales y al mismo tiempo, haciéndose cargo de algo que para mí es una absoluta novedad que es la cuestión arqueológica. Me pareció que esto faltaba en los movimientos sociales de este momento: una idea de la herencia cultural. No sólo de los movimientos sociales anteriores, sino también del aparato histórico de la ciudad. En fin, ver a la ciudad como una especie de capital cultural, como una especie de testigo de los movimientos sociales que alguien cuida. Y ese cuidado de la ciudad, ¿a quién pertenece?, ¿a la Municipalidad, a los especialistas, al arquitecto, al arqueólogo?, ¿o el movimiento social puede hacerse cargo? Me pareció que era un paso fundamental. Les comenté eso, y creo que ellos estaban totalmente de acuerdo. No era una novedad, evidentemente ya habían conversado sobre eso. No sólo era una especie de respuesta inmediata a la municipalidad diciendo "nosotros lo cuidamos mejor", sino que había una certeza de que hacer política era decir algo sobre la ciudad y sobre la historia de la ciudad. Como una investigación. Y eso no lo escuché en ningún otro movimiento.

Y al mismo tiempo eran personas que vivían de un subsidio municipal, en hoteles. También cuestionaban el modo en que se destinaba ese dinero a la vivienda, que es mucho dinero. Había

una crítica a los planes sociales de vivienda de emergencia de la municipalidad, en los que había una relación inadecuada entre el dinero que se gastaba y los resultados que producía. Era una crítica a la idea de ciudad que hay en lo que está haciendo la Municipalidad. Bastante bien elaborada, me pareció.

Después toda la otra parte de la conversación era la plataforma del MTD Aníbal Verón. Eso me pareció más obvio, ¿no? Se hablaba más el lenguaje del militante que aporta al crecimiento de una organización social con perspectivas políticas muy claras. Para mí eso no era ninguna novedad, se dio de una manera más o menos previsible. Pero la primera parte de la charla sí me pareció más interesante.

En eso que encontrás obviedad, que sería la plataforma más pública del MTD, ¿vos percibís alguna vinculación con otras militancias que conociste? Porque vos lo sentís obvio ahora, pero esa obviedad ¿remite a militancias anteriores o a las actuales?

Sí. También recordé mucho las militancias anteriores: quedarse de noche, baldear el piso; en fin, un grupo comunitario muy fuerte, muy satisfecho de hacer esa tarea y de mostrarla a los visitantes. Eso me pareció un fuerte indicio comunitario. Con clara conciencia de qué estaban ocupando... iniciando un hecho que también recordaba de los años anteriores. Las ocupaciones siempre existieron aunque de muy diversa manera. La política de ocupación hace entrar en crisis la propiedad privada o pública, me parece que te pone en una situación de gran interés, y me parece que se puede explicar como algo afín a la conciencia militante. Me dio la

impresión de que el grupo estaba en condiciones de hacer eso. Eso supone discutir con un conjunto de conocimientos que tiene la Municipalidad, con sus arquitectos, sus planificadores, sus abogados. Conocían muy bien todo el aparato jurídico y cultural de la Municipalidad. Lo otro no parecía decir gran cosa, incluso parecía un lenguaje de la izquierda argentina hoy.

A mí de lo que contás me interesa el hecho de que te hayas acercado personalmente a charlar con ellos...

Bueno, fue por esa circunstancia. Igual yo quería ir, no encontraba un pretexto porque me resultaba incómodo ir a tocar el timbre. Por otro lado, no hay timbre... (risas). En cambio, ahí percibí al vuelo la situación: si hay alemanes no van a encontrar nada raro, turistas políticos, gente amable, que seguramente volverán a Berlín y lo contarán con simpatía.

¿Y ellos encontraron algún tipo de vinculación?, porque en Europa también hay un movimiento de ocupación muy fuerte.

Sí, encontraron vinculación con los okupas. Pero no demasiado. Qué sé yo: llovía además. Y estas muchachas contaban la historia del lugar. El primer dueño había muerto con las invasiones inglesas. Me parecía muy interesante que aparecieran esas menciones difícilmente comprobables. Castells habla de las invasiones inglesas cuando hace una historia mítica del país. En un discurso no me acuerdo dónde, hablando del 19 y 20 de diciembre, lo pensaba como una continuación de la pueblada contra los ingleses y la guerra de la independencia. Poner en un marco patriótico a los piqueteros es algo rápi-

do, fácil y bastante inexacto; pero no es inexacto tratar de encontrar una trama histórica, tratar de alojarlo en algún lugar de la memoria. Estos chicos lo hacían de una manera más simpática, al pasar te decían "hemos averiguado que un dueño anterior murió en la época de las invasiones inglesas, la casa es anterior". De modo que ahí la expresión "invasiones inglesas" junto a una pared antigua le da otro aliento a la idea de que hay una actualidad muy fuerte. Y una pared antigua que es de 1738. Es todo bastante improbable, las técnicas para datar esas paredes, hechas en Argentina además, no parecen muy precisas. Para los alemanes la antigüedad tampoco era muy relevante, para ellos es todo muy moderno. Y después hay distintos agregados en el edificio, la parte antigua es poca. En los años 50 o 60 le hicieron una especie de arcada en la entrada, como una especie de ilusión antigua, para hacer una galería con vistas al turismo. Y ahora la pide el Museo de Arte Moderno, que por otro lado está en un edificio magnífico, la antigua fábrica de cigarrillos 43. Que debe ser una de las fábricas mejor diseñadas y con la fachada más elaborada de Buenos Aires. Es una preciosura. Y el Museo de Arte Moderno lo pide para una confitería. Al mismo tiempo, el BID tiene un préstamo de veinte millones de dólares para la expansión del Museo.

Es una condensación de elementos: el movimiento social en relación a preguntarse por la propiedad urbana, por las condiciones de la propiedad de la vivienda, por los planes sociales de vivienda; está en un lugar donde hay un préstamo de un banco internacional; está el Museo de Arte Moderno y la memoria arquitectónica de la ciudad. Y me da la impresión de que este grupo de 15 ó 20 personas tenía una pro-

funda lucidez sobre eso. Me dio la impresión de que si eso ocurriera en todo el movimiento social en este momento del país, sería un enriquecimiento, una lucidez mayor muy evidente.

A mí me parece como una pequeña metáfora de cosas que te he escuchado anteriormente: un pequeño grupo, movimiento o colectivo se hace cargo de los restos de lo público, para ponerlo en funcionamiento y sacarlo adelante...

Claro... pero además con una fuerte conciencia de que la Municipalidad es un lugar que abandona todos esos problemas y los somete a un conjunto de expertos. En el caso de Schavelzon, lo trataban como un amante de la vajilla antigua. Porque la arqueología acá es el encuentro de una vajilla muy antigua, una vajilla del siglo XVIII. En algunos casos, en mal estado, porque las técnicas arqueológicas que se usan se basan en el examen de la basura, curiosamente muy parecidas a lo que hacen los cartoneros, que es una arqueología del presente. Acá se analizan las capas de basura que más o menos petrificadas revelan la antigüedad del lugar. De Schavelzon había leído en el diario hace años que había hecho muchas excavaciones en San Telmo, como una especie de consuelo arqueológico para una ciudad sin arqueología. Este tipo, me imagino yo, es un arquitecto estetizante que añora la antigüedad de la ciudad y tiene poco de qué agarrarse. No construye edificios nuevos sino que es una especie de sibarita de los platos rotos, de la arquitectura colonial, quizás con derivaciones sobre la vida cotidiana del siglo XVIII, todo ese campo de las ciencias sociales medio trivializado desde hace 20 ó 30 años. Ahora está a cargo de un mu-

chacho que vino de La Pampa, chicas que son como de una clase media muy golpeada. La forma de hablar era una forma de hablar muy articulada y no provenían... no sé cómo decirlo. Podían ser alumnos de la Facultad de Ciencias Sociales todos ellos, y si no lo eran, es porque por alguna razón que está muy cercana a ser o no ser alumnos de una facultad, había producido un tropiezo en sus vidas, un tropiezo de despojamiento, digamos... Pensé esas dos cosas: una, que me pareció interesantísimo el grupo; la otra, que no hay ninguna política que no se nutra de esos tropiezos que tuvieron las personas que eligieron hacer un acto bastante atrevido, tomar un lugar donde reina la propiedad pública... esas personas que se pueden hacer militantes y tomar un destino fervoroso, persistente, y que de otra manera hubieran sido parte de esos mismos arqueólogos o antropólogos.

¿No te llama la atención que habiendo sido en San Telmo, no fue la Asamblea la que hace eso sino un grupo que se constituye como MTD. Porque acá en Capital en general esas iniciativas están a cargo de las asambleas?

Sí... En primer lugar, una cuestión que he visto en la Asamblea de Lezama: ahí se constituyó después el Polo Obrero de Parque Lezama. Con escasa ganancia creo. Un grupo político extrae de la asamblea unos quince militantes, y ahí terminó la experiencia de uno de los grupos de la asamblea, el otro sigue. Me da la impresión de que el Polo Obrero no tiene ningún interés en la arqueología en cualquiera de sus acepciones. O sea por el pasado de una propia historia militante, porque también hay arqueología de la militancia.

Y la Asamblea de San Telmo es más interesante, ahí se han hecho festivales, bastantes trabajos artísticos, barriales, comunitarios, incluso el mural que está ahí a veinte metros lo hicieron ellos. Eso me llamó la atención, hubiera sido una tarea de investigación de la asamblea. Incluso en la de Parque Lezama desde el primer día se planteó... las 3 ó 4 veces que fui yo, siempre hubo planteos de pensar la historia de Parque Lezama. Ahí está el Museo Histórico, es un lugar muy connotado. En principio hubo personas muy diversas que dijeron eso, y los militantes más empeñosos nunca intentaron nada al respecto más que decir "sí, sí, sí". Eso hubiera sido muy interesante.

Me llama la atención lo que decís, ya que no encuentro dónde está lo obvio. Porque señalás lo que considerás muy interesante, pero en tu relato queda ausente eso obvio...

¿Vos pensás que hay menos cosas obvias?

Sí, o que no entiendo muy bien dónde encontrás la obviedad del MTD. Un poco lo que te preguntábamos recién: si es obvio en relación a las militancias del pasado, o si es obvio en relación al discurso del MTD respecto de otros grupos de la izquierda...

En principio no conozco bien a qué sector pertenecen... Ustedes deben saberlo bien...

Pertenecen a la Aníbal Verón. Además en la Verón hay diferencias fuertes, discusiones interesantes. A mí me llamó la atención, en relación a lo anterior, que dijiste que es el primer grupo que vos cono-

cías que realizaba este tipo de investigación en el lugar donde trabajan. Sin embargo, hay algunos MTD's que se han destacado por trabajar así en distintas esferas. Por eso, yo también me quedé con la duda de cuál sería la parte obvia. Porque la Aníbal Verón es una cosa compleja que tiene un poco de todo. A veces aparecen discursos un poco más obvios, de consignas generales, pero también tienen varias experiencias en la provincia bastante interesantes. Entonces, también me interesaba saber en dónde vos veías la parte más evidente del discurso de ellos...

No quiero ser injusto ni impreciso... Aparte la conversación también se extendió bastante sobre la actividad política. Lo que hay ahí es una cierta redundancia sobre cosas que he escuchado mucho en términos de construcción política, enfrentamiento con el Estado. Me pareció que había más estereotipos que en el relato más fresco de cómo se había llegado a ese lugar y se habían adquirido conocimientos. Lo demás era algo conocido y no elaborado por ellos. La primera frase fue "entramos acá sin saber qué era". Y el aprendizaje se realizó de una manera muy rápida. Y muy precisa, y muy certera. Además dijeron: "fuimos testigos privilegiados de lo del Padelai". Eso también me gustó. No hacían una referencia ajena a lo del Padelai, que había ocurrido para ellos casualmente. Entonces la expresión "testigos privilegiados" que dijo una de las chicas a mí me pareció interesante porque no hay por qué no ser testigo de una historia, y ser protagonistas directos. Pensando en un esquema de militancia tradicional, se es siempre protagonista, y aún cuando se es testigo se lo hace como protago-

nista. En cambio la expresión de esta chica que no vacilaba en decir fuimos testigos, me parecía que lo ponía en términos reales y mucho más vivos. Por otro lado el Padelai es una historia muy parecida. Es parte de la historia de la seguridad social en la Argentina. Y era un drama del siglo XXI, con el trasfondo de un edificio vinculado a la vieja beneficencia social de la generación del 80. Después lo vi a Ibarra por televisión, no lo vi hablar por lo del Padelai, pero por esto habló. Dijo que era un edificio histórico, que la ocupación era ilegal, que había un crédito del BID y que estaba vinculado a la expansión del Museo. Es decir que planteó todo el enfrentamiento y se puso en el mismo plano de la discusión: ¿Quién se hace cargo de eso? Entonces la cuestión ahí me pareció... los alemanes preguntaban si dormían ahí, porque les parecía que lo más completo hubiera sido eso. Pero no, ese era el lugar de reunión. Es un centro comunitario donde venden los dulces que se fabrican y hacen la actividad social... el domingo siguiente hacían una fiesta. Pero viven del subsidio municipal, de modo que su situación no puede ser más compleja.

De manera que para mí no hay forma clara de designar qué es esto. Y qué tipo de militancia más sensible se puede hacer en torno a esto. Los carteles que hay en la calle me parecieron perfectos. Son carteles muy bien pintados y están dirigidos al barrio, al mismo ciudadano al que se dirige Ibarra diciendo "miren lo que hicieron estos". Ellos dicen: "vean lo que no hacía Ibarra, nosotros lo hacemos asumiendo las funciones de custodia pública de un bien colectivo". Me pareció interesantísima la discusión, y no sé si se puede resolver en los términos clásicos de una confrontación con el Estado municipal. Y una generalización del

conflicto por las tierras públicas, los edificios públicos y los terrenos abandonados. Porque todas las asambleas, con las tomas de edificios, también señalan un uso de la ciudad. La toma de las sucursales del Banco Mayo y del Banco de Italia y del Río de la Plata también me parece interesante. La Asamblea de Lezama Sur tomó una sede de dos pisos de un edificio deteriorado pero importante en la calle Suárez. Es muy parecido porque la gente también entró sin saber que había un Banco Mayo, por qué había un Banco Mayo. Los militantes de la asamblea después descubrieron que había una pequeña colectividad judía en esa zona. Después, en la esquina, está la Sociedad Luz, y a mitad de cuadra el Salón Gramsci del Partido Socialista Auténtico. Todo eso lo fueron descubriendo. Yo fui ahí a dar una charla sobre la comuna de París y había militantes de una tradición de izquierda que no estaban obligados a leer nada de la ciudad. Sin embargo, con un mínimo de sensibilidad percibieron que estaban en un lugar bastante caliente. Entonces averiguaron un poquito de la Sociedad Luz. Es un centro que se fundó en 1900 con un discurso de Juan B. Justo. Tenía un propósito educativo en una zona muy fuerte del socialismo. No era un comité del Partido Socialista, era una biblioteca popular donde se daban cursos. Ahora también se dan cursos, pero está tomada por el Partido Socialista. Es un edificio racionalista con aires masónicos del 1900. Y ahí el partido socialista tuvo la mejor de sus experiencias educativas. Y esta gente se desayunó ahí, y le pareció muy interesante. Le pareció interesante que hubiera otro local que se llamara Gramsci. Y ellos en medio de ese presente complicado que es la Argentina en un lugar, un banco de dos pisos, un enorme local que to-

man ante cierta sorpresa del barrio. El barrio tiene también que pensar eso: varios pasaron apedreando. El barrio, como diría Gramsci, es heteróclito, hay policías, no policías, gente con todas las creencias políticas; pero hay un sector que con suerte acompaña y propone temas que amplían las fronteras de lo cotidiano. Entonces investigan, porque me parece que les llaman la atención los lugares inertes de la ciudad, lugares en donde no tocarlos significa incluso para sus propietarios jurídicos colocarlos en una serie del tiempo más inerte: la sucesión, la querrela judicial infinita. Entonces se redefine la militancia en casos de este tipo. La define como alerta sobre un lugar donde hay problemas. Entonces es lógico que después los jueces se pudran, después Ibarra se da cuenta de que, ¡cómo, como bien decían los muchachos, recién ahora se da cuenta! Si no habló de esto antes y está desde hace cuatro años. Y cuando habla dice "nosotros ya veníamos pensando", y es mentira.

El poder clásico no piensa en todo... más bien se siente aliviado que haya lugares muertos. Si no es un lío estar pensando que todo se aviva, que todo exija una política, que todo exija un pensamiento, todo el pasado se torna en presente... Entonces la militancia hace eso y después tiene que soportar las consecuencias. Después pueden ser desalojados, después viene el aparato jurídico renovado. ¿No dice Toni Negri esto? (risas) Bueno, qué hace la multitud: señala lugares. El imperio ¿qué hace? La parte mejor del imperio, el imperio que no es malo... el imperialismo es malo...

El imperio también es malo.

No está tan claro que sea malo. El otro día lo leí un poco a la luz de lo de

la guerra y lo que a mí me llamó la atención es que habla de susurros.

El Estado que sigue a esas luchas no es lo mejor del imperio...

No, no, pero el imperio, cuando la multitud señala un lugar, primero intenta reprimir y el segundo intento, que no descarta la represión, es lo que llama susurro, que empieza a ver qué hay allí para tomar esa energía... Ninguna persona que toma un banco, que toma un edificio histórico piensa en delegar su propia energía al Imperio...

Por eso mismo el imperio es una energía negativa.

Pero no me pareció que Negri die- ra... más bien el imperio toma una parte de esa energía.

Yo no leí a Negri, pero en términos más clásicos ¿no se trataría de una valorización de ese territorio?

Yo creo que Toni Negri lo dice en los términos más clásicos. Emplea la palabra susurro porque imagina el imperio como una forma antropoide que va diciendo en voz baja "esto es así", entonces reemplaza un poco la represión directa. Y cuchicheando entre ellos dicen "nosotros también haremos algo". Y para eso algo va a tomar también del espíritu militante. En la mejor versión del imperio. A Ibarra no lo veo así tampoco. El progresismo es ese susurro. Si uno se hace progresista es porque aprende. No va a tomar un edificio, pero aprende un poco de eso y lo traslada al espíritu militante... No sé, lo voy a revisar mejor.

Leí una cosa que escribiste en donde decís que el imperialismo carga

con toda la negatividad de la represión y el imperio venía asociado a la paz. Eso está escrito. Pero me parece que la lectura que hace Negri es más compleja. Porque el imperio es el monopolio de la capacidad de destrucción y es la amenaza permanente a la multitud con ese monopolio...

Bueno, pero toma al mismo tiempo siempre de la multitud. Bueno, no lo quiere llamar dialéctica, el comentario que hace Beatriz Sarlo es que la guerra es esto y el que no quiere dialéctica terminó construyendo otra...

Es una discusión larga...

Bueno, pero a mí me parece que tampoco está muy claro ese libro. Me parece sugestivo y muy interesante el libro. Nada de cerrarle la cortina como dice Borón.

Pero incluso en las partes en donde yo estaría de acuerdo con lo que vos decís de Negri, como festejar que se acabó una historia nacional y todo eso... me parece que Negri no llega a plantear que el imperio sea la paz. Ahora está escribiendo Imperio 2, que se llama La guerra del imperio.

Si lo escribe es porque no trató el tema de la guerra en el uno...

En Imperio 1 ya está todo el tema de las guerras humanitarias....

Atribuidas al imperialismo. Lo voy a leer mejor. No quiero decir que no lo leí, porque lo leí. Pero lo pude haber leído en forma desatenta.

Él considera las guerras imperiales

o las guerras policiales que ya no son entre Estados naciones. Considera que el imperio da mejores posibilidades de lucha, y ahí tiene un optimismo que habría que discutir mucho. Pero no cree que sea menos violento, eso no es lo que mejora, sino que las multitudes estarían en mejores condiciones de lucha, menos mistificadas. Porque ya la situación nacional no actuaría como obstáculo. Él tiene una teoría sobre la guerra en el imperio que la diferencia de las guerras nacionales. Con el tema de la guerra me parece que es más complicada la cosa y, además, me parece que es una discusión cómo se leyó a Negri acá.

Sin duda no lo desprecio para nada, pero me parece que esa noción de susurro era un afirmación de optimismo técnico. Que la multitud señalaba un lugar importante, que el imperio iba a disputarla, y que en esa disputa encontraría otra forma de hacerlo...

Me parece que es optimista en el sentido de que reconoce una eficacia. Pero a la vez lo que él más enfatiza es la anterioridad de la multitud.

Sí, sí. Si se pudiera aceptar esa palabra que cayó mal acá. En la discusión de la izquierda cayó mal esa palabra y más bien fue censurada. No prosperó en el debate argentino. Borón especialmente hizo una especie de efecto censura, con cierto dogmatismo doctoral bastante poco interesante, me parece.

No le hizo las críticas más profundas que se le puede hacer...

No, no, creo que el papel de Borón

fue muy discutible. Hizo cesar el debate. Prohibió la lectura de Negri. En estos casos se puede pensar en esos términos. Cómo un grupo llama la atención e Ibarra se despierta. Ibarra dónde estaba la otra semana, no sabía que existía. Eso también es muy interesante, porque eso te impide hablar del poder burgués represivo... Es un tipo que en su destartado progresismo se está agarrando la cabeza y diciendo ¡cómo no me di cuenta antes!. Pero hay un estilo de la política que hacía que no se pudiera dar cuenta antes. Quizás aquí me acerco a lo que quise decir, me asombraron estos chicos, estos militantes nuevos que pudieron haber sido otra cosa. Siempre uno podría haber sido otra cosa de lo que está siendo. Y ahí me pareció claro que este país destruyó un montón de posibilidades humanas y estas personas hubieran sido obviamente profesionales o militantes durante una etapa de su vida y luego profesionales diestros en su oficio. Ahora son muy diestros en la tarea de llamar la atención sobre problemas sobre los cuales además originan una militancia importante. Y me pareció que hablaron como si siempre hubieran sido eso, y yo los pensaba como si siendo eso que es tan importante, hubieran podido hacer otra cosa en otro país menos destruido. A lo mejor para ellos esa otra cosa no hubiera sido tan interesante como ésta.

Entonces me pareció que no puede haber una izquierda o una transformación social grande si no se logra pensar realmente cuestiones de legado histórico cultural. Que en el caso de la ciudad, convierte a la militancia en un aparato crítico capaz de su lectura. Estos militantes están en condiciones de arribar a problemas que cuando aparecen, como en el caso de Castells cuando se refiere a las invasiones in-

glesas, parecen una forma muy estereotipada y un poco descuidada, aunque genera sin duda cierta electricidad. En fin, nadie está obligado a hablar de historia cuando hace un discurso o cuando está luchando por una reivindicación; pero nadie puede dejar de pensar en eso en ninguno de los momentos que atraviesa una militancia. Es un fuerte señalamiento a la izquierda más esquemática, que puede ser todo lo dura y combatiente en el terreno de la ciudad, pero tiene una capacidad de lectura menor de lo que es la ciudad y de lo que son las confrontaciones. Me pregunté entonces si un grupo, una red más amplia de militancia, seguramente con memoria militante, estaría en condiciones de hacerse cargo de estos problemas.

Ellos tienen en el conurbano una discusión que es casi desconocida en la izquierda. Cuando comenzaron los asentamientos que hicieron los MTD en el sur se discutía si hacer villas o barrios. La gente cuando tomaba los terrenos hacía villas, pero un cura que es el que los organiza y la gente más militante planteaba hacer barrios: cada uno con su casa y terreno para cultivar. Y hoy la gente del MTD dice que esos barrios vuelven a exponer la propiedad burguesa, cuando la villa tenía una organización comunitaria y social mucho más interesante. Y que hoy es muy difícil reestablecer lazos sociales con gente que en principio podría haber sido otra cosa, pero cuando les dieron el terreno ya no quisieron saber más nada con el MTD.

Bueno, pero ese problema..., el que tomó el Banco Mayo sabe que es un banco, que sigue existiendo esa trama,

que la propiedad es de un banco. Y el que toma un terreno..., esa es la historia de *El Tambo*, de fines de los 80, dirigido por D'Elia. Fueron las primeras ocupaciones de terreno, solamente se llamaban ocupantes de terreno, ni piqueteros, ni fogoneros, ni cartoneros, ni asambleas. Fue la primera experiencia de ocupación masiva de un terreno fiscal. A partir de ahí se generó una sociedad que marchó, con muchas vicisitudes, pero marchó hacia una política más tradicional. La fundación de ese barrio es la primera ocupación de terreno que crea otra legalidad y otro sistema político. Con muchas vinculaciones con el preexistente. D'Elia viene de la Democracia Cristiana, pero de todas maneras no hay que retirar de ahí lo que tiene de presentación del mismo problema. A Castells lo escuché decir en televisión en lo de Grondona: "¿Qué otra cosa seríamos si hubiera un país más normal? Seríamos dirigentes sindicales normales". Y a mí también me sonó que era una resolución pobre de la interesante situación actual. Una vez terminada la anormalidad que me hace ser piquetero, seré dirigente sindical, ¿de qué gremio?

Es difícil definir que son existencialmente los piqueteros. El huelguista era huelguista en las horas que hacía huelga, después era obrero. Esa era una condición circunstancial, pero el piquetero no lo es sólo en las dos horas que toma el puente, supone valores que se expresan de formas mucho más complejas, sin palabras para explicitar necesariamente. Pero algo que era un pedacito, un segmento de una forma de lucha, pasa a explicitar un valor existencial y comunitario muy interesante. Y ahí la fundación de la ciudad, el grupo ese en el que participaban Santillán y Kosteki, no sé si todos eran así, pero tenían el horno de pan, los ladrillos, la

biblioteca popular con libros de texto, son todos elementos de la fundación más mitológica de la ciudad: el libro, el pan y la vivienda. Me parece interesantísimo, porque son todos elementos de un arcaísmo total en una sociedad compleja, moderna como es la Argentina. Y estos personajes que podrían haber participado de un mundo profesional diferente. Pero el problema es que a nadie se lo puede cargar con el deber de ser más débil de lo que uno querría ser si la sociedad fuera más normal. Eso también es cierto. Vivir en un barrio con un jardincito delimitado por una verja propia en el sentido de la pequeña propiedad, no es misterioso. Eso está en todas las tradiciones de izquierda. Y lo otro es un sentimiento cristiano primitivo que está en el movimiento piquetero, aún en aquellos que no adhieren explícitamente a ninguna tradición evangélica. Castells es un personaje evangélico. Habla un lenguaje muy especial y descuidado, pero toda la operación es evangélica. Y olfachona. Combina la amenaza al sistema de poder explícito con una cosa olfachona muy grande. La relación de él con el Estado es muy ambigua. Está contra el Estado, pero al mismo tiempo quisiera ser dirigente sindical y al mismo tiempo es medio olfachón. Tiene intuiciones muy grandes, promete que no va a atacar al pequeño comercio. Es decir, su estilo olfachón-evangélico se enfrenta bastante lúcidamente al problema de la presencia de este sector piquetero que carga una nueva idea de propiedad, con textos explícitos, sabiendo que está el problema del pequeño propietario y el pequeño comerciante. Castells tiene la lucidez de tocar el tema. Quiero decirlo así porque si no parece que uno es maleducado con un dirigente social importante, pero también me parece que es incómodo que no se

pueda hablar de estos dirigentes. Por ejemplo, Pitrola con su sombrero oficial me parece que es una lengua ya planificada. Como dirigente es muy eficiente, pero su propia eficiencia a mí no me gusta. En cambio Castells tiene más interés porque es una mezcla medio lumpenizada y medio de una tradición política argentina muy conocida que está amasándose, ¿no?

¿Y a D'Elía cómo lo ves?

Bueno, D'Elía representa más problemas. Yo lo veo con interés, con interés humano, entre comillas. Porque es una especie de pionero. Y pertenece a dos o tres mundos simultáneos: al mundo del sindicalismo con la CTA; al mundo de la educación, es maestro; al mundo de la reivindicación con la ocupación de tierras que tiene una exigencia mayor, pero al mismo tiempo es protegida por políticos, en aquel momento creo que Cafiero también. Y de modo que es una especie de político argentino. Es un poco lo que veo en todo, es la política argentina del peronismo. Todo esto recortado sobre el origen del peronismo. Me parece que el peronismo ayuda a iluminarlo, porque el peronismo tiene un halo de avanzar sobre formas de propiedad privada, tiene un halo de amenaza a la vida burguesa, pero al mismo tiempo deja en claro los principios que permiten pactar con eso. Y a D'Elía lo veo como un verdadero dirigente del peronismo clásico, que tiene su sistema de amenazas, de reivindicación, que es un dirigente importante que lo sigue la gente. Y al mismo tiempo explicita muy claramente que él no corta las vías de circulación, tiene clara conciencia de lo que es la circulación urbana, de la que forma parte el pequeño burgués que circula esgrimiendo un derecho de propiedad

como parte de su ciudadanía. En ese sentido, tiene la fuerza del peronismo clásico. Que utiliza un sistema de amenazas en la escena oficial de la política y al mismo tiempo está dispuesto a obtener lo que sea posible de las concesiones estatales por presión o por negociación. Cuando la izquierda tradicional lo percibe como un enemigo no se equivoca. La izquierda tradicional y D'Elía reproducen la clásica confrontación de medio siglo argentino entre peronistas e izquierda. Cuando se dice que la discusión está en ocupar toda la calle o 10 centímetros, tampoco se equivoca, es una discusión real.

Y D'Elía claro, tiene ese estilo que la televisión capta, porque la televisión argentina es una televisión terrible, a lo mejor la de otros países también, pero uno sólo ve la de acá. La televisión argentina lo ha convertido en un personaje ridículo. El programa de Grondona con Castells y D'Elía fue muy interesante. Porque D'Elía cuestionó el programa y lo hizo con la típica frase que podría haber escuchado en las clases del CTA con Claudio Lozano: "vengo aquí a cuestionar el sistema hegemónico comunicacional" (risas). Una frase que a Grondona le sonó... "Un sistema del cual usted forma parte", le dijo. Y ahí Grondona, te imaginás, todos los chicos, los espadachines de Grondona cómo se pusieron. Le dijeron: "cómo, si lo invitamos a usted". Y se mantuvo en esa. Estaba enojado porque lo habían acusado de tener un coche. El tipo sacaba pruebas de que no era tan así, aunque un poco era, porque al final siendo diputado tiene un coche. Toda esa ambigüedad. Y Castells dijo, "yo soy socialista". No dijo de otra manera su izquierdismo. Se entendía: no soy como D'Elía que es un reformista burgués. Pero en un momento dijo "Mariano venga a nuestras asambleas que va a

ver que son respetuosas". Mariano estaba chocho con el socialista que le decía que estaba a la izquierda. Tenemos diferencias, las respetamos, quería decir que estaba a la izquierda de D'Elía. Pero en términos de manejo del "sistema comunicacional hegemónico", más allá de la oportunidad de decir o no esa frase, D'Elía se mostró como alguien con cierta sagacidad con respecto a los medios de comunicación. Y el otro se mostró medio olfachón: Mariano de aquí, Mariano de allá. D'Elía creaba tanta tensión cuando hablaba. Entonces eso me parece interesante, raro, extraño, que tiene algo de demócrata cristiano, peronista, algo de diputado clásico, algo de CTA, algo de querer seguir en la política. Y, de alguna manera, aunque Lula es mejor, y más hábil y más lúcido, se recorta sobre una situación muy parecida. Se ubican en una ambigüedad entre el Estado y la reivindicación social, y la política que permite el Estado a sus partidos. Y al mismo tiempo, igual que Lula, fue a cursos de formación política en donde algún profesor de la facultad ha dicho cosas como "sistema comunicacional hegemónico".

Cuando vos te referías a la posibilidad de un movimiento pueda hacerse cargo de la memoria histórica de la ciudad en término más amplios que el MTD de San Telmo, ¿pensaste en algo así como la CTA?

No sabría decirte si la CTA. Yo esperé que tuviera más destreza para orientarse en este momento. De Gennaro dijo ayer que las elecciones eran una trampa. De imaginarse todo el mundo que iba a decir otra cosa, a decir esto que ya está dicho por grupos de izquierda que combaten a la CTA... No me

pareció que había encontrado el punto delicado y tan difícil de encontrar para decir algo diferente. No, a la CTA la veo en un problema para hacerse cargo de esto. Pero no veo que la CTA no tenga que tener un papel importante.

¿Lo ves mejor definido en ese sentido a D'Elía?

Sí, sí. Lo veo para hacer algo que no sé si lo va a ir bien, presentarse a elecciones en términos convencionales. Y no... descartando a la CGT, pero hay que ver cómo se descarta a la CGT, porque sigue teniendo a los gremios que tienen los trabajadores sindicalizados, asalariados. Algunos decadentes, pero gremios como ferroviarios, metalúrgicos, empleados de comercio, bancarios. Es lo mismo que una casa... para decirlo de una manera un poco absurda: son las paredes antiguas. Estas no son de 1735, pero son de 1945, los años 60, el vandorismo. Son sindicatos-empresarios como bien denunció la CTA. Ahora está la CTA, que es una situación muy ambigua, son los sindicatos estatales quebrados, también está el tema del aporte sindical, se maneja, es probable, con subsidios de muchos orígenes. No orígenes que comprometan demasiado, socialcristianismo, socialdemocracia; el Estado ya no retiene aportes, es muy difícil mantener la CTA. Y los maestros... Son los gremios destruidos de la educación y del Estado. Entonces ¿son testigos de una destrucción o militantes que van a recomponer algo? Son un poco las dos cosas. Y se interesan por los movimientos sociales, también obtenidos de las lecciones sociológicas de los años 60' y 70'. Y se lanzan al movimiento social. Integran al desocupado, pero también las prostitutas, los artistas y los intelectuales, y

conciben un frente social y político. Pero no encuentran el hilo para lanzar algo que no sea una abstracción monográfica universitaria, como decir "frente social y político", "movimiento social y político". Algún economista o sociólogo que pasa por ahí, años después se transforma en encuestador con buen humor como Artemio López, o en gerente de un banco nacional-popular como Felletti. Es un poco el manchón que ocupa la CTA, entre lo que sería readministrar el Estado en términos democráticos y organizar los movimientos sociales.

Después viene la otra aliada histórico social, que es lo que estamos viendo ahora, que tiene un poco la obligación de recelar de la CTA, como la CTA receló y cuestionó el sindicalismo anterior en una época de la Argentina donde piquetero y demás no estaba en ningún diccionario. El desocupado, ¿qué figura es? Reorganizar toda la sociedad sobre la base del desocupado es algo que tiene una escala bíblica muy relevante. Pero lo hace el PO, el MST, que además no quieren dejar de lado sus siglas. La sigla es un emblema mitológico: PO es el Polo Obrero, MST el Movimiento Sin Trabajo. No quieren que ese halo que recubre la sigla no esté presente en el movimiento social. Es una forma de confiscar el movimiento social con la sigla. Es un partido confiscador del movimiento social. Pero también muchas personas no estarían en el movimiento sin ese tipo de confiscación. Entonces las militancias tienen distintos tipos de confiscaciones, me parece a mí. No sé que piensan ustedes de todo eso, pero hay personas que no serían militantes sin esa confiscación del aparato partidario y el gorrito uniformador. Ese gorrito a mí me molesta un poco, incluso la pechera... Los palos frente a la policía. Me parece que la

solución del 70', las manifestaciones muy regimentadas, la verdad no las veo yo. Me parece que es casi ingenuo pensar así el combate. Si no se encuentra otra solución más que tener tus propios palos, vamos a terminar en un combate en el que sin duda la policía federal tendrá el palo más largo. Son pequeños proyectos de Estado, eso no me inspira mayor simpatía...

Con respecto a los dirigentes sindicales de la CGT ¿pensás que Menem tiene una capacidad mayor de interpelar y de apelar a esa capa histórica?

Bueno, en los hechos están muy expectantes y ninguno de ellos se ha cuidado de decir algo menemista muy explícito. Ni siquiera Barrionuevo. No lo sé, el menemismo es muy difícil saberlo. A todos los peronistas los deja expectantes. Vos ves, el gobierno duhaldista tiene una mala conciencia menemista. Se han apartado de Menem pero si le preguntás a quién van a votar si hay otro candidato en el ballottage, la mayoría ya respondió Menem. El progresista Felipe Solá dice que el peronismo se va a unir después. Antonio Cafiero escribió en *Clarín* un artículo meduloso que parece de la época de *Unidos*, diciendo que esto es normal, que el peronismo... El menemismo no es un fenómeno sindical no, salvo el petrolero, Cassia. No lo fue Lorenzo Miguel, no sé si los son ahora los dirigentes que quedan en la CGT... El menemismo es un proyecto de alianza con el poderoso de la tierra. Eso es muy sugestivo. El menemismo es un cálculo moral muy profundo que dice ¿por qué habremos de luchar contra el imperio? Qué es el imperialismo, ya sabemos; que asesina, ya sabemos; que los pueblos puedan ser infelices con esto hasta lo

podríamos saber; pero, ¿por qué luchar contra una fuerza invencible? El menemismo creo que es un signo muy oscuro en la vida de los pueblos. El deseo de aliarse con aquel que te... Esa frase de Menem "todo lo que no nos destruye..." que se la atribuye a Nietzsche, no sé de qué Nietzsche la habrá sacado. Esa idea que hay algo que te puede destruir con lo cual te tenés que aliar forma parte de una sabiduría milenaria. Quizás como el imperio, el menemismo es un pensamiento planetario, que viene de una persona que tiene una cultura amable de viejos mercaderes y que maneja con una enorme habilidad símbolos familiares, la idea del miedo. Hace política de un modo complejo, más que la Carrió que menciona su cuerpo y sabe que eso tiene cierto valor político. Lo hace eliminando del discurso político todo lo que López Murphy quisiera volver a poner. Una publicidad clásica buena, decir que tiene ideas, llamar a debatir. Me parece que en el caso de Menem es la idea que no podemos dejar de tener la enorme ventaja que significa aliarnos al poder más poderoso de la tierra que de algún modo en algo nos va a dejar incidir. En ese sentido habla en una forma muy combatiente, insultante, el discurso de él es de barricada. Es una persona melosa, pero su discurso es de barricada; que lo usa para decir entreguémonos, no hay posibilidad de luchar. La única posibilidad de lucha es decir que esa lucha ha terminado. A mí me parece que eso es profundo. Las conciencias militantes tienen estratos de esta índole. La conciencia militante es un sensible medidor de los poderes que te amenazan, con los que se lucha, y racionalizado se convierte en forma estratégica, en tácticas. Por eso pensé eso, oyendo a los chicos del terreno que limpiaban y baldeaban de madrugada

da, que estaban en el comienzo de algo importante. En el comienzo de una conciencia militante que podría haber sido de otro modo en un país que hubiera seguido vinculado a su forma de organizar las biografías personales: la escuela, la universidad, los trabajos, el sindicalismo.

Quisiera volver a algo que decías antes: qué son estos sectores de trabajadores desocupados, cómo pensarlos. Esa idea que se definan a sí mismos como trabajadores-desocupados que es un oxímoron: un amigo que estaba traduciendo una cosa al francés se encontró con trabajador-desocupado y se dio cuenta que no tenía traducción. Estaba pensando en lo que dijiste de la huelga, que es un momento dentro de un mundo mucho más amplio en el que tiene su especificidad. Ser trabajador-desocupado es serlo todo el tiempo. Pero a la vez, no son trabajadores que han quedado desocupados; muchos, sobre todo los chicos, son directamente desocupados. Y la forma esa de los MTD son eso, no hay otro nombre, ¿no? Al menos yo no conozco

Es un nombre que ahora está muy reelaborado por varias razones. Muchos son movimientos de asentados aunque se llamen MTD. Es mucho más complejo porque su lucha tiene que ver con los servicios, la legalidad de la tierra, y el MTD surge muchas veces de esos movimientos. Otra reelaboración es que no se consideran trabajadores porque sean asalariados sin trabajo, sino porque tienen una fuerza de trabajo que desarrollan. Y la idea de desocupado también es muy interesan-

te, porque no hace tanto a la carencia de ocupación, sino que es como una sigla heredada. Muchas veces ellos dicen que el de desocupado es un nombre malo.

Es un oxímoron que pertenece a la Argentina anterior, que le permite a Castells decir si las cosas no fueran anormales, sería un dirigente sindical.

Incluso no creo que Castells haga esta distinción, hablo de los MTD's.

Bueno, pero eso sería el énfasis final de la teología de la liberación. Crear una sociedad separada que inventa desde el comienzo todo. Una sociedad más justiciera que la conocida. Ahí sí se entiende que los curas jóvenes tengan interés en lo que hay ahí, y que sea un capítulo más de la teología de la liberación.

Sí, pero igual me parece que hay una radicalidad mayor en el sentido de que, por ejemplo, El Tambo fue un asentamiento y hoy puede ser un lugar desde donde D'Elía lanza su campaña. Y no creo que en estos asentamientos de los MTD's hoy podría pasar lo mismo, es decir, funcionar como un lugar de campaña con la idea que eso vuelva a alguna normalidad.

Claro, claro, lo de D'Elía es el camino de los sin tierra o sin terreno que fueron los asentamientos de los 80', que fueron un proyecto de pequeños propietarios con vínculos asociativos, heredero del populismo anterior, con cierta conciencia quizás más precisa y un lado cristiano. En D'Elía hay todo eso.

Que termina ligándolo con Kirchner hoy. Ha dicho cosas muy ex-

plícitas en el sentido que hace falta un Cardoso que haga la transición para el PT que sería Víctor de Gennaro... Lo dijo en la radio con Leuco, y los dos estaban de acuerdo en que Kirchner podía hacer un gobierno de transición. Como dice Kirchner, este fue un gobierno de emergencia, ahora viene uno de transición. Transición a qué: a un gobierno popular con De Gennaro en nación y D'Elía en provincia.

Por ahora, a nivel nacional no se hicieron cargo de ninguno, pero en la segunda vuelta van a salir Maffei y D'Elía para votar en contra de Menem.

Hay ahí un vínculo muy fuerte con Duhalde y Kirchner en el sentido que hoy se puede pensar una transición no muy conflictiva que de acá a una cantidad de años le de tiempo a la CTA para hacer una construcción política. Que se vería anulada con Menem, suponen. Quiero decir, ahí con respecto a la situación brasileña es muy complicado el paralelismo.

Sí, yo no utilizaría ningún paralelismo en términos así tan fáciles. Además porque en Brasil hay muchos campesinos sin tierra que definen un sujeto social colectivo muy fuerte. Y con muchos años de lucha, que viene de los 60' y aún de antes.

Y hay movimientos urbanos nuevos, se llaman MTD, muy ligados a los sin tierra, que tienen muchas dificultades con el gobierno del PT.

Bueno, pero es un problema muy conocido. El socialdemócrata Lula dirá que eso no se puede hacer en este mundo frente a las ojivas nucleares de Bush.

Y de esa discusión yo no sabría qué decir además.

Y hay una discusión también con el marxismo, en el sentido que hay una visión muy fuerte autogestionaria. Las mismas diferencias que por ahí se dan acá entre el MTD y el Polo Obrero.

Bueno también en el PT existe un espíritu autogestionario que tiene que convivir con el gobierno del Estado...

Autogestionar el Estado (risas).

Por eso, bueno... La historia es una curva, una sucesión de capítulos, un eslabonamiento de situaciones diferentes en el tiempo que se proyectan de una forma complicada en la vida de las personas. Y los militantes tienen que saber qué hacer con eso, entre la coherencia abstracta y la traición permanente ante el primer giro de la veleta de la historia. Por eso no me siento cómodo cuando se insulta a D'Elía como un traidor, aunque no me gusta él, esa evolución que hizo no me resulta interesante. Y mucho menos su participación electoral. Pero no veo que no haya que tener un proyecto electoral a la altura de la complejidad de la situación argentina. No sabría cómo orientarme ahí, pero no veo indicar que es una farsa electoral sin más. Y tampoco veo lo de la CTA que en el fondo está pidiendo tiempo... En realidad nunca te organizás con el tiempo que te dan los otros. Nunca va a haber un tiempo que te presten, o que vos astutamente mientras omitís decir cosas, te va a permitir que en el año que corresponda, con la madurez que conseguiste, surjas... Eso no ocurre, si dice eso Víctor se equivoca, ya se lo escuché en los años pasados...

En este caso lo decía D'Elía, pero daba la impresión que era el discurso del espacio político-social, que son candidaturas locales ahora para probar y aportar al no triunfo de Menem, lo cual equivale a ganar un tiempo...

Sí, eso no lo veo, le falta el dramatismo de ver que cada momento evoca a los demás. Y más por el lado de ellos que no tienen problemas en decir que Claudio Lozano podría ser el jefe del Gobierno de la ciudad, en verdad no tienen ningún dilema en tener parte del aparato del Estado.

Me parece que algo se les desgarró en lo que ellos suponían que era un movimiento más o menos unificado que les permitiría ganar cargos. De hecho si hoy se presentara Lozano en la ciudad de Buenos Aires sería un problema para la gente que ve que hay una polaridad entre un posible gobierno progresista de Ibarra y uno super privatista de Macri, ¿cuál sería el lugar de Lozano?

La escena electoral oficial siempre va a tener un progresista y un López Murphy o algo así. Siempre se va a crear un problema ahí, y nunca vamos a estar inmunes a ese problema, si es que no lo resolvemos diciendo que es una farsa y vamos a construir una sociedad paralela, separada, de bienaventuranza. Son formas de sociedad separada, no sé cómo llamarla. Más bien se parece a los falansterios. Un proyecto utópico muy fuerte, muy planificado, en su proyecto utopista del siglo XIX, en su versión cristiana, en su versión socialista-comunitarista. Faltan más criterios para discutir ahí qué clase social separada... Ni el PO, ni el PTS son socieda-

des separadas. La Aníbal Verón supongo que está en pro de una sociedad separada, pero tienen vínculos con el Estado también.

En el movimiento que estábamos discutiendo, el de San Telmo, no aparece como una sociedad separada, al contrario. Es un grupo que decide hacerse cargo de problemas comunes y públicos, aunque aparezca con la idea de una sociedad autosuficiente.

Sí, por eso yo soy partidario de usar todas las tradiciones de sociedad autonomizada, y al mismo tiempo reservar un pensamiento importante en relación a qué herencia uno puede interrogar y reutilizar. Pero no por una complacencia conservadora con la historia, sino que nuestro propio pensamiento, nuestra propia vida, no es otra cosa que eso. Una cierta herencia involuntaria, no declarada, de otros que hablan en nosotros también. Sino sería incluso mucho más bíblica, sería casi mesiánica la militancia. Por eso las formas de martirologio, los mártires nuevos de alguna manera tuvieron el efecto de borrar la memoria anterior. Llama la atención que el encadenamiento de mártires que tuvo la guerrilla u otros nombres que hayan desaparecido no tienen voz. Los nuevos mártires que son los nombres de las agrupaciones... Teresa Rodríguez es una chica que pasaba por ahí. Aníbal Verón es alguien que tenía un compromiso mucho menor que los que llevan su nombre, me parece, no. Marcan el martirologio nuevo.

Puede ser, pero a la vez son los dilemas actuales que generan los muertos políticos.

Son los que murieron sobre los puen-

tes, ya sea que pasaran por ahí o estuvieran quemando neumáticos. Y en general los que llevan sus nombres hoy, muchos de ellos tienen un énfasis mucho más pretencioso puesto en la transformación que ellos mismos. En cambio, por ejemplo, la unidad básica que yo estaba se llamaba Capuano Martínez, ustedes no saben quién era. Era un muchacho montonero que se murió en un enfrentamiento en un bar de Barracas cuando la policía vino a pedir documentos. Mirá qué tontería, podía zafar fácilmente. Pero estaba armado y en vez de mostrar documentos saca una pistola y lo matan. Pero le permite correr al que estaba con él, que le dice "corré, corré". Y eso impresionaba profundamente. Después de una discusión en el barrio le pusimos ese nombre a una unidad básica con la idea de que era un ejemplo a emular. Uno se preguntaba ¿yo haría lo mismo?, ¿qué haría en una situación así?, porque uno se sentía levemente inferior a esa experiencia tan drástica y de coraje militante. Quería decir que era un poco al revés hoy. En cambio lo de Santillán no, aparece como alguien de la misma idea, que se queda a defender a su compañero cuando le era fácil seguir de largo. Y ahí sí aparece por primera vez el mártir a emular, no la persona anónima del pueblo.

Me quedé pensando en lo que te preguntábamos antes de la sociedad paralela. Entre los mecanismos en juego que pone una sociedad paralela que no se aísla, sino que actúa como tendencia en la sociedad y el conjunto de mecanismos heredados que siguen pensando en nosotros, me parece que la cuestión sería tratar de distinguir cuáles de esos mecanismos son incompatibles o cuáles están en tensión.

Y qué modificaciones serían posibles y deseables para se abra una circunstancia más interesante.

Estoy de acuerdo totalmente. Sería un pensamiento sobre la historia, ¿no? Sería nuevamente ir a los excavadores de vajilla del siglo XVIII.

Pero se supone a la vez que hay muchas posibilidades de excavar, muchas posibilidades de vínculos con la historia. Y que aparentemente ésta que se hace en nombre de una sociedad paralela, no es tan paralela en el sentido que actúa hablándole al conjunto de la sociedad y en el seno mismo de la sociedad.

No, no, claro. Cuando escuché que una de las militantes del grupo decía "es un arquitecto devenido arqueólogo", yo me decía: esta frase la escuché muchas veces en la ironía militante de la Facultad de Ciencias Sociales. Perteneció a un lenguaje político de los grupos renovadores de la tradición de izquierda, la ironía renovadora de este momento, digamos así. Son grupos que pueden ser sociedades separadas, pero su lenguaje no es de las sociedades separadas. Es un lenguaje que ha producido una sociedad argentina muy madura desde el punto de vista de lenguajes políticos, tradiciones, textos, lecturas, formación de cuadros.

Lo de separado dónde estaría entonces, ¿en la exigencia de autonomía?

No, en una especie de utopía de separación. Que no es la de Hebe, que es una separación también, pero fundada en un anatema permanente sobre la traición. Me parece que acá no

hay una acusación de traición a los que habrían pasado la frontera. Es difícil decirlo, yo sospecho una idea de comunidad autonomista... Lo de Kosteki y Santillán señaló una autonomía. Un mártir señala algo muy fuerte. La tradición cristiana es bastante marcada, es una tradición que subyace ahí junto con un lenguaje de las izquierdas. En ese sentido es una sociedad separada, una buena nueva. Que personas simples, a costa de su vida, personas simples porque no son cuadros armados, sino personas que son víctimas de una injusticia muy notable... No iba a matar a nadie, iba a ayudar a uno que estaba caído y todo frente a la bonaerense, que es otra discusión: ¿a qué parte del pueblo pertenece la bonaerense? Yo diría que pertenece a una parte del pueblo muy castigada, es una economía popular de sustracción y de robo llamada policía que es una cultura popular tortuosa, pero no deja de ser uno de los sectores donde se aloja la cultura popular argentina. Los cuadros inferiores sobre todo. En la película *El Bonaerense* eso es lo que se ve, un aparato educativo que toma gente muy popular y la devuelve criada, rehecha y masacrada. En ese sentido es paralelo a la bonaerense lo de los piqueteros, es casi el mismo sector social. D'Elía vio muy bien esto, con el policía piquetero tocó ahí un punto insostenible pero verosímil para él. Es absurdo para una mentalidad PC; para Pitrola imagínate lo que sería. Pero D'Elía, con lo ambiguo que es, enseguida agarró al vuelo al policía piquetero.

Algo de eso planteaba Zamora en la época del MAS, ¿no?

Bueno Montoneros tuvo una influencia muy grande en la bonaerense. El *Mopol*, movimiento policial estaba cer-

cano a Montoneros. Después siguió y se convirtió en una especie de ultraderecha. Pero había muchos policías vinculados al movimiento...

No es lo mismo lo que hacían grupos como el PC que hacían contactos a nivel inteligencia e intercambios de información, que los grupos que trabajan las bases para ganar fuerza política como hacía el MAS o hace ahora D'Elía.

Son 40000 tipos, es un mundo complejo, vinculado al robo, a la ilegalidad. Es más ilegal la policía que tomar un terreno...

En el movimiento piquetero está muy cruzado, familiares de piqueteros son policías, y en los barrios no hace falta dirigir ninguna acción en particular para entrar en contacto porque son vecinos. Cambiando un poco de tema, en la entrevista que le hicimos a Virno, le preguntamos en relación a la interpretación que vos hacías de sus hipótesis. Decía que oponer multitud a historia era producir una imagen empobrecida de lo que era la multitud. Que no había motivos para esa oposición y que la multitud bien podría recrear de varias maneras la historia. De algún modo es lo que estábamos discutiendo en relación al MTD y la ocupación de San Telmo o la historia de los asentamientos...

A mí me parece sugestivo ese pensamiento, diría que está bien. Cuando dicen que la multitud es una poética estoy de acuerdo, Toni Negri dice eso... La parte dogmática del asunto no me convence tanto, usar multitud en una forma más estricta. Creo que como

parte del lenguaje usado más libremente no me disgusta. Además tiene una historia importante en el pensamiento social de todo el siglo xx. Lo sacan de Deleuze como si hubiera surgido de Deleuze. Porque su pasado es un pasado comprometido con la psicología social de derecha. No me parece mal ver todo el itinerario que tuvo la palabra. Es una palabra muy dramática, sirve para pensar la ciudad y cierta evolución de la gente sobre la ciudad, y después los movimientos políticos en forma táctica, enfrentamientos con la policía, señalamiento de edificios públicos. No me parece mal que se haya hablado de multitud por lo del 19 y 20 de diciembre. Creo que Weber decía del proletariado... La cuestión que hacía con Marx del uso del proletariado como sentido de la historia o como una categoría que sirva para pensar estos momentos de conflicto. Si uno transpone esos términos, una cosmovisión "multitudista" de la historia no me parece interesante. Pero igual a ese concepto de multitud no le fue bien... no veo por qué asusta tanto, qué proletarismo habría que defender, qué sujeto establecido habría que defender. Incluso ayer la gente que salía por la avenida Santa Fe tirando piedras son parte de... Uno podrá suponer que es una táctica mili-

tante, pero toda la descripción es muy difusa, basta pensar cómo trata la televisión los grupos militantes para ver que la idea de multitud ahí no está de más. Ahí se confunde el que sale del shopping con el que pasa tirando piedras, eso la televisión lo marca en contra del que pasa tirando piedras. Pero si uno ve como se articulan esos dos mundos en un momento irrepetible, es un hecho de la multitud urbana. Distintos procedimientos, distintas emotividades, distintos cuadros de vida, distintos inmediatismos diría.

En la discusión que hubo sobre Virno después de los sucesos de diciembre, Casullo planteaba la idea de pueblo como algo antagónico a la de multitud. ¿Vos lo ves como más articulable?

Sí, lo veo más articulable, pero no quiero el facilismo de que todo es articulable porque...

No habría que decir que es dialéctico...

Habría que explicar mejor que es la dialéctica, que de ser algo interesante pasa a cubrir aquello que no podemos explicar.

Charla con militantes del MTD San Telmo

Acá tenemos un merendero y los chicos, más allá de tomar un vaso de leche y unas galletitas, hacen lo que no pueden hacer en sus casas porque muchos viven en hoteles donde no tienen espacio para correr, gritar, jugar. Por eso nació la necesidad de tomar ese espacio.

Igual, nosotros veníamos desde antes gestionando ante el gobierno un nuevo espacio. Y llegó el momento en que lo necesitábamos... Como ustedes verán ahora, no tenemos espacio y tratamos de coordinar que cuando esté un grupo de trabajo no esté el otro porque no podemos estar todos en el local. Durante el mediodía y a la hora del merendero se hace medio caótico. Recién acaba de terminar el grupo de costura y ahora vienen los chicos del merendero. El espacio realmente no da. Y justo salió ese espacio que lo tenía el gobierno, que no tenía utilidad y nosotros teníamos la oportunidad de tomar ese lugar y recrearlo. Después hay otras cuestiones con respecto a ese lugar: decían que era histórico y que por eso era un problema. El gobierno en realidad mintió un poco a la gente porque dijo que era un lugar histórico, cuando ellos lo sabían pero no le daban importancia; es más, lo querían derribar. En el proyecto de hace dos años o más, tenían planeado tirar todo, agrandar el Museo de Arte Moderno y el de Cine y unificarlo con un mega edificio. Entonces, ellos utilizaron eso de que era histórico para decir que nosotros íbamos a estropear el lugar, cuando en realidad nosotros lo limpiamos y lo protegimos. Las habitaciones tenían un metro y medio de basura, y eso a un edificio histórico no creo que le haga muy bien; le deteriora las paredes y los cimientos porque está asentado sobre barro. Entonces, esto de limpiarlo y darle vida... Porque es también una cuestión de concepto ¿por qué un museo tiene que ser algo frío y visto desde afuera? Puede ser utilizado por nosotros: gente del barrio que necesitamos ese espacio para poder funcionar mejor.

Cuando lo tomaron ustedes no sabían que se trataba de un edificio histórico sino que lo tomaron por el lugar del terreno ¿no?

No lo sabíamos...

Creo que eso surgió en ese momento. Nuestra idea no era derribar el edificio. Todo lo contrario. Queríamos techarlo y utilizarlo. No éramos un grupo de destrucción. Nosotros estamos construyendo. Es más, construimos un horno de barro que lo primero que hicieron

cuando nos sacaron fue desarmarlo. No hicimos otra cosa más que limpiar el lugar y generar trabajo.

¿Cómo se enteran entonces que era un lugar histórico?, porque fueron ustedes los que armaron la cartelera que lo explicaba...

El gobierno nos lo dice y cuando lo sabemos nosotros nos conectamos con redes de gente solidaria, con la Universidad de Arqueología, que nos apoya... Porque cuando nos enteramos que es patrimonio histórico decidimos que nosotros lo íbamos a cuidar y abrir a todo el mundo. ¿Por qué tenía que estar cerrado y sucio? Porque estaban tratando de derribarlo. Nadie sabía que ahí estaba la casa más antigua de Buenos Aires. Nadie: ni nosotros en el barrio, ni lo que se llama el mundo de la cultura. Estaban intentando ocultarlo porque lo iban a derribar y lo van a terminar derribando para hacer un proyecto de mucha plata o quién sabe. La verdad es esa: ellos lo usan como excusa. En un artículo de La Nación se decía: "Piqueteros rompen piso histórico". ¿Dónde?

La Nación mintió demasiado. Lo que hicimos fue poner un piso con ladrillos, pero no rompimos nada. Además, asesorados por arqueólogos y antropólogos, lo que hicimos fue que toda pieza que encontrábamos de ladrillo de 40 cm que son más largos y más finos, la íbamos poniendo en un costado.

Con respecto a las excavaciones que hizo el arquitecto que dice ser arqueólogo pero no tiene ese título, lo que hicimos fue tapar algunas con tierra y otras con chapa para que los pibes no se caigan al pozo. Pero ahí ya habían excavado y sacado restos de vajilla. Muchos dicen que esa parte correspondía al patio trasero de la iglesia San

Pedro Telmo y cuando hicieron la avenida San Juan, dividieron todo.

Nosotros ni bien nos enteramos fuimos asesorados por gente del barrio. Me acuerdo que al segundo día vino una señora y contó que en ese patio se había casado una prima de ella y lo comentaba como si estuviera reviviendo aquel momento: decía "acá estaba tal familia y acá tal otra". La misma gente del barrio aportaba y decía "acá había un árbol y allá tal cosa". La gente del barrio vio como algo positivo que ese lugar, en vez de ser un basural, pase a ser algo vivo, del barrio. Nosotros no nos cerramos. Todo lo contrario: la idea es abrirnos al barrio. Igual, el gobierno tomó esa idea de edificio antiguo para sacarnos. Lo que hay que decir es que acá hay intereses económicos muy importantes. En teoría hay un préstamo de 20 ó 30 millones que no sé qué van a hacer porque es demasiada plata. Ahí creo que está la Corporación del Sur, que tiene interés en esta zona.

Incluso la ocupación destapó un montón de cosas, porque hubo arquitectos y demás que decían que el proyecto que existía ni siquiera se había licitado. Estaba todo cocinado por adentro, y que nosotros nos metiéramos les destapó una historia. Entonces, tuvieron que salir a decir que era la casa más antigua...

El día después de la toma fue el desalojo del Padelai ¿no?

Nosotros tomamos el lunes a la madrugada y al otro día fue lo del Padelai.

Ahí vimos la represión contra los compañeros del Padelai y cómo se armó una zona que no podía acceder ni la prensa, ni el poder político porque había algunos diputados a los que no dejaban pasar. Ahí la policía tenía el control de toda esa zona. Podía hacer y deshacer.

¿Cuál es el balance que hacen de la toma? ¿Les complicó mucho más que fuera ese terreno o les sirvió para pensar cosas en las que no estaban trabajando?

No hicimos balance como asamblea. Estuvimos charlando entre nosotros. Creo que siempre el balance es positivo. Creo que el espacio lo incorporamos como propio, se trabajó y el hecho que te arrebatan un espacio te pega un golpe. Pero nosotros demostramos que realmente necesitamos el espacio, que tenemos una muy buena adhesión del barrio, de vecinos que salieron a apoyarnos y eso es lo importante y lo positivo para nosotros. No es que fue una organización, fue gente del barrio y eso se veía después en la calle. Es una lástima que nos hayan sacado de ese espacio además por todas las cosas que habríamos hecho. En el mes que estuvimos hicimos diversas actividades; en el merendero también se hicieron espectáculos los domingos, donde se acercaba gente del barrio, chicos.

¿Cuando a ustedes los vienen a desalojar, la gente del barrio también se acerca?

Sí, hablaron varios diciendo que nos apoyaban, que era injusto que nos desalojaran. Se decía que nosotros vivíamos ahí, pero nosotros no ocupamos el lugar para vivir, lo ocupamos para hacer los proyectos productivos que teníamos en mente. No somos delincuentes ni nada eso. A los delincuentes no los agarran y a nosotros nos desaloja el grupo GEO, nos tira al piso y nos saca como delincuentes. Es injusto.

Ustedes como MTD ya tenían un tiempo de trabajo en el barrio... ¿Desde cuándo? ¿Qué cosas hacían?

Nosotros estamos desde agosto del 2002. Empezamos un grupo chico de compañeros desocupados del barrio y nos empezamos a organizar. El planteo nuestro es hacer grupos productivos, autogestivos, sin depender de ningún partido ni organización. Peleamos por nuestras reivindicaciones y nos organizamos autónomamente. Todos los compañeros que se acercan trabajan en algún proyecto. En este lugar tenemos funcionando varios. Uno de artículos de limpieza (compramos concentrado, fraccionamos y envasamos), otro con compañeros y compañeras que elaboran mermeladas y licores y que envasan la yerba misionera de los pequeños productores del MAM. También hay un grupo de costura que es impresionante porque funciona todo con donaciones del barrio: la gente nos trae ropa y las compañeras reciclan; algunos días hacemos ferias para vender y con eso seguimos arreglando. Ahora estamos viendo si compramos una máquina de coser. Además está el grupo de herrería: hay un compañero que sabe y le enseña a otros, han hecho los puestos para la feria del domingo. Después hay un grupo de panadería que empezó ahora a hacer pan. No tenemos ni horno, entonces a la mañana viene un grupo de compañeras que amasa pan para el comedor y como la mayoría de ellas vive en hoteles se los llevan en asaderas al hotel, lo cocinan ahí y lo vuelven a traer. Los vecinos nos vienen a preguntar cuándo vamos a tener pan casero para vender. Veremos si en algún momento nos podemos comprar un horno. Después tenemos grupos comunitarios: merienda, apoyo escolar, comedor al mediodía para el movimiento. Todos los compañeros que trabajan comen acá y, como no hay lugar suficiente, algunos se llevan la comida a la casa.

¿Tienen Planes para hacer esto?

Sí, hemos conseguido. Empezamos sin Planes. No todos tienen, los que se están incorporando ahora no tienen.

Son Planes que no se consiguen con cortes de ruta ¿no?

Sí, nosotros estamos en la Verón. Y vamos a los cortes de ruta.

Pero no lo hacen en el barrio...

Poco. Como movimiento, el 8 de octubre hicimos una movilización en el barrio y por eso conseguimos el merendero. Porque antes lo hacíamos con cosas que traían los vecinos, pero después se llenó de chicos y ya no alcanzaba. Entonces hicimos un corte en el Ministerio de Acción Social y conseguimos el merendero y la mercadería.

¿Tienen vínculo con las otras organizaciones del barrio?

Sí. Tenemos buena onda, todos pasan y nos saludan y nosotros vamos. Pero estamos acá todo el día y no tenemos mucho tiempo para ir a otros lados. De todas maneras, estamos siempre coordinando, por ejemplo con la gente de Tierra del Sur, también plaza Dorrego. Por ejemplo las fotos que ves acá son de una fotógrafa de plaza Dorrego.

¿Ustedes se constituyen previamente como asamblea de San Telmo o tienen un origen diferente?

Hay dos compañeros, yo y otro más, que éramos de la comisión de desocupados de la asamblea de plaza Dorrego.

¿Cómo tomaron la decisión de convertirse en MTD?

Esto es absolutamente personal. Porque la asamblea de plaza Dorrego era numerosa, bastante piola, pero había 24 partidos y grupos políticos. Entonces, era un tironeo y un nivel de discusión ideológica... Y nosotros estábamos haciendo un trabajo concreto. Por ejemplo, hicimos cortes como comisión de desocupados con otras comisiones para conseguir bolsones para los hoteles. Entonces, era como que la asamblea funcionaba por otro lado y nosotros íbamos sólo dos o tres de todos esos que estábamos trabajando y terminábamos siendo como los representantes de los desocupados del barrio y nosotros no queríamos. Realmente no pudimos seguir así. De hecho, la práctica hacía que nosotros fuéramos otra cosa.

¿El vínculo con la gente de los hoteles surge a partir de esta comisión?

Sí, en principio sí. La característica de San Telmo es que está lleno de hoteles y casas tomadas. Cuando empezamos a trabajar como comisión de desocupados en enero de 2002 empezamos a relacionarnos con la gente de hoteles, surge el tema de los problemas que ahí se tienen. La primera lucha fue por los bolsones de comida. Después nos relacionamos con el Padelai, nosotros trabajamos mucho tiempo con ellos.

¿Y el resto cómo fueron incorporándose al laburo?

Yo empecé con el MTD, éramos unos diez. Fue un día un compañero a mi casa, me invitó y yo dije que me sumaba y empezamos con lo productivo. Con la mermelada primero, después con la yerba. Me gustó y me quedé. Nos fuimos sumando, de a uno, de a dos.

Lo mío surgió más que nada por una necesidad. Cuando llegué acá me gustó, me integré a un grupo a trabajar con los chicos, y me empecé a integrar de a poco, al principio con un poquito de miedo, miedo por salir a la lucha. Pero encontramos buenos compañeros y trabajar con los chicos me gusta. Ahora, definitivamente, paso casi todo el día acá.

¿Están pensando ocupar otro lado?

Nosotros somos un movimiento que nos manejamos por necesidades y la verdad es que en este lugar es imposible funcionar. Cuando nos desalojaron, salieron varios funcionarios a decir que nos habían ofrecido locales y que no los quisimos aceptar. Al otro día fuimos a ver cuáles eran esos locales. Y nada, otra vez la bicicleta. Ya presentamos otros proyectos pero sabemos que nos pueden tener así años. De alguna manera lo tenemos que solucionar. Algo vamos a hacer.

¿Cómo surge la relación con la Verón?

En ese primer corte por el merendero estaba el MTD Lugano, que también es de la Verón. En realidad empezamos a marchar y algunos compañeros conocíamos la posición de la Verón y en la práctica fuimos viendo. La Verón es una coordinadora en donde nosotros funcionamos autónomamente. Tenemos algunos acuerdos mínimos y coordinamos para salir a luchar y conseguir cosas. No hay ninguna imposición de línea política ni de nada. Creo que fue por eso. Caminamos un tiempo, nos enganchamos con la gente de

Lugano que ya nos había tirado una onda con los planes de limpieza, nos dijeron cómo conseguir los primeros planes. Ellos aportaron cosas y se estableció una relación. Después salimos y fue todo bien y nos terminamos incorporando a la Verón.

El desalojo fue muy rápido. ¿Se acercó alguien de la municipalidad a negociar previamente?

Nunca vino nadie de la Municipalidad. El que siempre venía a negociar era el del Museo. Venía con algún chamuyo. Y previo al desalojo, tampoco vino nadie, directamente el comisario de la 14° y el grupo GEO.

El desalojo fue rapidísimo en tiempo. Generalmente, te muestran la orden del juez y te ofrecen si querés irte. Acá nadie hasta el día de hoy vio la orden de desalojo. Ellos se metieron directamente, nos tiraron todos al suelo y empezaron a sacar gente. Había chicos y ellos apuntaban todo el tiempo con la cara tapada.

Eran piqueteros policías (risas).

Querían encontrar una célula de Al-Qaeda y se encontraron con los pibes tomando el desayuno para ir al colegio.

¿Supieron cómo fue el trámite judicial?

No. Lo que dicen es que lo hicieron por vía penal. Pero no sabemos cómo quedan los compañeros que arrestaron. Los abogados de la Correpí nos dijeron que se va a saber cuando lleguen las citaciones.



Ministerio de Control

Subsecretaría de Gestión
e Industrias Culturales

Plan Nacional de Desalojo

DESALOJARTE // EN PROGRESION

Como parte del Plan Nacional de Desalojo, que lleva adelante el Ministerio de Control de la Nación, el Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires ha decidido impulsar el Plan DesalojArte / en progresión, cuyo objetivo es dedicar algunos de estos espacios desalojados a la actividad de la comunidad artística de la ciudad. Esta importante iniciativa es posible gracias a la colaboración del Museo de Arte Moderno, el grupo Geo de la Policía Federal, los juzgados a cargo y los distintos CGPs. Ahora, por medio de esta encuesta, usted podrá también decidir e involucrarse en esta iniciativa gubernamental.



El patrimonio público en degradación.



Estamos trabajando para Usted...

Por favor complete este
formulario e introduzca-lo
en la urna. ¡Participe!



DesalojArte/ en progresión

El 2 de mayo se inauguró en el Centro Cultural San Martín la muestra *Arte/en progresión*. El Grupo de Arte Callejero (GAC) había sido invitado a participar y decidió intervenir junto al Colectivo Situaciones. Se pensó en retomar un trabajo realizado en San Telmo, a pocos días del desalojo del Padelai: una encuesta para los vecinos del barrio, que consultaba de qué manera prefería ser desalojado ya que estaba en marcha un Plan Nacional de Desalojo llevado adelante por el Ministerio de Control. El caminante o vecino encuestado podía, democráticamente, elegir la metodología de desalojo preferida, las fuerzas represivas intervinientes y el modo en que los futuros desalojados serían clasificados por los medios. Estas encuestas se hicieron en la puerta del Museo de Arte Moderno (MAMba), al lado de la ocupación del MTD San Telmo, durante dos domingos.

La encuesta para la muestra del San Martín, sin embargo, sufrió modificaciones sustanciales. En primer lugar, se quería mostrar el entramado de fuerzas que había desalojado al MTD San Telmo y cómo la comunidad artística iba a verse beneficiada con la conquista de ese nuevo espacio. Por esta razón, la encuesta estaba directamente dirigida a los artistas y visitantes de la muestra. Los efectos aparecieron más rápido de lo esperado. La curadora a cargo –también funcionaria del MAMba– pidió una reunión para plantear objeciones: no era posible, dijo, criticar al Gobierno de la Ciudad cuando es este mismo gobierno el “que abre las puertas al arte”. Enfatizó que no iba a soportar una intervención que beneficiaba a la candidatura de Macri; y se mostró preocupada por encontrar el “gesto estético” en una encuesta, que –supuso– como “pura militancia”. Aunque no dejó de remarcar la importancia que los grupos en cuestión eran los “representantes del país en la Bienal de Arte de Venecia”. Sin embargo, los nervios no la abandonaron en ningún momento y pidió que la encuesta no se haga en el lugar acordado, sino que fuera “un poco menos visible”.

La encuesta fue completada por varios artistas (aún se están evaluando los resultados) a pesar del no menos evidente enojo del director del centro cultural.

En medio del evento, llegó al lugar el secretario de Cultura de la Ciudad, Jorge Telerman. A instancias de varios de los presentes se armó una discusión a la que asistieron incluso un grupo de obreras de Brukman que se habían acercado a la muestra. Pocas veces quedó tan clara la diferencia entre una gestión en el área de cultura de un “marketing progre”.

El retardo que produjo la asamblea improvisada puso ansiosos a los anfitriones quienes revelaron que, según las apreciaciones de tan distinguido funcionario, los artistas presentes –en su mayoría– elegían ponerse del lado de la institución ante tan inoportuna provocación.

Imágenes

La chica del puente

por **Guillermo Korn**

"Nuestro viejo puerto no es un puerto. Es un canal con estrangulaciones. Que une dos dársenas. En las cuencas de su extensión moniliforme los barcos de ultramar hacen su cura de ciudad rodeados de edificios por todos lados. Se sienten metidos en una calle inundada."

Juan de Garay, *Cosas de argentinos*, 1939

A regañadientes, acepté la recomendación. "Debe vencer sus propias resistencias". El terapeuta, fuera de libreto, impuso condiciones a mis negativas por conocer los shoppings y sus salas de cine con baldes de pochoclo, sonido y entradas más caras de lo que permite un salario medio (caído).

El río tiene otros atractivos. Vedado desde aquellos domingos de verano en el Balneario Norte, en esa edad donde se confunden los pies hundidos en el barro, los chapuzones en familia, los temores al agua con la aceptada prohibición de acceder al río. En poco tiempo ese sitio se transformaría, el Balneario se llamaría Parque y llegarían otra vez, como en aquellos años, los reyes magos, sólo que ahora como empleados de una empresa turística regentada por Armando Cavalieri.

Más al sur el lugar se me hace desconocido. Puerto Madero, quizás, pueda tener algún encanto. Comenzando el raid en avenida Madero y Córdoba hay un conjunto de edificios, llamados inteligentes, por su alto desarrollo tecnológico y arquitectónico. Su estructura de vidrios polarizados no transparenta sino que disimula las operaciones comerciales que tras sus fachadas se realizan. Un privilegiado testigo, en un oscilante lugar, se preocupa en terminar rápido su faena de limpieza.

A ambos lados del dique, conviven los viejos depósitos del puerto que en la primera década del siglo XX eran construcciones destinadas al almacenamiento, expedición y elaboración de granos, en pleno apogeo agrícola. En la actualidad, reciclados, albergan oficinas, universidades privadas, bares y lugares de comida. Terciarización de la economía, rezan las investigaciones sociológicas sobre lo ocurrido en los últimos años: donde hubo fábricas podrán alzarse supermercados, donde había silos podrán surgir empresas de marketing.

Este circuito gastronómico reemplaza a lo que hace décadas significaron los extintos carritos de comidas cercanos al Aeroparque. Bares paquetes, sillones de madera con almohadones al tono, precios exorbitantes y no tanto.

Imágenes

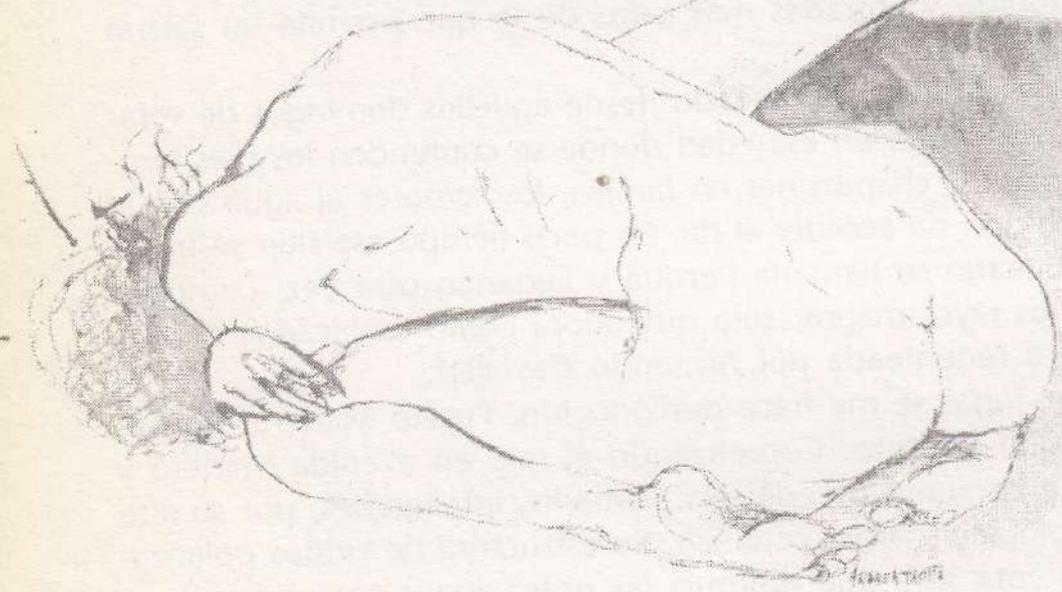
La chica del puente

por Guillermo Kuitert

El puente de la chica del puente es un puente que se encuentra en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Fue construido en el año 1913 y tiene una longitud de 1.200 metros. Es un puente de hormigón armado y tiene una estructura de arco. El puente es un símbolo de la ciudad de Buenos Aires y es un lugar muy popular para los turistas.

El puente de la chica del puente es un puente que se encuentra en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Fue construido en el año 1913 y tiene una longitud de 1.200 metros. Es un puente de hormigón armado y tiene una estructura de arco. El puente es un símbolo de la ciudad de Buenos Aires y es un lugar muy popular para los turistas.

El puente de la chica del puente es un puente que se encuentra en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Fue construido en el año 1913 y tiene una longitud de 1.200 metros. Es un puente de hormigón armado y tiene una estructura de arco. El puente es un símbolo de la ciudad de Buenos Aires y es un lugar muy popular para los turistas.



A metros de las oficinas de Buquebus, a la altura de avenida Córdoba puede verse una modernosa confitería o algo así, El Divino, con un techo formado por franjas que recuerdan los metalizados pétalos de la *Floralis genérica*, la escultura móvil de avenida del Libertador. A la propuesta estética de la confitería se le suma un espectáculo tanguero, cuyo programa incluye referencias que van de Fangio a Maradona, de Borges al Che.

¡Machistas! gritan las feministas. Desde el local insisten con que, si de íconos se trata, se incluye un bloque destinado a Eva y sanseacabó. Ahora, si a las chicas no les alcanza con esto –propone un tercero–, mándenlas a pasear por la vereda del sur: se encontrarán con Alicia Moreau de Justo como nombre de avenida, Azucena Villaflor como boulevard, o Macacha Güemes, Juana Manuela Gorriti, Rosario Vera Peñaloza, Victoria Ocampo...

Ciertas partes de la ciudad son verdaderamente progresistas, sin duda. Como muestra basta un botón. Para evitar malos entendidos, insiste mi terapeuta, debo ser más preciso con el lenguaje. De nuevo entonces. Como muestra vale un puente: el de la Mujer.

Aquel que –ubicado en el eje histórico de la ciudad– une imaginariamente la línea que va desde el Monumento a Cristóbal Colón a la Pirámide de Mayo. Declarado como monumento histórico nacional ese puente –trabajo único, según dicen los entusiastas– del arquitecto e ingeniero español Calatrava –al menos en América Latina, agregan los realistas–, fue construido en España y traído para ensamblar en el país. Una metáfora del destino productivo nacional. Lugar de paseo y recreo de los domingos, el puente es giratorio para el paso de los barcos, colocándose en

paralelo a los diques en apenas minutos, mediante una estructura de acero y cemento en forma de aguja inclinada y sostenida por tensores.

Martínez Estrada consideraba la Pirámide de Mayo como la representación del comienzo de la nacionalidad y el fin del período de la colonia, así como al Obelisco, el símbolo de la aspiración anónima hacia el espacio infinito y eterno. A ambos los encuentra, socavados por las transformaciones subterráneas, sostenidos sobre un vacío y fundados sobre huecos. El Puente de la Mujer, cuya sobresaliente aspa –mirada en el cruce de Perón y avenida Rosales– parece dar una estocada al edificio hasta hoy más alto, y quizás uno de los más delgados, de la ciudad, en los límites prohibidos de los transgredidos códigos urbanos, también es construido sobre la nada. Los más de seis millones de dólares que la construcción del puente demandó, cuya suma fue abonada por el empresario Alberto González, el ex propietario de Madero Este y del hotel Hilton, hablan de una cualidad filantrópica infrecuente en la clase empresaria local.

Esta nueva zona de paseo y recreación, apta para toda la familia, es altamente recomendable. (Voy en camino del alta). El estilizado –y casi anoréxico diseño– se recorta sobre el fondo de derruidos, enormes y a medio tumbar silos y docks. Y éstos, sobre el fondo de las altísimas torres que han convertido en coto privado la costanera sur.

Pero si de ubicar el puente se trata para un paseo dominguero e instructivo sobre las fuerzas de la modernización, lo encontrará el lector al lado de una placa que indica sus datos. En ella puede leerse que la inauguración del Puente de la Mujer, estaba programada para el 20 de diciembre de 2001.

Historia de una manzana

por Andrés Bracony

1.

Después de un año de trabajo juntos, la Asamblea Lezama Sur dejó de existir. Un poco después de que esto sucediera nos juntamos algunos de los que quedamos y definitivamente dictaminamos su muerte. En realidad no fue un momento triste, y además surgió la idea de volvernos a juntar para seguir pensando sobre lo que la asamblea fue y sobre lo que va a seguir siendo después de su fin. Esta nota pretende ser parte de esa reflexión colectiva.

2.

En un principio la asamblea existía para continuar y profundizar la movilización iniciada en diciembre. No había mucho que discutir, era claro que había que llevar a fondo la consigna "que se vayan todos" y eso nos reunía todas las semanas, horas y horas, para acordar consignas, y los viernes a la noche para ir a la plaza de mayo junto con todas las demás asambleas. Con el tiempo las movilizaciones perdieron la fuerza inicial y comenzamos a pensar en trabajar en el barrio. La consigna que en un principio podía leerse literalmente, ahora se corría del centro de la política y nos interpelaba directamente a nosotros. Empezaron a surgir las propuestas de trabajar en el barrio, primero para convocar para las movilizaciones, luego pensando en trastocar su cotidiana dinámica. Esa dinámica nos incluía y lo primero que quisimos hacer fue discutir entre nosotros, conocernos, intentar entender un poco lo que estaba pasando y cómo pensábamos que había que seguir. Como en otras muchas asambleas, los exageradamente exaltados revolucionarios hicieron todo lo posible para impedirlo. Cualquiera que haya vivido esos días puede recordar las ansias que había de discutir, la disposición para escuchar a los demás y a la vez la empeñada actitud de soberbia de los militantes de la izquierda partidaria.

La cosa se resolvió fácil. Después de reunirnos un par de veces, algunos decidimos abandonar la asamblea. Le agregamos al antiguo nombre un punto cardinal y pasamos a ser Asamblea Lezama Sur. Ahí empezó verdaderamente la asamblea. Es decir, se inicia un proceso como grupo, que en este momento está llegando a su fin.

3.

Durante todo el primer tiempo de la asamblea, predominaron las coincidencias sobre las diferencias. Era increíble la disposición para llegar a un acuerdo, para discutir y escucharse entre personas que de haberse conocido antes, seguramente no habrían podido sostener

mucho más que un saludo. Decidimos funcionar por consenso, de entrada evitamos la creación de puntos básicos y nos conformamos con que teníamos "acuerdos prácticos" que alcanzaban mientras habilitaran el funcionamiento del grupo. Insistimos todos en la importancia de la horizontalidad y la participación, que sólo podían lograrse si la organización se mantenía abierta.

Algún tiempo después íbamos a ver que con la misma facilidad con la que empezamos, terminamos. Pero para eso falta, y el desafío consiste justamente en poder valorar la experiencia por lo que efectivamente logró producir y no por la cercanía o lejanía al objetivo trazado. Porque la única manera de ver en esta experiencia algo positivo, es abandonando la idea de que las asambleas tenían que llegar a algún lugar. Las asambleas supieron vivir la intensidad de los meses posteriores a diciembre, fueron el espacio de encuentro que necesitamos todos aquellos que vivimos el 19/20 como un corrimiento en nuestras vidas, como una marca que exploramos de ese modo, y que todavía hoy nos hace buscar la forma.

Entendida así, como una exploración, no existe fracaso.

4.

Con el frío que empieza en mayo y que en junio hace imposible reunirse en una plaza, surgió la idea de ocupar un espacio abandonado. En el barrio ya se había ocupado un edificio que había sido de Alpargatas y donde ahora está funcionando el Centro Cultural y Social Tierra del Sur, en la misma manzana estaba desde hacía algunos años abandonada una sede del Ex Banco Mayo. Decidimos que esa fuera nuestra nueva casa.

La ocupación se había pensado como una condición para poder traba-

jar mejor en el barrio: teniendo un lugar de referencia se hacía más fácil que se acercaran los vecinos. Ser una de las expresiones más genuinas del proceso iniciado el 19/20 sostuvo la fantasía de que la gente se iba a agolpar en la puerta para participar. Nunca se dio la masividad esperada, pero sí el ensayo de nuevas formas de sociabilidad que borraban jerarquías y nos corrían de los roles que el sistema nos asigna, poniendo en juego nuestros saberes y deseos en una experiencia colectiva.

5.

Esa ampliación de los lazos, esa apertura, llevó a interrogarse sobre otros momentos de la historia, donde buscar claves. Sobre todo pensar los setenta. Las prácticas y concepciones que animaron los momentos políticos más intensos de la Argentina fueron tema de discusión entre algunos de los protagonistas de esos años y los que cuestionábamos aquéllas, pero sentíamos la necesidad de pensar los cortes y continuidades con esa experiencia. Era la situación que vivíamos la que imponía un diálogo con esa generación, con la que imaginábamos estar compartiendo una misma intensidad, que nos obligaba a la vez a repensar qué cosa es hoy una política radical.

Estas discusiones se daban a la par que se multiplicaban lugares de encuentro. A las reuniones de la Asamblea se sumó la inauguración del lugar y los cumpleaños que se festejaban con grandes comidas. La creación de una biblioteca, de un boletín y el funcionamiento de variados talleres (plástica, serigrafía, periodismo, etc.) significó poner en juego los saberes que todos teníamos y que ahora se transformaban en una experiencia colectiva. Esta misma apertura se dio con otros grupos, con los que se ensayaron formas de coordina-

ción más o menos estables, y también el encuentro en trabajos concretos. En ese sentido, creo que sólo puede explicarse la potencia de la asamblea por el permanente contacto con otras experiencias.

La primera vez que nos sentamos en ronda para reconstruir nuestra corta historia fue porque el grupo de teatro popular Brazo Largo nos propuso contarla en una obra donde nosotros mismos fuésemos los actores. Esa vez alguien recordó los grupos de teatro que a principios del siglo pasado creaban los anarquistas para difundir las ideas libertarias.

6.

En aquella reunión de la que les contaba, se hablaron otras cosas también. La intención de todos era no dejar de vernos, mantener el contacto. Pero la asamblea se había vuelto una formalidad donde no surgía nada y hacía ya un tiempo que estaban repartidos los roles que cada uno cumplía. Estaba el que proponía, el que se oponía y el que quedaba en el medio quejándose, y así cada reunión. La forma la seguimos buscando, pero ya no estamos desconectados, aislados; los lazos sociales que el terror aniquiló son recreados en un barrio que ya no es el mismo.

El festejo del ahorrista

por Ignacio Lewkowicz

Finalmente, la escena ha estallado. La prolija discriminación entre la escena y el espectador, la disposición teórica capaz de contemplar lo que se mostraba, ha quedado desarticulada.

En su momento se decía –no me acuerdo el autor– que el conocimiento es una esfera que linda con el desconocimiento. Cuanto más crece el conocimiento, más crece la superficie que limita con el desconocimiento, hasta que en un momento el conocimiento estalla y ya cada punto se compone de conocimiento y desconocimiento. La escena ha crecido hasta tal punto que ha estallado y ya no se discierne el espectador y la escena. La escena ha estallado en mil imágenes, cada imagen tiene que pensarse desde sí. La imagen no es una escena diminuta, la imagen es la condición de pensamiento. Si en la imagen no estamos nosotros, no hay nada.

Así que estamos en la imagen de los ahorristas festejando. Festejan –es decir, festejamos– que los ahorros finalmente han sido redolarizados. Un resolución de la Corte ha establecido un precedente en función del cual la moneda en que habíamos hecho los depósitos será la moneda en que los cobraremos. Festejamos. ¿Pero quién festeja cuando festejamos nosotros? O mejor ¿qué en nosotros se alegra de esta resolución?

La Corte Suprema de Justicia ha establecido la redolarización bancaria. En el festejo unánime la subjetividad se divide. Todo ocurre como si festejara el ahorrista. La extorsión de los monopolios financieros, la maniobra de los especuladores de siempre había intentado desposeernos de los ahorros; la presión ciudadana sobre el aparato de estado ha convocado la potencia de justicia de las instituciones de la nación.

Finalmente, en un acto inconcebiblemente noble, la Corte ha establecido que se pueda retirar de los bancos la misma materia monetaria que se había depositado en su momento. ¿La misma? Eso está por verse, pues en nuestros días lo mismo, si no es más, ya no es lo mismo.

De buen grado nos imaginábamos que éramos ahorristas. Las funciones de especulación le cuadran más a los inmorales ambiciosos de siempre. Nuestra plata estaba en el banco, nuestra plata estaba en dólares. ¿Por qué estaba en el banco y en dólares a intereses si éramos ahorristas? Pues bien... mirado de cierta manera... somos ahorristas.

Ahora bien, nuestras condiciones actuales impiden que exista



el ahorro. El ahorrista es una pata de la subjetividad ciudadana desfondada absolutamente en los tiempos de la antropología financiera. Por presión de ambiente el ahorrista ha mutado a especulador, pero gusta llamarse ahorrista.

Lo cierto es que la condición actual permite que también leamos en el festejo ya no la afirmación de un conjunto ciudadano que ha impuesto el primado de la ley sobre la especulación, sino

el brindis triunfal de unos especuladores cuya maniobra de lobby callejero sobre la Corte ha permitido consumir una operación financiera exitosa.

Dos dimensiones subjetivas heterogéneas, incompatibles entre sí, festejan al unísono en cada uno de los nosotros que está en la imagen del festejo. ¿Un nuevo caso de ambas asimetrías a la vez?, la primera como tragedia, la segunda como farsa, la tercera como el culo.

Fábricas recuperadas: ¿una política?

por Verónica Gago

La ocupación de fábricas por sus propios trabajadores en Argentina restauró, como ninguna experiencia en los últimos años, la discusión sobre la producción como metáfora preferida de la revolución. La ecuación parece muy básica pero apareció con renovada fuerza: si existen aún obreros, hay esperanzas de hacer entrar por la ventana el sujeto que se había ausentado.

La atribución redentora que se deposita sobre estos *últimos* trabajadores –aquellos que han logrado mantener sus puestos fabriles tras varias décadas de desmantelamiento productivo– muestra retroactivamente el esfuerzo que se hizo hacia el movimiento de desocupados. Es que si bien en un comienzo –cuando sólo aparecían como meros “desclasados”– habían merecido el desprecio de la izquierda partidaria, el crecimiento del movimiento alertó el sentido de oportunidad de las izquierdas cuya decidida política de cooptación dio lugar a una nueva valorización. Buena parte del movimiento piquetero pasó a ser concebido entonces ya no como sobras humanas, estructuralmente inabsorbibles por el proceso productivo –pero también por las ideologías que animan a las izquierdas–, sino como trabajadores despojados sólo *momentáneamente* de su trabajo. Es decir, como materia laboral organizable políticamente.

Este forzamiento tuvo lugar aun cuando muchos de los desocupados nunca pasaran por “el mundo del trabajo”, aun cuando sobrarian evidencias para descartar una incorporación futura y, por último, a pesar de que algunos sectores hubieran radicalizado su experiencia hasta el punto de no desear ninguna integración a la pauperizada estructura salarial.

El desocupado, entonces, fue presentado como un sujeto político a partir de dos argumentos simultáneos: la atribución actual de una identidad proletaria, derivada de su pasado en la fábrica y la persistencia de una política pseudosindical que, anclada en esta identidad proletaria, tendería a exigir el retorno de las condiciones en las que esa identidad se asegura: la fábrica perdida.

En la figura del obrero ocupando la fábrica que está a punto de ser vaciada, la izquierda partidaria reconoce el punto identitario, la persistencia de la subjetividad proletaria, la prueba irrefutable de que, tras la fragmentación económica objetiva, pervive una misma y única experiencia de clase. Las certidumbres ideológicas hallan aquí un momento infinito de confirmación. El piquetero ya no es la imagen de futuro del trabajador de fábrica sino que, a la inversa, es el obrero recuperando la planta productiva quien se instituye como modelo para el piquetero. Las cosas se ordenan y todo cuestionamiento derivado de la radicalización piquetera queda firmemente excluido.

Este mecanismo, sin embargo, no admite mas expansión que el del repertorio de las izquierdas marxistas políticamente constituidas. Queda por interrogar, entonces, si en la amplia adhesión recibida por los trabajadores ocupantes de las fábricas hay algo más que unos supuestos similares a los esgrimidos por la izquierda, aun cuando se trate de perspectivas políticas diferentes.

Una primera forma de la solidaridad consiste en la adhesión que parte de considerar a quienes ocupan la fábrica como aquellos que extreman sus acciones para no convertirse en desocupados. La politización y la radicalidad de sus acciones tienen un fundamento que cada uno puede asumir como propio y, por lo tanto, se hace claro: no desprenderse de la condición de trabajador.

Algunos medios de comunicación insisten en reconocer la "legitimidad" de estos "reclamos": ¿qué se puede argumentar contra alguien que dice sólo querer trabajar, aferrándose para eso a máquinas que el patrón ya considera poco rentables?

Los trabajadores de las fábricas tomadas aparecen, así, ante la opinión mediática mayoritaria, como el rezago anacrónico de un productivismo perdido, expoliado. Y con la voluntad de recuperarlo.

Una segunda forma de la solidaridad consiste en la valoración de la alteración subjetiva producida en –y por– los trabajadores a partir del acto de ocupar la fábrica. No es una valoración de la condición obrera, sino del hecho de que se haya constituido –sobre esa base– una experiencia. Ya no se trata de la identificación de un conjunto de personas como perteneciente a la clase trabajadora atemorizada por perder su condición y pasar a engrosar la fila

de los "sin trabajo", sino de aquellos que habitan el espacio ocupado para afirmarse en sus propias capacidades. Esta afirmación permite una relectura de la condición misma del desocupado, al punto de sellar una cierta comunidad con los movimientos piqueteros.

Los cambios que se producen al interior de la ocupación –y la forma en que esos cambios se expanden hacia el barrio, la ciudad y otros movimientos– hace sospechar que aquello que han tomado siga siendo efectivamente una fábrica. Me refiero a que la experiencia desarrollada produce otra forma de habitar el espacio, de funcionalizarlo, de distribuir tareas –que ya no son simplemente las mismas que antes–, de jerarquizar el proceso de trabajo, y de articular las necesidades vinculadas a la búsqueda de mercados, proveedores y el pago de deudas anteriores que los patronos no asumen, junto a la construcción de lazos con la comunidad de solidaridades, etc. Algunas de estas características pueden asociarse a las llamadas exigencias de "implicación subjetiva" que demanda el tipo de producción posfordista. Sin embargo, en las ocupaciones esta "polivalencia" de los trabajadores, cierta desjerarquización de las tareas e, incluso, el elemento afectivo –femenino, dirían algunos– que se pone en juego, no están impulsados por el mando directo del capital, sino que esta tendencia a la no especialización propia de lo humano¹ se desarrolla en paralelo con el despliegue de un territorio –esfera de debate y toma de decisiones– público.

¿Podemos seguir hablando de *clase trabajadora* para referirnos a este tipo de experiencias? Tal vez sí, si lo que queremos señalar es el hecho de que el trasfondo de la experiencia misma es el reencuentro con una antropología fundada en el trabajo. No, en cam-

bio, si se entiende como trabajador a la figura contemporánea que ante el terror de la amenaza de la desocupación está dispuesto a casi cualquier cosa para no abandonar esa condición.

Más aún: esta última noción de *clase trabajadora* no es más que una proyección que convoca a la identificación compasiva por parte de quienes padecen el trabajo a partir del miedo a ser expulsados, que alimenta también la posición caritativa de los medios de comunicación masivos y que da –como vimos– fundamentos ideológicos a las izquierdas partidarias.

El trabajador queda confirmado. La ocupación de la fábrica no nos habla ya de la posibilidad de una experiencia sino de la adhesión –agónica– de cada quien a su vínculo salarial. No hay alteración sino confirmación del lazo. Hay legitimación.

Caída la experimentación se devalúa –en el acto– la posibilidad de pro-

ducir una rentabilidad capaz de producir fronteras respecto de la lógica del mercado mundial. El trabajador debe re-unirse nuevamente a los requerimientos de la economía del capital, aun cuando fue esa economía la que provocó en el patrón la huída hacia una rentabilidad financiera. Debe abandonar inmediatamente toda interpelación orientada a producir nuevas figuras de una relación de reproducción social paralela.

No es tanto que los trabajadores deban renunciar a la lucha en la esfera ligada a su propia reproducción –la lucha sindical, o propiamente de clase– cuanto que cada vez hay menos espacio para dar esta pelea sin acudir a formas de subjetivación como las aquí descriptas.

El desalojo de las fábricas ocupadas por sus trabajadores muestra –a la luz de estas observaciones– un fondo inquietante. Si por un lado se trata de reunir lo que se ha quebrado (la subordinación del trabajo a los requerimientos de un mercado expulsivo); del otro, produce un efecto político de borrado de una indagación fundamental: aquella que tiene que ver con la producción –ya en curso en Argentina– de una subjetividad capaz de afrontar la crisis de la sociedad económica y jurídicamente salarial y ciudadana. El desalojo, entonces, viene a interrumpir esta elaboración subjetiva orientada a habitar de otro modo el espacio de la fábrica, y a producir –a partir de esta interpelación– modalidades de un nuevo vínculo entre producción, economía y política.

Notas

- ¹ Esta tesis ha sido desarrollada por el filósofo italiano Paolo Virno en un reportaje publicado en el número 9 de *La Escena Contemporánea*.



Una nueva oportunidad... para alcanzar la eternidad

por Fabio Wasserman

Era de esperar, por qué no. Resulta previsible que un coro de voces críticas se alce ante cada ocasión en que los males del mundo se incrementan o se hacen más evidentes, como acaba de suceder con la invasión a Irak. Pero no me quiero referir ahora a las voces indignadas que llaman a oponerse a la agresión de los yankees, sino a aquellas que consideran a la oposición que provocó la misma como una nueva oportunidad para la izquierda. A aquellas que, en su versión más descarnada, dicen estar agradecidas a Bush, Blair y Aznar por haber permitido el resurgimiento de un movimiento social crítico.

Para ser más claros: a medida que se fue incrementando la escalada bélica, a medida que se fueron extendiendo en el país y en el mundo las críticas y las movilizaciones opositoras a la guerra, pudo escucharse y leerse también en varios medios progres o radicalizados que la izquierda se hallaba ante una nueva oportunidad que no debía desaprovecharse. ¿Por qué? Porque si actuaba bien podía capitalizar la energía desplegada en esas movilizaciones, pero también la indignación que muchas veces no alcanza a expresarse en forma tan nítida o contundente. Capitalizar, aquí, puede significar diversas cosas. Ninguna incompatible entre sí, pero todas ellas fieles al sentido de incrementar el valor de la hacienda propia: captar nuevos militantes; representar a esa conciencia antibélica y, de ser posible, orientarla por la buena senda para lograr un salto en la conciencia de sus protagonistas; hacerse conocer; demostrar que siempre se tuvo razón y que este es el verdadero rostro del imperialismo y el capitalismo. Afirmarse entonces en aquello que siempre dijimos ser, pero ahora en procura de una mayor compañía. Habrá más posibilidades, sin duda, y también variaciones sutiles que escapan a mi tosca percepción. Pero todas ellas tienen una marca de origen. Una marca que está cifrada en la idea misma de oportunidad como un signo de exterioridad con respecto al movimiento social del cual busca nutrirse sin querer entablar con él ningún tipo de compromiso que lo potencie.

Esta idea de oportunidad no es circunstancial ni accesoria. Por el contrario, expresa uno de los núcleos más persistentes en los partidos, agrupaciones y movimientos de izquierda. Una izquierda cuyo agotamiento en su capacidad de crear o alentar nuevas experiencias críticas resulta directamente proporcional a su accionar para exprimir las allí donde éstas surgen: hoy es la movilización contra la guerra, el año pasado fueron las asambleas, un poco antes el movimiento callejero que derribó a De la Rúa; así como en otra escala también podría ser

una fábrica tomada, la lucha contra un arancel o por un edificio nuevo en la universidad. Cada ocasión en la que se despliega un conflicto se percibe entonces como una nueva oportunidad en la que hay que intervenir: marcar presencia, decir aquí estamos, vean nuestros carteles, conózcannos, sígannos, súmense a nuestra línea. Y cada oportunidad se transforma así en un nuevo desencuentro de la izquierda con aquello que verdaderamente está en juego en ese conflicto

No quiero ser injusto. Entiendo que lo que planteo no es sólo un problema de los partidos de izquierda o sus sucedáneos que, en forma instrumental, desarrollan tácticas para transformar aquello que existe como tendencia en la sociedad en algo a ser cooptado estratégicamente. Y si no es sólo un problema de la izquierda es porque la articulación de fuerzas sociales en pos de un objetivo está en el corazón del hacer político. Es, si se quiere, el problema de la hegemonía; problema que no puede tener nunca una resolución *a priori* ya que ésta sólo puede provenir de las fuerzas que habitan en cada sociedad, más allá de cómo y para qué se las quiera articular y de quiénes se asignen esa tarea estratégica. Es probable que durante mucho tiempo la construcción de un andamiaje sociopolítico que procurara la toma del poder para desde ahí transformar la sociedad, haya favorecido esta práctica que ve en cada conflicto una oportunidad para sumar voluntades, fuerzas, conciencias. Quiero decir: es probable que lo que esté en juego entonces no sea sólo una concepción de la política, sino la política misma, al menos como la conocimos hasta ahora, es decir, como expresión necesaria de los conflictos sociales que sólo se pueden dirimir con el control del poder estatal. Es por eso que

no se trata sólo de una cuestión que afecta a ciertos sectores que se reconocen de izquierda, ya que existe una tendencia muy fuerte a actuar o pensar de ese modo, aunque nos sea más fácil percibirlo en aquellos que hacen de la oportunidad la ocasión de su militancia. Entiendo por eso que, en muchas circunstancias, esta idea de oportunidad se esgrime de buena fe, y se cree que lo que se hace es lo mejor, incluso para aquellos que participan de esa experiencia o movimiento que deviene mera oportunidad. Lo entiendo, y sólo podría decir al respecto que se trata de una de las tantas herencias con las que tendremos que lidiar, participemos o no de partidos o de agrupaciones políticas más o menos tradicionales.

Pero hay algo que sí sé, y es que en sus momentos más ricos, que no fueron pocos, las fuerzas que se reconocían de izquierda supieron encontrar ese delicado pero necesario punto de equilibrio entre el acompañamiento de las experiencias sociales y el considerarlas como una oportunidad para su propio crecimiento. Pero, y aquí quería llegar, este difícil punto de equilibrio expresado muchas veces en una tensión entre el partido o la agrupación y el movimiento social, no sólo ya no se alcanza, sino que tampoco pretende ser alcanzado. Al menos no pretende ser alcanzado por la, digamos así, izquierda institucional, que no es sólo la partidaria, aunque ésta exprese su faz más maltrecha y caricaturesca –pienso también en los así llamados referentes, personajes o personalidades cuyos nombres suelen ser reclamados para solicitudes, cadenas de emails, opiniones–.

Este renunciamiento de la izquierda se puede reconocer en miles de señales, una de las cuales es esta consideración gozosa de la guerra y la oposición que provocó como una oportuni-

dad para poder sacar cabeza. Que, a esta altura, no es más que una confesión descarnada de la propia impotencia y, si se quiere, de su agotamiento como fuerza transformadora y hasta como idea emancipatoria. La izquierda podrá seguir así existiendo eternamente. Pero, si se me permite la imagen algo grotesca, esta existencia sólo

podrá reproducirse como lo hacen los vampiros: habitando una región helada e incierta que se encuentra entre el mundo de los muertos y el de los vivos, alimentándose de éstos para poder gozar de una eternidad siempre igual a si misma y en la que ya nada nuevo podrá sucederle, salvo una piadosa y definitiva muerte.

Física de las sorpresas

por Diego Sztulwark

En distintas conversaciones ocurridas en el lapso de tiempo dedicado a discutir la elaboración de este número de la revista, surgieron dos enunciados que, creo, dan que pensar. El primero, que *los acontecimientos de las jornadas de los días 19 y 20* afectaron la dinámica de las luchas sociales y al sistema político, y sin embargo no es fácil trazar una relación *a priori* entre ambos. El segundo, que *la política se juega hoy en los pliegues de la barbarie*. Cada uno de ellos hizo su aparición en momentos diferentes y cada cual fue parte, a su modo, de sendos *malos entendidos*. Sin embargo, retomados a la luz de ciertas encrucijadas de la política actual, ambos enunciados pueden inspirar una indagación mayor sobre algunos de los puntos de contacto entre los requerimientos actuales del pensamiento y las prácticas radicales, respecto de los dilemas políticos englobados en eso que persiste en llamarse coyuntura política.

I

En uno de los tantos encuentros destinados a intercambiar opiniones sobre los resultados de la primera vuelta electoral para escoger al primer presidente electo luego de los sucesos los días 19 y 20 del 2001, dimos con lo que sin dudas es uno de las principales cuestiones de interpretación política del momento: ¿cómo comprender la relación establecida entre ambos fenómenos a partir de los resultados de la elección? o, de otro modo, ¿qué queda –a la luz de los datos políticos derivados de la elección– de aquellas jornadas callejeras?

Las interpretaciones mayoritarias dividen sus opiniones en dos grandes reflexiones:

a) Los sucesos del 19 y 20 fueron magnificados. No se trató –finalmente– de voluntades insurreccionales –salvando minorías extremistas que nunca faltan–, sino de un descontento provisorio y muy justificable dada la profundidad de la crisis económica y la ausencia de toda conducción política por parte del asediado gobierno de entonces. Si bien es cierto que todo aquello constituyó una gran preocupación, dado lo escandaloso de los acontecimientos, un año de tiempo fue suficiente para que cundiera la serena reflexión sobre las ventajas de una (re)institucionalización integral del país. En este contexto, las elecciones –primera y segunda vuelta– poseen un significado muy especial. Constituyen una clara demostración del rumbo elegido por el electorado: la moderación política, la adhesión al juego político instituido y la huída de los extremos ideológicos –incluido, claro, el neoliberal–. La enseñanza para quienes se espe-

ranzan con transformaciones radicales en la estructura social del país es clara: hagan política, no asusten a la gente con la violencia y con las consignas excluyentes.

b) Los sucesos de diciembre del 2001 no fueron magnificados. Ellos fueron de una radicalidad extrema. Sin embargo, experiencias que nacieron – o se reagruparon– a partir de aquellas jornadas, no supieron comprender la naturaleza de la lucha política planteada. Se cometieron errores elementales. Entre ellos habría que destacar tres: la ausencia de una organización estructurada y la carencia de una propuesta programática viable para disputar consensos mayoritarios. A su vez, estos dos errores se derivan –de esto casi no cabe duda– de un error aún más fundamental: el haber quedado atrapados en la estructura paradójica del movimiento de diciembre, el célebre “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Ya que todos debían irse, no hubo discusión seria sobre quién debería quedarse, para qué y a través de qué medios.

Ambas lecturas difieren en la perspectiva desde las que son enunciadas. La primera está investida de un tono festivo ya que supone que las elecciones de abril recrean una nueva primavera política. La segunda en cambio se entona con la tristeza de la derrota: “se ha perdido una gran oportunidad histórica”. Sin embargo, ambas poseen un común denominador: la creencia de que las elecciones interpretan retroactivamente las jornadas de diciembre.

Los resultados arrojados por el escrutinio del 27 de abril no proveen tanto de una información a elaborar, sino que operan como un disolvente de todo pensamiento que guarde fidelidad con los efectos del 19 y 20. Si tales efectos no se hicieron presentes deslegitiman-

do de una u otra manera la elección, lo que se deslegitima a partir de esta elección es el pensamiento y las experiencias que guardan fidelidad con los efectos de las jornadas de los días 19 y 20.

Así, ambas lecturas se identifican en dos puntos cruciales: lo único pensable es aquello que se presenta como *relación* entre diciembre del 2001 y abril del 2003; abril del 2003 es la verdad retroactiva del diciembre del 2001.

Según la primera versión, abril es el mes en que una serena racionalidad primó sobre la amenaza de una caótica furia antipolítica. Los ánimos calmos son condición de normalidad. El miedo a la desintegración social pudo dar lugar a un fascismo político capaz de articular las formas de fascismo social difundido. Más aún, este fascismo fue una presencia clave. Sin la presencia de Carlos Menem en la elección, posiblemente hubiera fracasado la operación de legitimación de las instituciones que constituyen el sistema político. Tal operación posee un objetivo transparente: el reencuentro de los espacios destinados a efectivizar la soberanía popular a través de los procedimientos previstos por la tradición de las democracias contemporáneas –medios, encuestas, urnas, analistas, etc.–, y la interrupción de nuevas formas de habitar la ciudad y los espacios privados o públicos ocupados los últimos años, vía represión, desalojo y toda otra forma de deslegitimación y refutación. El triunfo de la política consiste, entonces, en la restauración de los procedimientos representativos adecuados.

La segunda versión elabora una contrapartida que confirma en cada uno de sus términos a la anterior. Si en diciembre se trató de producir instituciones alternativas a la democracia representativa, la evaluación actual es francamente negativa. Si se trató de expresar el des-

contento de diciembre en el terreno de las elecciones nacionales el fracaso fue aún mayor. Si se quiso simplemente deslegitimar la elección, todo esfuerzo fue en vano. En fin: todas las variantes que pretendían hacer presente en el terreno electoral la persistencia de los efectos de diciembre fueron por igual derrotadas. La conclusión no tarda en llegar: si tales efectos no se han hecho presentes tal vez debamos reconocer que se han disuelto. La derrota ilumina la auténtica trama de la secuencia política que va de diciembre a abril: el voluntarismo ha vuelto a jugar una mala pasada oscureciendo las potencias de la razón. El reencuentro con "lo razonable" ha sido como (casi) siempre traumático. Diciembre, a la luz de abril, se lee como un conjunto minimizado de acciones espontaneístas o bien como la carencia de un desarrollo electoral capaz de operar sobre el terreno inevitable de lo político-institucional.

Si la primera versión concibe las elecciones como el agua que vino a apagar el incendio de diciembre, la segunda constata que el fuego de diciembre no alcanzó a incendiar las urnas utilizadas en abril. Ambas perspectivas consideran estos acontecimientos –los hechos de diciembre y las elecciones– en una misma línea causal. La relación entre ambos es transparente: no presenta dificultades.

Ambas versiones confirman el mismo campo de evidencias: la existencia de un sistema político orgánicamente ligado al campo de las luchas sociales. La subordinación de la dinámica del contrapoder a la esfera de lo político. La recomposición de las mediaciones políticas e institucionales y la correlativa disolución de las potencias de las experiencias del contrapoder.

Ambas confirman el desplazamiento sobre una misma línea causal que va

del "que se vayan todos, que no quede ni uno solo" al "que se vaya Carlos Menem".

II

En una reunión anterior de la revista, una compañera aseguró haber leído en un texto de alguien que escribe mucho mejor que nosotros que la política se produce en los "pliegues de la barbarie". Sin embargo, estas palabras en las que se podría creer encontrar a priori una resonancia deleuziana, no fueron jamás escritas así por nuestro amigo. Fue un mal entendido. Pero lo que mostró ese mal entendido ofreció una *imagen* que no habíamos logrado obtener por medios de proposiciones escritas con tal intención.

La barbarie es una noción que trae consigo un punto de vista exterior: la civilización que la nombra. La barbarie es vista desde afuera. Temida o deseada como exotismo, es nombrada y percibida desde su exterior. Pero hacer política desde el interior mismo de sus pliegues, nos obliga a cambiar la perspectiva. Habría que hallar otro nombre para designar a la barbarie desde sí misma, desprovista de la carga valorativa propia de la perspectiva civilizada.

Afirmarse en eso –que a falta de nombre llamamos "pliegues de la barbarie"– implica abandonar las atribuciones que la civilización otorga. Habitar la barbarie no es representarla. No se trata de "hacer de bárbaro" para escandalizar a las tías, sino de desprenderse de esas representaciones. Penetrar en la existencia de la barbarie, en su lógica, su subjetividad y sus miserias, para poder conocer también sus potencias.

Para ello habría que elaborar un pensamiento de la barbarie *desde la barbarie*. Esta elaboración presumiblemente

tenga la fuerza de una doble *demarcación*. De un lado, nos abre la puerta que nos conduce a plantearnos la barbarie desde su interior y ya no desde la civilización. Atravesar esta puerta posiblemente nos deje apreciar, tal vez por primera vez, que lo que se ha dado en llamar política de la civilización –que incluye a distintas formas del socialismo: no habría que olvidar el grito luxemburguista: “socialismo o barbarie”–, cuando ya no es vista desde sí misma sino desde los *pliegues de la barbarie*, no es sino una operación civilizadora que carece de todo contenido.

Por otro lado, la demarcación no sólo permite invertir la mirada –ver otra cosa, la otra orilla– sino también, y más relevante aún, mirar de *otro modo*. Si la política civilizatoria trabaja formateando lo múltiple caótico –eso que llama bárbaro–, una política de la barbarie no remite a un movimiento simétrico de barbarización, ni a una apología de aquello que desde la civilización se designa bajo el nombre de barbarie. Remite a una potencia –política– cuya efectividad ya no vendrá bajo la forma ilustrada del saber noble que emancipa, ni la toma de conciencia, sino de la experimentación de formas de vida a partir de las condiciones mismas que el capitalismo global impone cuando se confunde plenamente con la realidad.

Si la civilización no es más que el movimiento de civilizar, es decir, de difundir formas universales a las que debería adecuarse la materia bruta –o simple vida–, la barbarie no es un contenido diferente para la misma operación de formateo, sino el punto de fracaso de la globalización, a cambio de una ausencia de modelo.

Si civilizar es imponer relaciones, una política de la barbarie parte de no suponer ninguna relación como ya dada.

Según Santiago López Petit y Marina Garcés, el capitalismo ha devenido realidad. Se ha confundido con ella. Cada vez que se enarbola un modelo alternativo se reactiva el mecanismo globalizante del capital. Toda relación está tomada por la omnipresencia del capitalismo. Según ellos, sólo un nihilismo radical capaz de desrelacionar lo que ha sido ligado tenuemente por el capital nos abre a la multiplicidad inconsistente de lo real: capitalismo y barbarie han devenido uno solo. No hay afuera. Pero sí hay puntos de resistencia. Puntos que se desvinculan para instituir nuevas consistencias. De allí que una política de la barbarie no es aquella que propone nuevos contenidos a generalizar sino la que renuncia a lo global –a lo global-local– para fundar consistencias de otras dimensiones.

III

Una política desde los *pliegues de la barbarie* nos abre a la hipótesis de la *desrelación*. Y tal vez se podría ensayar cómo funciona esta hipótesis en la primera conversación. Dados los términos del razonamiento anterior, sólo hay dos opciones: o bien las elecciones del 2003 demuestran la falta de significación actual de los acontecimientos de los días 19 y 20 (posición dominante) o bien se declara que la gloria de las jornadas de los días 19 y 20 es lo suficientemente potente como para negar –con cualquier argumento o, mejor aún, sin necesidad de argumentar– la importancia de las elecciones del 2003 (posición minoritaria).

Entre uno y otro extremo existen matices. Conversando sobre esto, en la revista, se llegó a decir: “relación hay, pero no sabemos cuál”.

Tal vez se podría indagar, entonces,

la posibilidad de que no exista modo de relación *a priori* entre la lucha callejera pos 19 y 20 y primeras elecciones desarrolladas luego de aquella insurrección. Desde las elecciones, diríamos, se recompone un único escenario en el que sólo existen quienes se manifiestan de acuerdo a un conjunto de reglas pautadas. Desde las experiencias que se fortalecieron a partir de las jornadas de diciembre, las elecciones constituyen un momento ciego, en el que poco o nada hay que decir. Trazada la relación desde las elecciones, el contrapoder se disuelve. Trazada la desrelación, desde las calles las elecciones no anulan los efectos de experiencias que se juegan según otras consideraciones.

Si desde el primer sitio se exige a quienes poseen existencia política medirse en su terreno, desde el segundo la potencia política auténtica consiste en delimitar el territorio y las reglas de su acción según tiempos y disposiciones corporales heterogéneas.

Pero desrelación *a priori* no indica falta absoluta de afección entre los términos. Si por un lado cada uno de los polos se desarrolla de manera autosuficiente en el sentido que no dependen uno del otro en sus dinámicas internas, no hay por qué suponer que tales desarrollos no choquen o no evolucionen de manera paralela sin tocarse y, finalmente –y por momentos– puedan confluir produciendo configuraciones políticas impensadas. De hecho, durante diciembre del 2001 fue posible ver a caceroleros participando en el derrocamiento de gobiernos, y a gobiernos cuya máxima implícita era la de no generar cacerolazos.

Pero ni cuando la desrelación se hace evidente ni cuando la apariencia de causalidad se hace más visible, nos es posible abandonar la percepción de

estar ante una sorpresa. Ya que no deja de sorprender que las cosas sean como finalmente son.

Aquí no hay que explicar sólo la sorpresa de abril –la normalización– sino, sobre todo, la *dinámica misma de la sorpresa*, cuya *física* viene operando como terreno de la política como mínimo desde aquella intempestiva ruptura de diciembre del 2001. En efecto, la sorpresa inicial fue aquella que visibilizó un conjunto de subjetividades resistentes a lo largo del territorio nacional desde entonces. Y la sorpresa de hoy es la invisibilización de aquellas presencias.

Durante la primera vuelta del proceso electoral, la asamblea de Chacarita pintó una consigna que dice: “nuestras urnas son las calles”. Ignoro cuáles fueron sus intenciones. Sin embargo; hay urnas y hay calles. Como asambleístas, importan las calles. Como votantes, las urnas. Pero las urnas no determinan nuestra protagonismo, puesto que éste pasa por las calles. La potencia de una no se traslada más como antaño, directamente a la otra. Mas bien habría que afirmar “las urnas, las calles”, sin suponer *a priori* una relación subyacente.

No debería entonces llamar la atención que las mismas personas que han votado a los candidatos de la elección presidencial hayan participado –y lo sigan haciendo– en sinnúmeros de experiencias cuyas urnas son las calles.

En todo caso unas preguntas quedan planteadas: ¿Qué hemos aprendido en términos de la producción del vínculo social en un contexto de desrelación sin apelar a una moral inclusiva? ¿Qué tipo de prácticas y enunciados producen afectividad en la barbarie? ¿Qué tipo de procesos producen hoy sociabilidad, valores y destinos comunes?

Palabras aladas

por María Pia López

1

"El fascismo no sólo fue la conjuración que de hecho era, sino que surgió además dentro de una poderosa tendencia social. El lenguaje le da asilo y en el lenguaje se manifiesta la oculta y creciente catástrofe como si fuera la salvación."

Adorno, *La ideología como lenguaje*

Nunca hubo motivos suficientes para la inocencia. Sin embargo, la humanidad parece haberla perdido recién ante el nazismo.

La vieja inocencia era la actitud más profundamente enamorada de la historia: no negaba el horror sino que lo consideraba rémora, obstáculo, rezago. Aún presente, lo suponía pronto a ser pasado. Modos civilizados de la sociabilidad, productividad económica y sofisticación cultural era una tríada prometedora. El horror quedaría a las espaldas de cada época.

El nazismo vino a matar esa inocencia: en el centro de la cultura europea, con modos corteses extendidos y fuerzas productivas en expansión, se construyó –no a pesar, sino gracias a todo eso– una máquina de muerte difícil de calibrar y comprender. Esa maquinaria tuvo como sustrato cultural un cierto estado del lenguaje. Un lenguaje osificado, escribía Steiner, en "clichés, definiciones acrílicas, palabras inútiles".

Hanna Arendt escucha a Eichmann en el juicio en Jerusalén. Lee sus declaraciones. Observa que Eichmann utiliza frases hechas, a las que él llama *palabras aladas*. Las *palabras aladas* son las frases de apariencia grandiosa y de sentido vacío. La escritora se sorprende: son la peor defensa y demuestran que el jefe logístico nazi no terminaba de involucrarse en aquello que hacía. La frase alada, pura trascendencia sin realidad, era síntoma de la separación de Eichmann de sus acciones reales. Y no debería verse allí un simple intento de evadir responsabilidades sino de la imposibilidad de situarse en su propia actividad. Es un burócrata eficiente antes que un político.

Las *palabras aladas* de Eichmann son lo que Adorno, para pensar la trama cultural y simbólica de la que emerge el nazismo, llamó *jerga*. La jerga es el lenguaje devenido ideología, cristalizado como tal. La jerga, dice, funciona sobre el principio de la "desintegración del lenguaje en palabras en sí". Es un procedimiento de aislamiento: toma el lenguaje filosófico e inhibe el mecanismo del pensamiento. Tomando las palabras como términos sueltos y disponibles para todo uso, las separa del sujeto pensante. El fascismo es ese procedimiento o ese tono. Un tono que se lleva en la solapa. Visible: casi como las botas de un militar. Autenticidad, o vida, o sentido, o luego deseo, se convirtieron en moneda altamente

valuada: contraseñas para entenderse en el mundo de los lenguajes serios. Palabras aladas.

Nunca hubo motivos para la inocencia. Pero después del nazismo se buscó restituirla colocando allí el mal radical. Como si bastara con señalar un lugar para los desechos molestos: el nazismo se convirtió en metáfora general o en equivalente universal de todos los males. Hoy se condena al jefe del imperio juntando su nombre con el de Hitler.

Los parentescos no pasan por esa sinonimia fácil, sino por cierto modo abismal de la historia humana que el fascismo venía a mostrar de un modo más brutal y concentrado. El nombre de industria cultural bautizó esos mecanismos semejantes a la jerga: mecanismos de desintegración, separación

y reducción a un estereotipo, desplegados en las sociedades que dicen sostener el principio de la libertad.

El fascismo no fue un paréntesis en la historia, aunque fuera acotada, temporalmente, su fanfarria y su condición explícitamente homicida. Quiero decir: expresó fuerzas, las extremó, pero son fuerzas presentes y continuas. El vaciamiento del lenguaje se puede constatar como condición, también, de nuestra época. Como persisten otros modos de aniquilamiento y destrucción, bajo otros ropajes históricos y con otras justificaciones argumentales.

2

"La autenticidad del lenguaje no depende de un aserto aislado, ni siquiera de la de un grupo de asertos, sino de la relación entre la persona que habla, su discurso y la situación".

Susan Sontag, *Estilos radicales*

La jerga supone separación de las palabras del pensamiento, ruptura de la relación significativa con el lenguaje. Aunque es impensable la separación absoluta, la disociación no deja de ser una tendencia. El lenguaje es concebido como puro instrumento: conjunto de herramientas a usar, que ya están dispuestas allí, a la espera. Esa idea del lenguaje está en los modos burocráticos, en la reducción del discurso periodístico a un conjunto de latiguillos, en la academización de la escritura científica.

Las lenguas habituales sufren un proceso de colonización: en ellas se encuentran los giros mediáticos y los tonos evangélicos. Desde la dramatización melodramática de los sentimientos hasta el recurso a las palabras aladas de la trascendencia religiosa. El uso



cotidiano resiste a su vaciamiento pleno porque está menos formalizado –a diferencia de las lenguas que tienen un vocabulario y un procedimiento argumentativo que las define– y porque no podemos ausentarnos del propio hacer. Si bien el habla cotidiana está plagada de frases hechas, esos dichos que aparecen cristalizados, dispuestos para su repetición inerte, pueden ser objeto de una significación activa.

El lenguaje considerado como instrumento es separado del cuerpo: el que dice no es atravesado por lo que dice, lo dicho no tiene realidad. No es mentir, si no vaciar la palabra de su verdad profunda –ser expresión de un cuerpo situado– y de su fundamento –su capacidad transformadora.

Es difícil pensar que las luchas por la emancipación no requieran otro trato con el lenguaje, o que puedan desplegarse sin asumir ese trato como exigencia. Creo que toda resistencia es menguada si no altera los procedimientos de la opresión, si supone el uso de esos procedimientos *para otros fines*. Más puntualmente: si no se hace cargo de producir un vínculo no instrumental con el lenguaje.

En áreas como las de la investigación social, los temas “de izquierda” han venido a desplazar los temas carentes –supuestamente– de compromiso político. Muchas veces, tomando sin discusión, los modos de la escritura burocrática. Junto a los temas, han cambiado los nombres que señalizan la actualización. La jerga se despliega tomando las filosofías contemporáneas y las descuartiza: resultan tarjetas de identificación del intelectual comprometido.

Pero también es un problema que atraviesa las militancias políticas y sociales. Es evidente –está en nuestros

disgustos como interlocutores o lectores– que las *palabras aladas* que aparecen reiteradamente en los lenguajes de los grupos resistentes no son aquello que les da fuerza y capacidad a esos grupos sino, meramente, su justificación pública. En la entrevista que le hicimos a Horacio González recuerda cuán sugestiva y poderosa era la narración de las experiencias personales de los militantes, y cuán “obvio” era el discurso político. Aunque no abunda en definir esa obviedad, parece encontrarla en el *tono* militante.

La *revolución para derrocar el capital* o la *red de asambleas* pueden ser nombres de experiencias o adquirir altura de vuelo. ¿Qué distingue un uso de otro? Quizás, efectivamente, no se pueda explicar qué disocia los lenguajes. Pero, en ese caso, sólo nos quedaría la argucia del desagrado. Como no es en el enunciado –que puede venir bajo el fraseo de una articulación consabida o bajo una frase individualizada– donde radica la significación, sino en la relación que un cuerpo tiene con lo que dice, la distinción posible comparte ese territorio. No puede ser planteada como criterio general sino como dilema o exigencia: se trata de encontrar un trato no vaciado con el lenguaje.

Si el lenguaje de la política se ha convertido en jerga, ¿es posible una resistencia sustraída a las condiciones de aquello a lo que resiste? Lo que resiste está del lado de lo que se sustrae o subvierte la condición disociada: se sustrae porque mantiene reservas no colonizadas –las que hacen a la narración vital, al diálogo privado– o subvierte el uso habitual por una relación creativa –personal o colectiva– con el lenguaje. Conviene, al menos, no confundir la catástrofe con la salvación.

Apuntes para filmar una escena

por Matías Molle

1. Un amigo, el cineasta Matías Miller, me preguntó si existía la posibilidad de encontrar una especie de imagen total, una imagen que contuviera en sí misma la década del 90' argentina y que presentara, además, su fin. La idea era que, si existía tal imagen, nos pusiéramos en marcha para filmar la escena con el objetivo de construir a su alrededor, en su historia, un documental. La idea no era mala. Incluso parecía seductora. Construir la historia reciente teniendo como base una imagen era darle una vuelca de tuerca al documental, género tan bello como trillado. Sentíamos que estábamos en el encuentro de algo nuevo. Primero tomamos unos apuntes, investigamos algo –más que nada, tiramos algunas hipótesis– y llegamos a una especie de “acervo de conclusiones”. Y lo llamamos así debido a que las conclusiones no son correlativas, sino bastante caóticas y contradictorias. Lo siguiente, es el resultado despereado del proceso que acabo de relatar.

2. Primero pensamos una especie de hipótesis previa que funcione como base como principio desde el cual comenzar a investigar. Esa hipótesis, es la siguiente: Una de las principales características de nuestra época, pensamos con mi compañero, es la falta de un “ambiente prefijado”, de una comunidad sustancial que pueda garantizar seguridades mínimas. La contingencia y lo imprevisto, circunstancias o modos con los que la acción pública se había acostumbrado a lidiar, intentando su control, su (pre)visibilidad, se han vuelto comunes a todas las instancias de la vida. De repente, todos nos despertamos en la habitación equivocada y no recordamos qué fue lo que sucedió la noche anterior. La habitación está a oscuras y pocas opciones nos quedan. Una de ellas es el pánico, que nos puede llegar a inmovilizar. Otra, la desesperación: salimos corriendo, tropezando con todo lo que hay en el camino. Otra posible también, es la escrupulosa: tocamos todo a tuestas para verificar las dimensiones del nuevo espacio y construir así un plano que nos permita movernos. Muchas son las opciones, pero lo cierto es que esta falta de seguridades mínimas que la comunidad sustancial ofrecía en la etapa pasada, ha desquiciado todo. Y eso, dijimos con mi amigo, lo podíamos pensar incluso de la mano con lo sucedido el 19 y 20 de diciembre del 2001: “si el 12/01 –pensamos– la masa salió a la calle porque había perdido sus más mínimas seguridades, pequeñas señas que aparentemente los cohesionaban, 18 meses después se vio, tratando de reorganizar eso que aparentemente había perdido, por TV” (2ª hipótesis).

Cómo pensar una imagen entonces, nos dijimos con mi compañero,

que presente estas características. Es una tarea muy ardua. Pero en realidad no somos los primeros que intentamos pensarla. Una oscilante hilera de publicistas, asesores de imagen y consultores, ya vienen pensando acerca de eso. Nada mejor, dijimos, que prestar atención a las representaciones que construyeron a lo largo de las diferentes campañas electorales.

Por innumerables razones, fue el *menemismo* quien nos abrió la cabeza. Hay que ser sinceros: están en la avanzada. Y no lo decimos socarronamente: son los únicos que comprenden el estado actual de cosas. Tiene más razón de la que pretende cuando acusa a su contrincante de quedar prendido del pasado mientras insistentemente llama a un cambio para el futuro. No cabe duda de que el *menemismo* es el presente. Por eso, veamos cómo puede haber sido pensada esta imagen por la expresión más cabal de la desaparición de la comunidad sustancial en la Argentina —el *menemismo*— en el cierre de su campaña: “el bunker” (esa imagen total).

3. *El humo apenas contamina el trayecto que transita la luz hasta llegar a sus rostros. Un humo espeso, especie de mascarada que le da otra consistencia a la luminosidad del salón. No unas tinieblas ni una neblina, algo más humano y menos natural. El murmullo acompaña este humo como si ambos tuvieran un peso específico y quedarán suspendidos en un estrato particular de la atmósfera. Los cigarrillos yacen abarrotados en ceniceros, cementerios plagados de ansiedad y cenizas. Las colillas boca abajo, pintadas de rouge, dan cuenta de una extraña forma de construir un jardín. Los sandwiches de migas se pasean en bandejas recorriendo el trazo que las nuevas características del espacio han organizado: una pista de dimensiones estrechas y formas*

oscilantes, surcada por hombres de smoking que son acechados por las manos de la tribuna. El sonido de los celulares se interrumpe esporádicamente por el más grave y líquido que se produce al descorchar un champán. Del otro lado de las vidrieras, la noche que también observa. Una mano agarra intensamente la otra. Una sonrisa contagia la otra; un guiño anima otro. Todos se encuentran expectantes. Algunos hace tiempo que no se ven: él los ha reunido nuevamente. Sólo falta, entonces, verlo a él, que todavía no ha aparecido pero que se proyecta en cada pliegue.

4. Nota: No caer en clichés. Fragmentar las imágenes lo suficiente (primeros planos que corten la secuencia, como manos, colillas, corcho, abrazo) como para no desencadenar una asociación fácil con comportamientos previsibles en los individuos.

5. Al ver esta escena, el 27 de abril a la tarde, comprendimos todo. Jamás una escena tan ajustada (incluso tanto que se les escapaba a sus realizadores, diciendo más de lo que ellos querían decir). Nunca una imagen tan adecuada para pensar un proceso. Porque si bien el *menemismo* puede asociarse fácilmente a un particular o, en todo caso, a una corriente política, lo cierto es que ya excedió tal inconveniente. Por eso, no hay que pensar en las corrientes políticas de antaño; todo sesgo comparativo echaría a perder las diferencias que el *menemismo* —como expresión— aporta a nuestro presente. En ese sentido, el *menemismo* es más que una corriente política circunscripta a un programa. Es una forma de ser: es sólo uno de los nombres que adopta la forma de ser contemporánea.

6. El concepto que la imagen inten-

ta representar, concluimos con mi compañero, su correlación en el lenguaje, es el de "seguridad". Se sabe qué puede suceder; se construye un espacio donde todo está a la vista. El *menemismo* se transforma así en la cara más visible de una cultura que se esfuerza por iluminar cada uno de sus pliegues, no dejar nada oculto; más bien, ocultar en la imagen total: todo está a la vista, encandilar. Como recomendaba el Rey Sol en su consigna lanzada a Colbert: "Claridad y Seguridad" (Nota: las luces del salón resplandecientes).

De este modo, el *menemismo* se presenta como la medida, como la linterna que enfoca y captura y al capturar transforma. Elías Canetti, en unas bellas y oscuras hojas sobre el "secreto", al referirse a la iluminación del acechar y la oquedad de la ingestión, escribía: "sólo el instante del agarrar alumbrábruscamente las sombras como un relámpago, para iluminar su propio momento fugaz". Una política del señalamiento y la visibilidad, entonces. Sin embargo, como se sabe, toda luz produce una sombra que jamás puede ser captada o, sólo lo es, a condición de ya no ser. ¿Qué potencia contiene en su prevalecer como tal? ¿Qué potencia tiene de ser escurridiza, qué características necesita para serlo? ¿Qué posibilidades tiene algo de crecer a la sombra?

Evidentemente, las preguntas que aparecían a medida que avanzábamos con el trabajo, nos superaban. Una vez que teníamos en nuestras cabezas la forma que iba a tener esta imagen que buscábamos, se nos aparecían interrogantes que, valga la redundancia, nos interrogaban sobre las características del presente que esa imagen venía a representar. En un principio, todo había resultado más fácil. Incluso el propio *menemismo* nos había ofrecido, sin saberlo

por supuesto, el boceto de nuestro trabajo. El documental que pensábamos vender al exterior, a alguna cadena italiana o española o alemana, ya comenzaba a tener consistencia. Sin embargo, sin quererlo, las sombras invadieron la escena iluminando otro costado de la misma. ¿Qué clase de espacio era este?, nos preguntamos con mi compañero. Y ahora: ¿cómo construir esa imagen? Esa imagen en la que la luz encandile y la sombra rodee. ¿Cómo atrapar ese instante, dando cuenta de las dos instancias? ¿Cómo construir un espacio (imagen o escena) donde se exprese esta ambivalencia? ¿Podría ser el mismo, sólo que observado con otros ojos?

7. Gilles Deleuze en su estudio de la imagen se refiere a las sombras. En sus páginas se puede leer: "¿Cómo extraer un espacio cualquiera de un estado de cosas dado, de un espacio determinado? El primer recurso fue la sombra, las sombras: un espacio llenado de sombras, o cubierto de sombras, se convierte en espacio cualquiera". Hay dos formas importantes, dice Deleuze, de pensar la sombra. Una es a partir del expresionismo, en donde la sombra presenta un combate entre el espíritu y las tinieblas; otra es la abstracción lírica que va a expresar una alternativa del espíritu entre el estado de cosas mismo y la posibilidad, la virtualidad que lo supera. Un combate, una lucha, en la primera; una alternativa, una opción, en la segunda.

A nosotros nos interesó más la segunda: la lírica abstracta. Quizá porque siempre nos habían interesado más los filmes de Dreyer, Bresson o Sternberg que los del terror gótico del expresionismo. Aunque no hay que negar que a más de uno le hubiera resultado seductor presentar una remaque de *Nosferatu* en la Argentina del siglo xxi.

Sin embargo, nos parecía demasiado simple tal imagen. Preferimos la idea de la opción. Puesto que creíamos, francamente, que el *menemismo* hubiera echo tal elección... (como de hecho la hizo).

La luz del salón, el blanco resplandeciente apenas surcado por un gris tenue que separa, como una cierta incertidumbre, un nivel del otro. El nivel general, donde todos comparten el mismo rango, del nivel específico, donde se encuentra él. Del otro lado, la oscuridad de la noche de la cual se escaparon sólo un instante. Pero donde no quieren regresar. Puesto que la elección, en la lírica abstracta, en nuestra imagen total, no "recae sobre términos a elegir, sino sobre modos de existencia de la persona que elige". No sería, en este caso, tanto dónde regresar como qué ser. De este modo, nuestra imagen continúa.

8. *Todos se mueven. Pequeñas figuras que se escurren distraídas, buscando las escaleras o los ascensores. El murmullo y el humo del tabaco sirven de capa para estos amantes nocturnos que vagan por la noche alumbrada, intentando no ser percibidos y, al mismo tiempo, ser percibidos. Extraña paradoja que sólo puede leerse en sus movimientos: primero bordean la pared, luego dan unos pasos al centro, giran la cabeza y miran hacia atrás, intrigados por saber si observan que todavía están ahí. En cada puerta un imponente guardián los detiene exigiéndoles una señal. Primero, los rostros de estas criaturas se estremecen con un gesto de perplejidad: un rictus les tuerce la boca y una mueca de consternación comienza a encenderse en sus ojos. Luego se crispan de furia. "Cómo es posible", parece que increparan al guardián... la sensación de quedarse afuera inunda y contamina el humor de los invitados. No pueden entender que no compartan el momento con*

"su" compañero. Ahí se hace presente la condición que tanto habían intentado disfrazar y eludir con sus movimientos: su extranjería. Entonces, de un lado la luz, el blanco de las escaleras que atrae y condensa la luz; del otro, la oscuridad de la noche. Los invitados se encuentran en un dilema: aceptar la negativa y volver, lo más disimulado posible, al comienzo del laberinto, con el premio consuelo de su pasado y, quizá, un futuro algo prometedora acompañado por un café o, si quedó, algún sandwich de miga (ya seco) en el bar del hotel; o la insistencia, la búsqueda del contacto que permita actualizar ese pasado, volverlo presente y asegurar que, efectivamente, estuvieron con él.

9. Nota: Nuevamente no caer en clichés. No banalizar el binomio luz-oscuridad. Nada tienen que ver con el saber, sino más bien con un "estilo Rembrandt", donde la luminosidad de los personajes es creada por ellos mismos.

10. "Así puede empezar nuestro documental", decimos con mi compañero. La imagen es perfecta. Condensa todo lo que venimos pensando. La luz, las sombras, las opciones, un ambiente en donde, al parecer, todos saben qué va a suceder...

"¿Pero es esto así: todos saben qué va a suceder?", me preguntó mi amigo, el inquieto cineasta Matías Miller. El entrecejo fruncido en su rostro me dice que no necesita una respuesta. Que ya la tiene y que las complicaciones comienzan nuevamente.

11. Recapitulando: La imagen que pensamos con mi compañero es el bunker menemista. Generalmente, este habitáculo —que puede variar de dimensiones— alude a un lugar oscuro, escondido, bajo tierra quizá: impene-

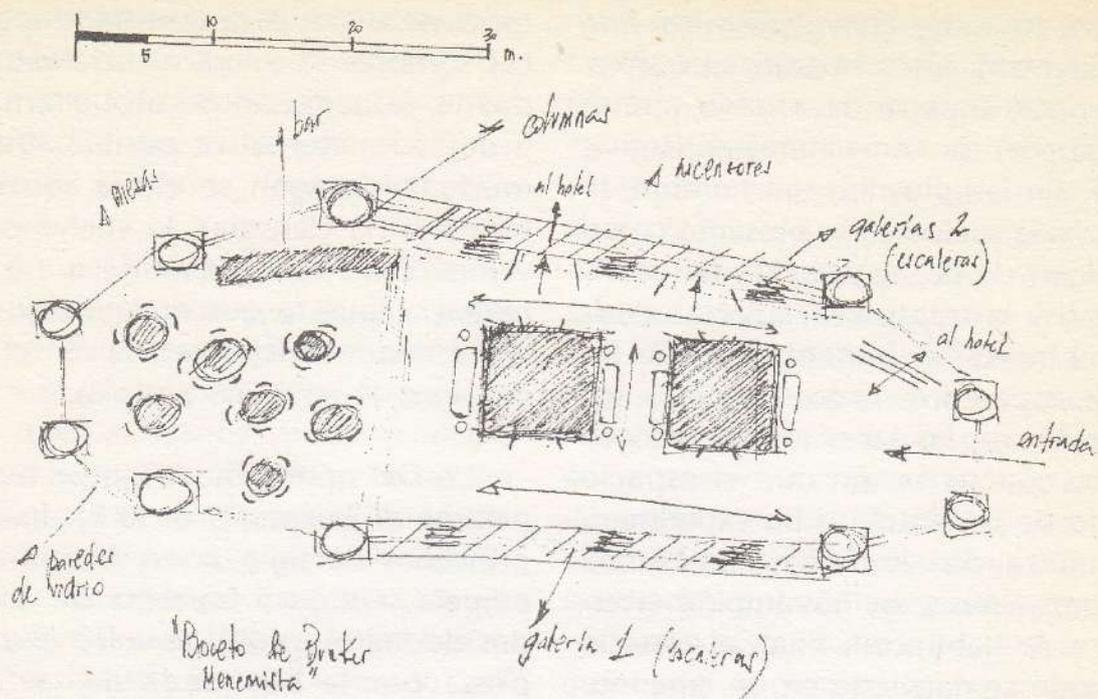
trable e invisible (salvo para los que están dentro). Sin embargo, el bunker menemista, especie de acuario (como una experiencia con naturaleza virgen, limpia, sin la influencia del hombre, la cultura o la sociedad) se presenta como la imagen de la "seguridad" (la previsibilidad y la transparencia). Nos decimos: el bunker se presenta, a todas luces, transparente. Todos llegan, a todos se los ve, las luces alumbran cada rincón, una sensación que el espacio privado de un hotel no ha experimentado nunca. Sin embargo, una batería de contraseñas y guiños impide el ascenso a la habitación final: el espacio iluminado se convierte en un laberinto que requiere de pases o señas de identificación para avanzar al próximo nivel. Un espacio que daba la impresión de horizontalidad se convierte, de repente, incluso para los participantes más próximos, en una sinuosa escalinata de jerarquías: en el espacio vertical que, en realidad, jamás dejó de ser. Todos se convierten en extranjeros.

Nuevamente las sombras como forma de opción. Pero una opción falsa, porque esa opción, es una elección que no se efectúa sino a condición de negar que haya opción (o que todavía haya opción). Pero creemos, con mi compañero, que esas sombras que se filtran en la imagen menemista dan con la pista que faltaba para comprender el cuadro. No es que no estemos tan seguros de que la intención haya sido evidenciarlas. Todo lo contrario: el *menemismo* ha intentado crear un "ambiente prefijado" (por eso su constante alusión al pasado inmediato: nunca nada tan seguro como lo ya sucedido), en el que todo es previsible, pero el uso de las sombras en la imagen ha construido un segundo relato que, en una primera vuelta, en una mirada pasajera, quedaba velado por el primer rela-

to, el de la luz: la opción de lo seguro. Las sombras sólo indican, clandestinamente, la negación de otra alternativa o de toda alternativa posible. De ese modo, la imagen se cierra sobre un territorio (lo clausura), lo vuelve excluyente. Nadie está exento de su no pertenencia, puesto que no queda un lugar a donde pertenecer, salvo "el que yo ofrezco" (el único posible).

12. Del mismo modo que el funcionalismo de la escuela de la Bauhaus de principios de siglo xx en Alemania, la escuela semiótica francesa de mediados del mismo siglo, se volcó a la empresa por la búsqueda de la "*gute Form*" (la buena forma). Fue la semiótica de Barthes la que intentó renovar la espinosa tarea de encontrar una correspondencia entre función y forma. Si la Bauhaus creyó que para cada función debería corresponder una forma, descarrilando en el intento, la semiótica hizo lo suyo transitando un atajo no menos peligroso: si la forma visible no pudo hacerlo, quizá como *signo* sí lo haga. Ambas se van a enrollar en una búsqueda sin destino. Que, sin embargo, no sería una búsqueda marginal sino más bien una expresión más del racionalismo que gobernó el pensamiento y la práctica de los últimos siglos. Es a lo largo de los últimos 100 años que esta empresa, que cobró sangre y sudor en innumerables frentes teóricos y prácticos, congregó para sí las miradas y la atención de todas las corrientes estéticas, políticas, académicas, sociales... Incluso aquellas que desdénaban de ella, organizaron sus prácticas en derredor, sin perderla de vista, sino más bien observándola de cerca, desde la periferia que acecha (e ilumina).

13. Al meditar sobre las ideas del



punto anterior (que apuntamos de las clases tomadas con el profesor Savranski), ubicamos, como una de las expresiones más importantes del racionalismo, al Estado. Ese *dios mortal*, al decir de Hobbes, al cual le debemos "nuestra paz y nuestra defensa". Puesto que el único camino para asegurarlas es el de conferir todo el poder de la multitud de hombres en un Soberano; es decir, que "puedan reducir sus voluntades a una voluntad" ("la multitud así unida en una persona se denomina Estado"). El Estado entonces, se convertía en el único garante de la comunidad sustancial, de las "seguridades mínimas".

Nuestra época en cambio –dijimos con mi compañero, retomando nuestra primera hipótesis–, expresa como ninguna otra la imposibilidad de tal empresa, la imposibilidad de esa correspondencia al expresarla como farsa; al extremarla de tal modo que la vuelva reversible, llena de resquicios y ornamentos (a diferencia de aquella Europa industrial y funcionalista de principios de siglo que llegó a pronunciar: el ornamento es un delito).

14. Nuestro pasado más inmediato estuvo signado, en diversas formas y expresiones, por la convergencia de lo múltiple en lo Uno. En un movimiento centrípeto que consistió en eliminar –hacerlas impensables– las diferencias en la construcción de las representaciones. La comunidad sustancial, el Estado como poder de la decisión política, se convirtió en el elemento central de todas las políticas del siglo xx. Esta característica se sostuvo sobre hábitos y costumbres, modos de existencia bien definidos, modelados con el fuego de la fuerza.

Hoy, esa garantía se muestra desgarrada y es el espectáculo –los *media*– quien se presenta como el medio más eficaz para gestionar la empresa del racionalismo. Podemos pensar, en ese sentido, que la construcción de la comunidad sustancial en la imagen del *bunker* responde a esa imposibilidad de que tal comunidad exista como unidad, como un todo. Frente a esta nueva cara del asunto, mi siempre acertado compañero, el cineasta Matías Miller, me dijo: "esto

ya lo había pensado y dicho Debord: *la contradicción, cuando emerge en el espectáculo, es contradicha a su vez por una inversión de su sentido; de tal manera, la división mostrada es unitaria y la unidad mostrada es dividida*".

15. Frente a este último punto, que nos encuentra a mitad de camino, con la imagen pensada y dispuesta a ser representada, pensamos que la empresa –ahora sí– resulta imposible. Pero no en todos los sentidos. Sí en el hecho de creer que la imagen que buscábamos iba a poder representar lo que estábamos buscando. Pero, en cierto sentido, nuestra pequeña gema, la imagen del *bunker menemista*, nos había mostrado la puesta en escena del espectáculo del consenso, de la creación de la comunidad mediática; de la negación, en su representación, de la comunidad sustancial... En ese sentido, sí habíamos verificado la primera hipótesis, sólo que por otro camino.

Una frase leída mientras investigábamos sobre nuestra empresa, nos dio otras pautas para la misma: "las sociedades actuales han dejado de orientarse a sí mismas de manera inmediata por experiencias corporales: sólo se perciben a sí mismas a través de símbolos mediáticos de masas, discursos, modas, programas y personalidades famosas"

(Sloterdijk). Y realmente nos parecía una frase muy justa, que hubiera condensado mucho de lo que habíamos estado pensando y haciendo... Es más: nos haría el trabajo más fácil y más inteligible. Pero, lo cierto es que nos resultaba demasiado cómoda... e imposible de sostener, puesto que pecaba del mismo reduccionismo racionalista que la precedió.

"Salvo, me previno mi compañero –y esto, pensé, podría ser nuestra salvación– que demos cuenta de la sucesión de sombras que se erigían en su propio seno. Pero no sombras cuya forma sea la correlación de los personajes de la escena, sino, sombras de figuras difusas, exteriores a la imagen, que sólo aparecen en el cuadro a condición de mostrar la propia imposibilidad (el desfase) de ser parte del cuadro"

En este sentido, nuestra imagen –que, a propósito, falseaba nuestra segunda hipótesis– sí nos mostraba una importante característica de los últimos 10 ó 15 años argentinos. Ahora sí la podríamos filmar y dar comienzo a nuestro documental. Y por título podría llevar algo así como "El palacio de cristal", como aquella imponente y refinada estructura (imagen) que tanto impresionó a Carlos Marx en la primera Exposición Universal en el Hyde Park de Londres, en 1851.

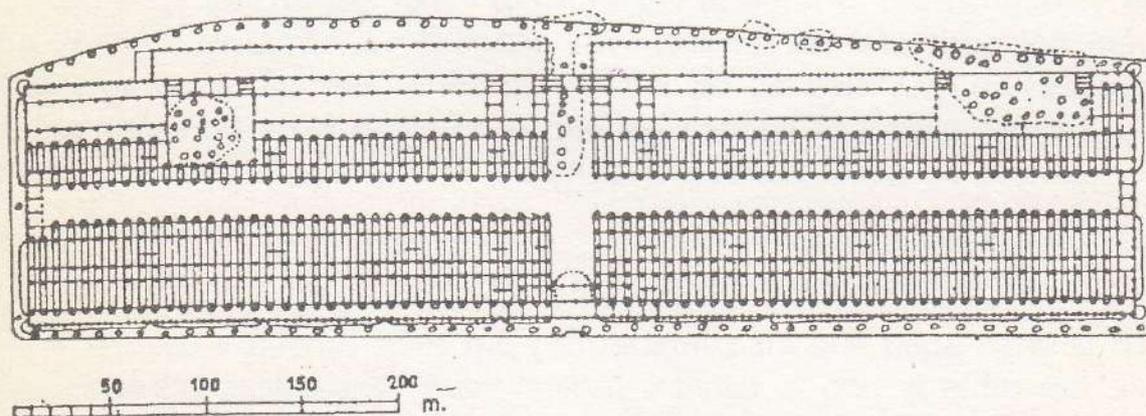


Fig. 16. Josef Paxton: Planta del Palacio de Cristal de la Exposición de Londres de 1851.

Cronicar

Anecdotalario de un extranjero en su propia ciudad

por Manuel Bueno

Hace poco leí una definición de un inglés que me impresionó: *uno es aquello de lo que no puede escapar*. Está demás decir que me sentí profundamente identificado y que, como un golpe mágico, esta breve frase me hizo pensar en el sentido oculto de algunos episodios sueltos –y sin relación aparente– a los que asistí en estos últimos meses, algunos de ellos tuvieron origen a partir de mi artículo anterior en esta revista.

1

Participé en un encuentro en Zárate para debatir sobre la existencia de eso que se ha dado en llamar “turismo piquetero”. Hablaron primero los operadores de Scioli, dando abundantes datos de cómo su área promueve esta nueva rama del “safari tour” sin perder de vista las especificidades regionales. Luego intervine yo, mostrando que el fenómeno no se trata solamente de una de las polimorfias jugadas de ajedrez de Duhalde, sino que realmente aquí pasan cosas que importan al mundo entero. Pero inmediatamente después, un reconocido intelectual –que yo creía consustanciado con los procesos asamblearios generales– se despachó contra mi “romanticismo”, me gritó en público acusándome de tomar la palabra de los actores sociales que en todo caso –dijo– sólo intervienen como una escenografía montada para el visitante curioso.

Salimos al balcón del lugar después del acalorado intercambio, y el tipo volvió a gritarme. Le propuse encontrarnos en una situación más amable pero me dijo que se iba por un tiempo del país. Tiempo después leí una nota suya en el diario en la que me narraba su propio romanticismo hacia un admirado escritor europeo al que acababan de premiar.

2

De regreso a Buenos Aires me contrataron para que haga de guía de unos cineastas australianos que vinieron a filmar al país atraídos por un artículo del *New York Times* que relataba las formas en que los argentinos sobrevivimos a pesar del *default* y en el cual se cuantificaba el porcentaje

de comedores y merenderos sostenidos por amas de casa y mujeres desocupadas. Traté de organizar un recorrido que no los desilusione, teniendo en cuenta que lo que buscaban eran feministas. Los llevo a una fábrica recuperada. Lo primero que hacen es preguntar cuántos hombres y cuántas mujeres trabajan allí. Las obreras los miran y les dicen que esa es una pregunta de gringos. Directamente no les responden. Se empiezan a reír entre ellas y los cineastas se sienten realmente maltratados. En el camino hacia una asamblea piquetera les trato de explicar las particularidades del feminismo en Argentina pero ellos argumentan que Evita –no en la versión Madonna, sino la real– es un obstáculo aún no superado. No entiendo el comentario ni la relación con lo que acaba de pasar. Una vez en la asamblea, veo a los cineastas haciendo un conteo visual. Me miran enfurecidos: “hay más hombres que mujeres” me dicen. No entiendo qué quieren que haga. Le hacen el mismo planteo a una de las pocas mujeres del lugar. Esta vez es ella la que se enoja y nos echa a todos a patadas.

3

Para no malograr tantas expectativas que el mundo ha depositado sobre nosotros, un grupo de periodistas que practican un renovado y abnegado internacionalismo han instalado una radio que emite continuamente, hacia varios lugares del planeta, los avatares del activismo argentino. “Es necesario darle a la protesta cierto lenguaje para que se haga inteligible en otros lados”, me explican con fruición. Y me ofrecen una especie de corresponsalía con tales fines. Acepto. Me mandan a cubrir un desalojo de un centro cultural y les aviso, desde el lugar de los hechos, que la gente se va a retirar cuando ven-

ga la policía. Se enfurecen. Me dicen que si decimos eso al aire, es el fin de la revolución argentina. Y me instan a que me quede resistiendo contra la policía, que ellos van a llegar en cualquier momento. Acepto. Ellos no llegaron durante las horas de mayor tensión, pero pudieron transmitir que el movimiento no estaba en peligro. La información, al menos, llegó.

4

Me encuentro con una mujer que quiere discutir conmigo mi percepción sobre el movimiento antiglobal. Me explica que su interés surgió a partir de las crónicas que publiqué en el número anterior de esta revista. Pero tras decirme eso que, en un primer momento, consideré casi un elogio de lector, me increpa por mi anti-internacionalismo, por mi supuesto nacionalismo y llega a insinuar que ve en mis relatos una especie de racismo hacia lo extranjero. Sorprendido, recuso sus opiniones. Le digo que mis crónicas surgieron de mi experiencia internacionalista y de los obstáculos concretos que fueron apareciendo para transmitir lo que aquí pasaba. Pensar dichos obstáculos –conjeturo– no implica negar mi adhesión al movimiento. Pero ella vuelve a la carga: “usted tiene relación con el movimiento pero no lo entiende. Incluso lo falsea y es prejuicioso”, me dice enojada. Espero que cuando lea este artículo se aclaren un poco las cosas.

5

A la semana me llega una carta de la izquierda antialemana que también ha leído mis crónicas pasadas y mis referencias a ella. La acusaciones que me hacen me dejaron pasmado; nuevamente recibo acusaciones feroces a causa de mi artículo. En este caso me asignan el mote de “nacionalismo populis-

ta". Sigo sin comprender bien qué de lo que dije en aquel artículo pudo causar tales reacciones.

6

Por aquellos días la gente de Rodríguez Saa anduvo reclutando intelectuales, periodistas y artistas para sus 125 propuestas de gobierno. Por alguna razón –tal vez también como consecuencia de ese bendito artículo– pensaron en difundir mi obra. Me hablaron de compartir cartel con “jóvenes promesas” y la mítica persistencia del peronismo. Les expliqué de mi oposición a los liderazgos mesiánicos y mi referencia de una política de la horizontalidad. Vaticiné incluso que ellos mismos serían barridos por la fuerza de la historia pero no obstante ellos aparecí firmando –contra mi voluntad– una solicitada de intelectuales adhiriendo a las mejores causas del mundo.

7

Recién ayer creí encontrar algo de consuelo. Al llegar a mi casa me esperaba el último número de la revista

editada por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de Viena. Me llamó la atención un artículo sobre la resistencia cultural en la Argentina. La autora, bien informada, ofrecía sofisticados argumentos sobre las razones del florecimiento del cine, el teatro, las letras y la plástica en nuestro país. Se mostraba especialmente interesada en un joven pintor cuya obra desenmascaraba los mecanismos de manipulación ideológica de masas que, vine a enterarme ahí, constituían una particularidad de la sociedad argentina que seguían operando en el presente. No entendí del todo a qué se refería, y por qué eso parecía suceder sólo en la Argentina. Poco después se aclaraba el asunto cuando afirmaba (si bien entre paréntesis, como pidiendo permiso) que el peronismo era la más acabada muestra de esa manipulación y de su persistencia. Otra vez, y en un lugar insospechado, aparecía el peronismo. Traté de reconstruir el razonamiento que la había llevado hasta ese punto, pero desistí inmediatamente. Supe que nunca podría hacerlo.

Textos encontrados

Lo que publicamos a continuación son extractos del libro aún inédito *Estado-Guerra*, de Santiago López Petit. Escrito antes de la invasión norteamericana –pero también inglesa, española, polaca, etcétera– a Irak, el texto constituye una tentativa de ligar la existencia de aparatos bélicos cada vez más poderosos con el aplanamiento de una realidad que ya no se distingue en nada de la axiomática del capitalismo. Guerra y paz no son ya dos medios diferentes para el despliegue de la política sino que, tras la destitución de esta última, hemos quedado huérfanos de criterios para distinguirlos claramente. La guerra –en Irak, en el ex Padelai, o en Barcelona– no designa ya la pugna de los ejércitos por un territorio cuanto la movilización de todas las energías disponibles con el único fin de que lo Mismo propague sus potencias hasta penetrar y recubrir lo real. Filósofo y activo militante barcelonés, López Petit formó parte de las acciones desarrolladas en España contra la guerra, y participa del colectivo *Espai en blanc*.

por Santiago López Petit

El fascismo postmoderno como (auto)movilización total

Aunque sea difícil de aceptar: decir lo que hoy sucede es decir lo que a nosotros nos sucede. Los antiguos análisis de coyuntura ya no nos hablan porque estamos hundidos en la realidad. En cambio, una descripción de la nieve es muy útil para saber dónde estamos. La nieve no es blanca sino de una suciedad pegajosa. Por ejemplo: los pies que se arrastran no consiguen librarse de ella. La nieve está siempre medio fundida. ¿Desde cuándo es verdad que la verdad del mundo se nos impone como nuestra única verdad? La respuesta es sencilla. Desde que la realidad es una con el capitalismo. Antes no era así. Antes, cuando valían los análisis de coyuntura –o por lo menos cuando lo creíamos así– se podía transformar la realidad. Ahora también: “Otro mundo es posible”. Eso es lo que sostienen las ONGs. Eso es lo que el día 16 de marzo (2002) medio millón de personas afirmaron saliendo en manifestación contra la cumbre de la U.E. organizada en Barcelona. La manifestación tuvo mucho éxito. Gracias a los numerosos servicios de orden perfectamente coordinados con la policía mediante teléfonos móviles, todo fue un éxito. En eso coincidieron todos. Desde el Sr. Ministro del Interior hasta los organizadores pasando por los responsables de los diferentes tipos de policía. Efectivamente la manifestación fue un éxito. Pero la manifestación se pareció a un entierro. Todos juntos avanzando sin conseguir que la nieve se derritiese un poco más. Cada uno solo –con su historia personal, sus deseos, sus pequeñas esperanzas– junto con los demás. Esta manifestación, para muchos histórica, es el fascismo postmoderno. Yo voy a la manifestación porque quiero ir. Gritaré: “otro mundo es posible”. Volveré a casa y seguiré con la vida de siempre. Evidentemente nadie me obliga a participar. Faltaría más. Yo soy libre. Es el fascismo postmoderno. Y, sin embargo, los partidos políticos y los sindicatos de clase tuvieron que desfilar los últimos. Y se cansaron de esperar ya que no están acostumbrados a esperar... y entonces decidieron marcharse a casa.

El fascismo postmoderno es una *movilización total de la vida* que (re)produce esa realidad que se nos impone como obvia. No tiene nada que ver con “la autoimplicación en el trabajo”, con “la puesta a trabajar” de los afectos... Ese análisis es todavía demasiado economicista. Lo que ocurre ahora es que el capital, en tanto que *selbstzweckmaschine* (máquina que tiene el fin en ella misma), se ha trabado con la circularidad de la vida. Es simplemente viviendo, más exactamente, llevando la vida que es la nuestra, como (re)producimos esta realidad que se nos presenta como pura obviedad. En USA se ha puesto de moda, especialmente después del

115, ponerse bajo la piel un chip que dice quién eres. De esta manera, en cualquier circunstancia, puedes ser perfectamente identificado. Es divertido. Es como un piercing pero más moderno. Es el fascismo postmoderno.

No hace falta insistir mucho para justificar el por qué de este nombre. Estamos más allá del panóptico, y de sus múltiples instituciones disciplinarias. Tampoco se trata solamente de una sociedad de control. El fascismo postmoderno es la conjunción de (auto) control y producción de diferencias. Esta conjunción puede funcionar de dos modos distintos, según se decante ya sea hacia "proyecto autónomo", o ya sea hacia "imposición heterónoma". De aquí que la *movilización total de la vida* posea dos caras si bien complementarias: la automovilización (el Amor con mayúscula, buscarse a sí mismo...) y la movilización forzada (Estado penal, cárcel...).

Quedarnos con la aproximación anterior es totalmente insuficiente. El fascismo postmoderno no es únicamente la descripción de la modalidad actual de ejercicio del poder. En el fascismo postmoderno, además, el capitalismo se identifica con la realidad. Esta identificación implica su propio estallido. Hoy la realidad es única pero se dice de muchas maneras. Estos modos de decirse son las diversas formas históricas (neoesclavismo, fordismo, postfordismo...) todas presentes en su simultaneidad. En la medida en que el fascismo postmoderno las contiene a todas, constituye su misma culminación. Veamos más de cerca qué significa exactamente el término culminación.

Usualmente se conoce como postfordismo a la etapa actual en la que el capitalismo se dispersa y se flexibiliza. Para describirlo mejor resulta conveniente hacer referencia a la política

de la relación¹ que lo estructura. La política de la relación vigente en este período puede centrarse en el principio de identidad. Cuando el principio de identidad funciona hacia adentro genera una *cultura de la empresa*. Por el contrario, cuando funciona hacia afuera genera una *cultura de la emergencia*. La cultura de la empresa, aunque sumamente diversa, tiene en el toyotismo su expresión más acabada. El toyotismo, como es sabido, organiza la producción a partir de equipos de trabajo y funciona incorporando el lenguaje del deporte competitivo (equipos, paso del testigo...). Lo que nos interesa resaltar es que esta organización persigue la creación de un nosotros en el lugar de trabajo. Un nosotros o neocorporativismo a pequeña escala que, sin embargo, requiere de una cultura de la emergencia y de la excepcionalidad penal para controlar el afuera, al Otro. La cultura de la emergencia emplea la cárcel como su dispositivo fundamental. Pero no sólo. Existe una amplísima legislación, con todos sus aparatos, que complementan y extienden ese control normalizador. Con razón se discute si el postfordismo es una nueva estabilización del fordismo o una crisis más avanzada. Utilizando la terminología introducida, podríamos afirmar que esa ambigüedad deriva de que entre la cultura de empresa y la cultura de la emergencia no existe un isomorfismo. Por eso el postfordismo tiene que tender obligatoriamente hacia la sociedad red. En la sociedad red el principio de identidad funciona *en el interior* del principio de razón suficiente, lo que permite una reformulación de las dos culturas que facilita su máxima convergencia. La sociedad red conectará entre sí los segmentos más dinámicos de la sociedad, a la vez que desconectará

y marginará. La sociedad-red ofrece un modo nuevo de resolver el hundimiento de la tríada democracia-Estado-capitalismo. Este nuevo modo que supone un verdadero salto respecto a la mera convergencia de la cultura de la empresa y de la emergencia, se plasmará en lo que anteriormente hemos denominado *movilización total (autónoma y heterónoma) de la vida por lo obvio*. Pues bien, porque esa es la verdad de la sociedad red, a esta etapa a la que la sociedad tiende la hemos llamado fascismo postmoderno. En este sentido, el fascismo postmoderno es, a la vez, una totalidad y su culminación. [...]

La génesis del Estado-guerra.

Plantear seriamente la centralidad política del Estado-guerra supone resolver, antes que nada, el problema de su propia formación. Y, a ese respecto, no cabe confundirse. Se ha dicho que el atentado del 11 de Septiembre suponía la crisis del neoliberalismo y el retorno del Estado. Al priorizarse la seguridad nacional frente a las amenazas terroristas, la misma demanda de más seguridad, la necesidad inherente a la mundialización económica... todo ello comportaría dos consecuencias: por un lado, el Estado nacional debería entrar a formar parte de un poder de cooperación interestatal; por otro lado, la globalización atemperaría sus injusticias porque se sabría en su seguridad interna dependiente de los sectores más excluidos. En definitiva, el "acontecimiento 11 de septiembre" nos retornaría un Estado cada vez más cosmopolita y una globalización a menor ritmo y un poco más justa. Como cuento de hadas no está mal.

Bastante más ajustada sería la lectu-

ra jurídica de las transformaciones que han tenido lugar en el Estado americano y, en general, en los Estados europeos. En este caso se hablaría también de que después del 11 de septiembre hay "más" Estado. Sin embargo, el análisis no sería engañoso como en la explicación precedente. Retornaría sí el Estado, pero un Estado fuerte que conjuga una cultura de la emergencia y de la excepcionalidad penal. Desde esta perspectiva, no parece que la globalización tenga que adoptar un rostro más amable. A la "tolerancia cero", a la guerra contra los pobres en casa, corresponde más bien una globalización armada. Este enfoque, evidentemente más adecuado y veraz, es con todo insuficiente. Insuficiente porque concibe todavía el Estado-guerra como *una respuesta* ante la provocación de una situación. Esta concepción al encarar el Estado-guerra como efecto de una causa (o conjunto de causas, incluso interrelacionadas) construye un modelo que nos impide considerar el Estado-guerra en sí mismo, y a partir de sí mismo. Como si el desplazamiento propuesto no se hubiese terminado de efectuar.

Según lo dicho la génesis del Estado-guerra sólo puede ser su propia autocreación. En otras palabras: *nada pre-existe (ontológica, y por tanto, políticamente) al Estado-guerra*. Podemos empezar diciendo que esta afirmación se sostiene a condición de que en el Estado-guerra se produzca una doble inversión. 1) Contra Hobbes: el Estado-guerra no nace para poner fin a la guerra sino para desplegarla. 2) Contra Clausewitz: la guerra no es la prolongación de la política mediante otros medios, sino que la política misma es guerra. Realizada esta doble inversión se clarifica el porqué de la primacía del Estado-guerra. El Estado-guerra en su

actividad que le es propia, la política en tanto que guerra, escoge quién es *su enemigo* y crea *su pueblo*.

Esto es lo que ha sucedido poco después del 11 de septiembre. El enemigo es, por supuesto, el terrorismo. El pueblo son todos los que admiten que, un poco menos de libertad, es el precio que hay que pagar a cambio de una mayor seguridad. En la fiesta de fin de año celebrada en Times Square, miles y miles de banderas americanas ondearon al viento como una sola y gigantesca ola patriótica.

El Estado-guerra y el fascismo postmoderno

Hemos analizado la génesis del Estado-guerra y, en la medida que su explicitación avanzaba, quedaba claro también que no tiene sentido plantear la pregunta ¿Qué es el Estado-guerra? Esta pregunta es errónea porque sustancializa lo que es el proceso de una estructura estructurándose. Ahora bien, este proceso de génesis no se reduce a una militarización, a un aumento de sus disposiciones represivas, aunque eso sea verdad. Para entenderlo es necesario poner en relación el Estado-guerra con el fascismo postmoderno [...]. La tesis que trataremos de defender puede resumirse así: el Estado-guerra no es más que una *readecuación interna* al fascismo postmoderno.

El fascismo postmoderno venía definido como una *movilización total (autónoma y heterónoma) de la vida por lo obvio*. Gracias a la primacía y centralidad del concepto de red, el principio de identidad pasaba a desplegarse bajo el principio de razón suficiente. Esto es lo que permitía que se produjera un verdadero salto respecto a la mera convergencia de la cultura de la empresa

y de la emergencia. Pues bien, el "acontecimiento 11 de septiembre" ha sido, por encima de todo, una imprevisibilidad absoluta interior al propio fascismo postmoderno. Es más. Esta imprevisibilidad ha actuado inmediatamente como un auténtico impensado. Un impensado que, chocando directamente contra el principio de razón suficiente, lo ha puesto en crisis. El "todo está ligado por razones" y el "nada hay sin razón" que era como se plasmaba la nueva política de la relación en la sociedad red, ha saltado por los aires. El Estado-guerra será, entonces, la *readecuación interna* al fascismo postmoderno que éste necesitaba. Esta readecuación tiene que posibilitar algo que define en negativo al fascismo postmoderno: poder matar. El fascismo postmoderno en tanto que movilización total de la vida tiene como horizonte la vida y no la muerte. Ésta era justamente una de las diferencias respecto al fascismo clásico. Por eso la readecuación empieza con una redefinición de la noción de obiedad para que *matar* se haga posible. Lo obvio será, a partir de ahora, la propia Vida como opuesta a la Muerte. ¿Quién, estando en sus cabales, no defiende la Vida y condena causar la Muerte? En este punto empieza la readecuación de la que hablábamos. Es paradójico pero es así: cuando la movilización total de la vida es *por la Vida* el Estado puede matar. Es el Estado-guerra. Pero el Estado-guerra sólo puede fundar esta tautología que es la del propio poder –"el poder es el poder"– si se reteologiza. Mediante la reteologización el Estado recupera la decisión soberana y devuelve la seguridad perdida. Detrás del Estado-guerra está el Uno. El Uno, el Uno que tiene la decisión soberana de poder matar, en definitiva, Dios. O sea Bush subido en su avión "Air Force One" sobrevolando

USA para que no pudiese ser alcanzado por ningún terrorista, conectado con todos los centros de operaciones habidos y por haber, teniendo la decisión última. Bush que es el Bien, impulsando una cruzada contra el Mal. "Lo quiero vivo o muerto". "O con nosotros o contra nosotros"...

La reteologización del Estado tiene, además, un efecto sobre la misma realidad. La homonimia de la realidad que caracteriza a la época postmoderna se ve sacudida en sus cimientos. No, la realidad no se dice de muchas maneras sino de una sola, es unívoca. Aunque de esta realidad única se pueda

hablar de dos modos: como la realidad visible (o normal) y como la realidad invisible (o secreta). Esta demarcación va a ser en la que deberemos acostumbrarnos a vivir. Con el Estado-guerra vuelve la teología y el sentido común. El fascismo postmoderno no desaparece sino que en él *se reinstalan* elementos del fascismo clásico: un Presidente, el pueblo, la guerra y la muerte.

Notas

- 1 Para una primera explicación de "la política de la relación" ver S. López Petit: *Horror Vacui*. Madrid. 1996.

Cine y política

En este número de *La escena...* la imagen cobra una importancia relevante. El cine, en tanto lenguaje de imágenes, también está presente. Nos preguntamos por las formas de representación que ciertos trabajos hacían de la realidad argentina. Tanto sobre la posibilidad de representar cinematográficamente los años setenta como sobre la construcción de relatos documentales sobre los movimientos sociales sin caer en el panfleto o la victimización.

Estas preguntas recorren las dos conversaciones que publicamos. Una con los realizadores del documental *Piqueteras* (Malena Bystrowicz, Verónica Mastrosimone, Miguel Magud), en la que se pone sobre la mesa una cuestión similar: "¿Desde dónde y cómo hacer algo?".

La otra tuvo lugar en Córdoba, donde Sergio Schmucler, Cecilia Pernasetti, Enrique González y Pablo Belzagui discutieron sobre la ficcionalización previa al golpe del 76 y posterior al mismo, ya en la democracia. Una charla tan desordenada como sugerente que habla de cómo se miraron los 70' desde el cine nacional en distintos momentos, donde entra en juego la discusión sobre la imposibilidad de contar el horror o la construcción de nuevas formas capaces de narrarlo de otro modo.

Lugares de origen

¿Cómo fue que se decidieron e hicieron *Piqueteras*?

Ma: Ella y yo trabajábamos juntas, nos quedamos sin trabajo y cobramos una indemnización. No somos militantes, pero nos interesaba aportar algo a ese movimiento y básicamente nos sentíamos responsables de haber tenido la posibilidad de estudiar y de tener las herramientas para hacer un documental o para hacer fotografía. Teníamos la responsabilidad de hacer algo con eso. Entonces, ella empezó a ir a La Matanza a sacar fotos. Después fui yo con la cámara de video. Y un día nos juntamos y dijimos: "bueno, hagamos algo en serio". Empezamos a investigar, investigar, investigar. En ese momento no era todo tan explícito como ahora. Era junio del 2001.

Decidimos hacerlo en el interior porque queriendo tener información del movimiento piquetero, lo del interior era a lo que no teníamos acceso. Pensamos que estaba bueno mostrar lo que no se veía en los medios de comunicación. Y a medida que fuimos a los cortes nos dimos cuenta de la cantidad de mujeres que había. Así fuimos acotando: que sea en el interior y que sea de mujeres. Empezamos a filmar en diciembre de ese año. Nos juntamos básicamente para hacer esto. Él es músico, ella es fotógrafa, yo estudié cine e hicimos *Piqueteras*. Esta es la historia.

El 20 de diciembre estábamos en Mosconi. Vimos todo lo que estaba pasando y nos vinimos para acá. Nos replanteamos las cosas. Y el 10 de enero nos fuimos para Cutral Co. Yo estaba colaborando para un festival de Francia mandando material y les dije que les iba a mandar el documental que estaba haciendo. Y con todo lo que había pasado en diciembre se interesaron en que vayamos a contar. Así que estuvimos como dos meses en Francia y España mostrando *Piqueteras*, lo que hizo que cuando volviéramos nos dieran más pelota. Recién el 8 de marzo de 2003, para el día de la mujer, pudimos volver a Cutral Co a mostrárselo a las piqueteras de ahí. Y todavía tenemos pendiente volver al norte.

O sea que lo terminaron de editar después del 20 de diciembre.

Ma: Sí, a fines de febrero.

Mi: Yo me integré más tarde al proyecto. Pero entonces teníamos como una tensión interna: no estar activamente en ningún lado y, a la vez, preguntarnos desde dónde y cómo hacer algo. Fue empezar a leer cosas de movimientos que nos interesaban como los zapatistas, y preguntarnos: "acá, ¿qué y cómo sería?" Así fue que nos volcamos a los piqueteros, y en particular a los piqueteros del interior, que tienen otra raíz, porque los lugares donde fuimos, además de tener una voz propia

que acá no llegaba, fueron los lugares de origen. Tardaron años, literalmente, en llegar a Buenos Aires, aunque ya venían pasando a un nivel masivo.

¿Qué obstáculos encontraron? Me refiero a obstáculos de todo tipo: propios, económicos, de percepciones sobre el fenómeno, sobre los materiales...

V: Acá en Buenos Aires yo empecé haciendo fotos e instintivamente me volqué hacia las mujeres. De ahí salió: de ver fotos de retratos de mujeres cuando yo no hacía retratos, ni me especializo en hacer retratos. Ahí no hubo obstáculos de ningún tipo. Iba y les preguntaba si les podía hacer una foto. Me preguntaban para qué y les decía que para nada: "estoy registrando". Charlaba un rato y se dejaban fotografiar. Eso es impresionante. Me pasó eso. Que alguien en el interior, sin conocerme, sin ir de parte de ningún partido, ninguna universidad, institución o agrupación..., la gente se abrió todo el tiempo.

Ma: Obviamente preguntaban y no les cerraba mucho: "¿De dónde son? De Buenos Aires" (risas). No éramos de ningún lado y todo bien.

V: Yo nunca me imaginé que iba a hacer un documental. No sé pedir plata ni a quién. Hicimos una carpeta y la llevamos a lugares donde no tendríamos que haber ido como el Consejo de la Mujer. Ahí fuimos y había carteles gigantes de "no a la violencia contra la mujer". Nosotros le preguntábamos si violencia era solamente que le pegara el marido y fue terrible porque la mina que atendía nos dijo: "¿Pero ustedes se dan cuenta dónde están? ¿Ustedes se dan cuenta que nosotros mandamos a reprimir?" Y lo dijo ella con sus palabras... y nosotros con la carpetita ahí paradas (risas). Yo, por un lado, me

arrepentí de haber ido pero, por el otro, estaba bueno ver eso. Queríamos poner "sin el apoyo de...". Esos fueron los obstáculos: no saber cómo hacerlo pero de repente sale, porque tenía que salir. Llevar una carpeta que diga en grande "Piqueteras", en vez de "Mujeres del interior".

Mi: Hubo algo que no fue un obstáculo pero sí un momento... Atravesamos el 20 de diciembre en Mosconi y cuando volvimos acá no sabíamos cómo seguir. Empezamos a discutir qué hacíamos antes de seguir y, a la vez, empezamos a ir todos a las asambleas interbarriales e intercontinentales de todo tipo. Nos juntábamos a editar después de ir a las asambleas y en un momento nos preguntamos: ¿empezamos a registrar esto?, ¿cambiamos el documental?, ¿no tendríamos que dejar de registrar y sólo estar activamente a la vez porque cada cosa puede demandarte todo tu tiempo. Los primeros días de las asambleas era una cuestión de estar e ir todo el tiempo. Yo me metí en una comisión de prensa y era juntarse y hacer cosas todos los días. Entonces, la pregunta era si había que dejar el documental un poco, o registrar eso y después ver cómo seguir o continuar con el documental.

V: Nos preguntábamos si meter los cacerolazos en el documental. Ahí tuvimos una discusión y llegamos a la conclusión de que no, porque nos parecía que lo que pasaba en ese momento venía del movimiento piquetero pero era otra lucha. Pero el 19 y 20 lo nombra una de las piqueteras...

Ma.: De todas formas las entrevistas cambiaron. Cambió el país. Y no fue que nos propusimos incluir lo que estaba pasando en el documental, pero estaba pasando. Fue, de alguna manera, inevitable. Era muy fuerte.

¿Qué pasó el 19 y 20 en Mosconi?

V y Ma: Nada.

¿Y cuándo notaron el cambio?

Ma: En Cutral Co. Una de las piqueteras dice que hay que dejar de esperar que venga otro a hacer las cosas por nosotros.

Mi: Una movilización y una resistencia masiva como la de diciembre fue un punto de captación en muchos sentidos para gente que ya venía haciendo cosas hacía tiempo. Eso lo mostraron al hablar, cuando dicen "esto viene sucediendo hace cinco años pero ahora se derrocó a un presidente". El sentido de la movilización, después de años de silencio, se integró enseguida al discurso.

V: También es distinto Cutral Co, porque está muy cerca de Neuquén y la gente va mucho para allá. Está más ligada a la capital, se siente mucho más parte de todo lo que está pasando. Mosconi, en cambio, está muy alejado. Es como que están aislados. Lo que pasa en Buenos Aires a ellos no les interesa. Eso fue lo que pasó el 20 de diciembre: nosotros veíamos la televisión y no lo podíamos creer. Queríamos estar acá o hacer algo ahí. Y ahí no pasaba nada. Ahí ya había pasado.

¿Tampoco había entusiasmo de la gente?

V: No, lo comparaban con las represiones de ahí.

Mi: Nos explicaban todo: "Ese gas blanco no es tan fuerte. Pero después viene el rosa y después el negro, y ese sí...".

V: Además están en un lugar donde está la gendarmería. Nosotros estábamos en un canal de televisión de

Tartagal mirando imágenes del 97 y en los televisores de atrás estaban pasando las imágenes de Buenos Aires. Represión por los dos lados. Nosotros pensamos "salimos de acá dentro y va a estar pasando algo". Y salimos y estaban todos dando la vuelta al perro, tranquilos. Llegamos a Mosconi y le preguntamos a la gente si iban a hacer algo. Y no, no iban a hacer nada. Lo que pasa en Buenos Aires no les afecta.

Mi: El gobierno de Salta no se hace cargo de ellos, ellos tampoco del gobierno. Entonces, Buenos Aires mucho menos. Está aislado Mosconi. Por eso la UTD es tan fuerte y el pueblo tan unido. Es como una isla realmente. Ellos tienen clarísimo que no se trata sólo de presionar al gobierno, sino a las empresas directamente. El gobierno es un administrador de las empresas. Si necesitan hacer una escuela o una salita van directo a la empresa y le dicen que necesitan veinte litros de pintura, ladrillos y sueldos para la gente que va a trabajar en eso.

¿Y los presionan con piquetes directamente a ellos?

Ma: Sí, le cortan la entrada de la fábrica o directamente la ruta nacional para que no puedan llevar el petróleo a Bolivia.

Mi: Es impresionante porque van directo al choque. No van a negociar. Ellos saben que la empresa no pudiendo sacar camiones durante tantas horas, está perdiendo mucho más plata que lo que ellos le están pidiendo.

Tienen hecho un cálculo de racionalidad económica...

Mi: Y bastante, porque la mayoría son ex empleados y algunos, como Pepino, tenían cargos más o menos im-

portantes. Y saben cómo se labura, cuánto petróleo se saca de los pozos, de cuáles, adónde va, etcétera.

Me estaba acordando de otro obstáculo: cuando empezamos a pedir material de archivo. En Tartagal, nos dijeron "estos son los cassettes, están todos desordenados, se pueden quedar tres días si quieren y se los copian". O en otros lugares que nos decían que nos iban a copiar todo lo que les anotábamos y después nos daban un programa que parecía Mirtha Legrand. Por ejemplo, canal 7 de Jujuy es fascista. Hadad es un poroto. En algunos canales no nos daban bola.

V: Sí, cuanto más grande eran los canales menos bola nos daban. Por ejemplo, en Salta y Jujuy capital. En los más chicos nos decían "el material está ahí, nosotros tenemos que trabajar; hagan lo suyo". También la gente nos dio videos. En Cutral Co nos dieron cosas de gente que había filmado por su cuenta. Y en Ledesma no conseguimos nada.

Ma: El material de Ledesma lo conseguimos en Buenos Aires de gente que había vivido allá. En Ledesma hubieron muchos obstáculos. Ledesma es terrible. Es muy facho. Lo correcto ahí es ser facho. El chileno que vive ahí tiene un cuadro de Pinochet en su casa; el cura de Ledesma es el mismo que en la dictadura entregaba gente. Son todos botones del ingenio, la única fuente de trabajo. En la época de la dictadura se llevaban gente en camionetas del ingenio manejadas por gendarmes. El ingenio tiene gendarmería propia. Y ahí fuimos perseguidos directamente. Una tarde fuimos a tomar mate a la casa de uno de los dirigentes piqueteros y esa misma noche él se iba a Jujuy capital. Entraron a su casa y le revolvieron todo. Nosotros estábamos parando en la casa de Olga Aredes, que tie-

ne el marido desaparecido y es la única que da la vuelta todos los jueves a la plaza de Ledesma. La tratan como la loca del pueblo. Por supuesto, tiene el teléfono pinchado, dos por tres entran y le revuelven todo. Ya parar en la casa de ella era un escrache

V: Después nos pasaba que estábamos en la plaza y un tipo nos miraba constantemente y luego lo veíamos en la comisaría. Otra cosa que hicieron es que en una manifestación de piqueteros simularon que había una pelea y le quisieron arrancar la cámara a Malena. Esa manifestación era lo primero que filmábamos. Fue un bautismo. Y cuando fuimos a la comisaría a hacer la denuncia, nos hicieron un interrogatorio...

Mi: Hicimos una denuncia sabiendo que no iba a servir para nada pero como diciendo que no nos íbamos a quedar sin decir que matones de la municipalidad nos seguían y los responsabilizábamos por nuestra integridad y nuestro material de trabajo. Estuvimos tres horas y vino Olga a buscarnos para que salgamos. A todo esto el comisario nos dijo: "Y muchachos si ustedes vuelven a filmar yo no voy a poder hacer nada".

¿Cuánto tiempo estuvieron?

Mi: Lo mínimo indispensable. Una semana. Ya sabíamos que estábamos fichados y seguimos para el norte. Cuando llegamos a Jujuy, Menem se entrevistó con Brinzoni, el 19 de diciembre De la Rúa lo llamó a Brinzoni y después se declaró el estado de sitio. Nosotros a 1500 km pensamos que podía pasar cualquier cosa. Ese fue un proceso donde salimos de Buenos Aires pensando que estábamos filmando tranquilos y no era tan así.

Ma: Ahora tenemos que volver. La

pregunta es qué hacemos: ¿una proyección en la plaza?, ¿sólo para algunos? Estamos volviendo tarde porque no tenemos la plata, pero además no tenemos proyector y no queremos organizar nada sin antes ver a las mujeres, mostrarles el documental y que nos digan "todo bien, pásenlo" o "no, no lo pasen acá porque me da miedo". Entonces, hay que esperar a estar allá para programar la proyección. Y si nos dicen que sí ¿dónde lo pasamos?

Mi: Hace poco estuvo Olga Aredes por acá, le di un video y le pregunté qué se le ocurría hacer. Y dijo: "ponemos una pantalla gigante en la plaza" (risas).

Aunque sea después la única que va a estar sentada en la plaza (risas).

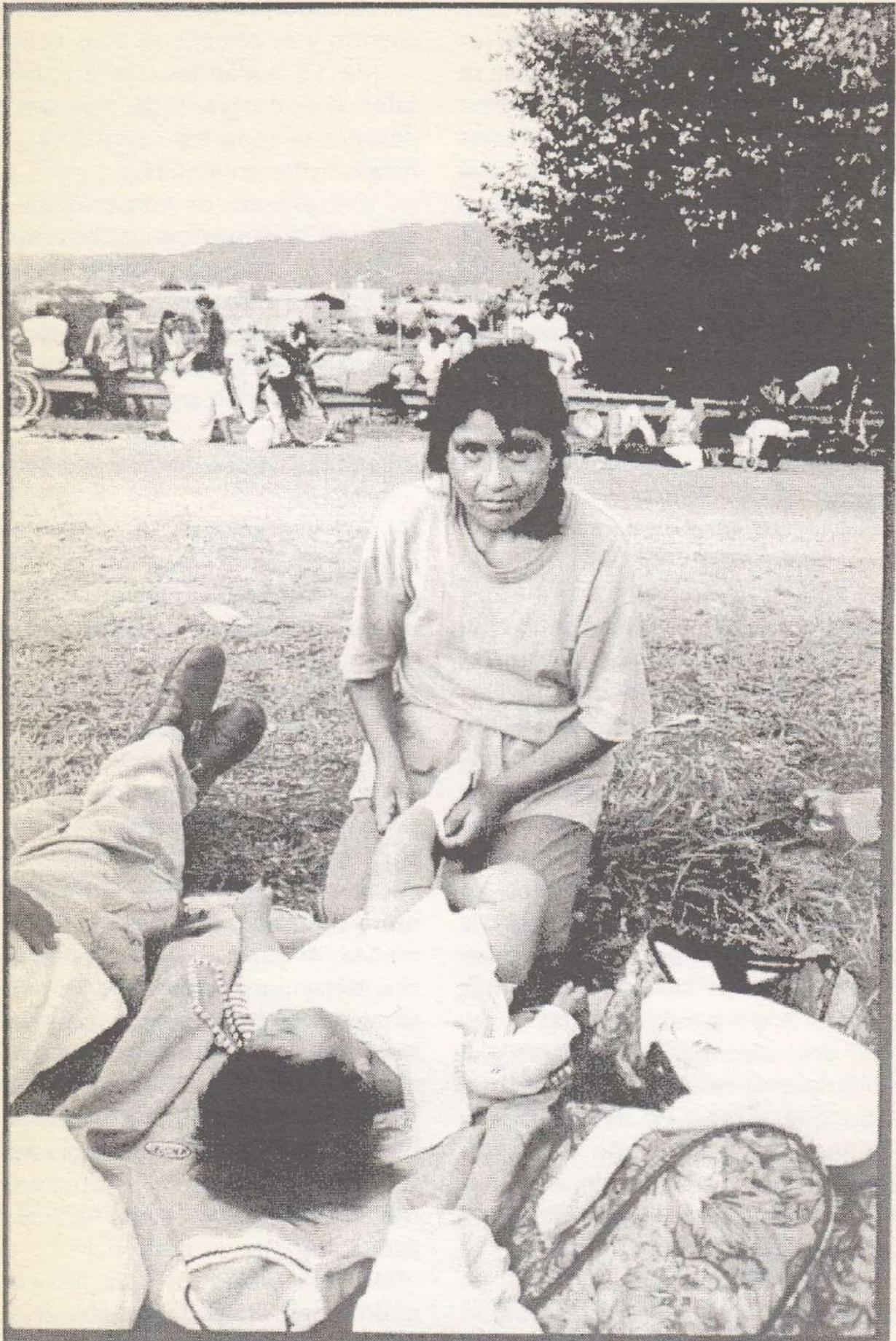
Cuando les preguntaba por los obstáculos pensaba también si había cosas internas, de valores, de prejuicios, de ideas, que les dificultara hacer el documental...

Ma: En mi caso fue cambiando la mirada desde que me lo propuse hasta que terminé. Me fui enterando mucho más de cómo era la cosa, pero no con obstáculos.

V: A mí a veces me pasa, como fotógrafa, que trato de cuidar a la gente. Cuando uno está ahí con una camara inmensa es... Ahora trato de llevar una cámara más chica, para que sea menos incómodo. Siempre me imagino qué es lo que piensa el otro cuando voy a hacer fotos o cuando vas con una cámara de video. Después te das cuenta que la gente se entrega igual y lo importante es lo que hace uno. Siempre me da la sensación de eso que hablábamos de "vaya y filme a un pobre", en el sentido que me pregunto qué es lo que le debe pasar a la gente con esto de que vayan tantos a filmarlos o

fotografiarlos y cuál es la devolución después. Eso es lo que cuido. Con la gente de Cutral Co nos pasó que hay una película que no les gustó. Y cuando fuimos estaban enojados con lo que habían hecho sobre ellos. Entonces, la responsabilidad es mucho más grande porque nos habían dicho "tal cosa no nos gustó y ojo con lo que hacen". No nos dijeron "no te abro las puertas, no te digo nada". No, nos abrieron sus casas, nos sirvieron todo lo que tenían y nos dijeron "ojo con lo que hacen". Eso es lo que trato de cuidar: la responsabilidad de lo que hace uno con lo que tiene.

Mi: Estaba pensando, incorporándome después y todo, cómo viví algunas tensiones. Cuando compongo o hago cualquier cosa lo primero que me doy cuenta es todo lo que no quiero hacer. Creo que es un punto de todas las cosas que empiezo. Por ejemplo, antes sólo hacía música para conciertos, para una muestra de cuadros, donde siempre hay cierta cuestión ideológica que yo tengo pero que en la música, especialmente si no tiene texto, es muy difícil que llegue, siendo música contemporánea. Es la cuestión de la relación entre arte y política. Por ejemplo, en mi caso, cómo ponerle música original a un documental y darme cuenta de todo lo que ya no quería hacer. Fue todo un proceso interno que no sé si lo llegamos a discutir mucho a ese nivel. En todas las músicas que yo no quería ponerle... hay un punto de un montón de elecciones: correrme de ciertos lugares dramáticos, de lugares comunes que tienen que ver con esto. Y no porque sean lugares comunes, que pueden gustarte, sino con ciertas caras dramáticas. Todo lo que es imagen de archivo, y salvo en un caso porque no nos quedaba otra, decidimos no ponerle



sonido. Esto no necesita nada más. Yo no quiero musicalizar una imagen de archivo de represión. Esas fueron cosas de las que me fui dando cuenta, porque era mi primera experiencia de relación bien directa de arte y política. Ya no es que uno toma ciertas cosas y las trata de bajar, sino que es muy directo. Y para mí todo esto fue un posicionamiento a nivel sonido y a nivel música. Elegir no dramatizar las cosas que ya tienen una carga propia muy grande y, entonces, correr la música y todo lo que es sonido extra a otros lugares. Fue un descubrimiento de pensar: "¿pongo acá algo? No, a esto no le falta nada". Es también la idea de acercarse a algo y que no sea un panfleto.

¿Cuándo decidieron que fuera sobre mujeres?

Ma: De toque decidimos que sean mujeres porque empezamos a ir a los cortes y vimos que eran muchísimas, el 80 por ciento, que sostenían el piquete y que cumplían muchos roles: desde seguridad hasta hacer la comida. En muchos casos eran los hombres los que se quedaban sin trabajo y lo iban a buscar a otro lado y ellas se quedaban solas con todos los hijos. Y otras veces los hombres se deprimían por no encontrar trabajo y era más humillante todavía salir a cortar la calle. Por eso, ellas iban a los cortes y al volver a la casa se encontraban con el marido que estaba en desacuerdo y las fajaba. Así, empezaron a organizarse entre ellas y a defenderse: cuando se enteraban que el marido le pegaba a una, iban todas a la casa y le decían "la próxima...".

V: En Glew y en La Matanza fueron las dos primeras charlas fuertes. Y te dicen eso: que se unen a llorar juntas o a ir al frente juntas. Te cuentan que tal

estaba deprimida o tal otra que se vino de la Capital a la villa y estaba sola y le dijeron que venga; después armaron un comedor... Forman un lugar de encuentro y de sostenerse unas con otras.

Ma: Se cuidan los chicos entre sí. Si salen a pedir, va cada una un día y después se reparten todo. Están organizadas más solidarias...

V: Y eso en los hombres no lo vimos, no lo encontramos. Encontramos al hombre que va y acompaña a su mujer o que va simplemente, pero no vimos esto de la agrupación, de sostenerse como grupo. Las mujeres es como que arman más grupo.

¿Cómo seleccionaron a las entrevistadas?

Ma: Hicimos un montón de entrevistas. En realidad, al principio eran muchas más y después fuimos descartando.

Mi: No tantas (risas). Igual era llegar, charlar con la gente, escuchar y ver qué pasaba. En general, nos pasaba que después, al prender la cámara, pensábamos "por favor, volvé a decir algo de lo que dijiste". Porque muchas cosas se te van antes de prender la cámara pero en verdad era mejor así.

Ma: Al principio no sabíamos qué preguntar porque ninguno es periodista ni nada. Y entonces hacíamos todo de toque: prendíamos la cámara y hacíamos preguntas. Después, en cambio, primero íbamos a la casa a charlar horas sin cámara y cuando estábamos todos como chanchos y sabíamos que nos interesaba, entonces recién ahí prendíamos la cámara.

V: Nos habíamos hecho un cuestionario común para todas.

Ma: Y ya nos había pasado en los cortes de ruta que nos contestaran "sí" y "no" porque no sabíamos hacer la

pregunta. "¿Hace mucho que venís?: Sí; ¿cuántos hijos tenés? Ocho" (risas)

¿Cómo era ese cuestionario común?

Ma: Lo discutíamos igual después de cada entrevista: qué pregunta había estaba buena, qué faltó, etc. Pero siempre preguntábamos sobre el futuro, los hijos, la primera vez que habían ido a un corte, las puebladas...

V: Sí, básicamente era eso: cómo recordaban las puebladas, cómo había sido la decisión de ir al corte, si iban con los hijos y si hablaban con ellos, cómo veían el futuro... Y también algo sobre los maridos, pero nunca salía algo interesante de eso.

Ma: Había en las entrevistas un montón de material que después decidimos no usar que trataba de la diferencia del hombre y la mujer en el piquete. Después nos dimos cuenta que, en realidad, no era la diferencia lo que queríamos mostrar. Podríamos hacer otro documental de eso (risas).

V: Tampoco era hacer un documental sobre la mujer piquetera. Era sobre el movimiento piquetero a través de la voz de la mujer.

Mi: Hay otra cosa también, que uno lo sospecha pero... Y es esto de salir por los hijos. Eso le da otro impulso a la salida de las mujeres, por lo menos de lo que se escucha en primer instancia de los hombres. "Salgo con mis hijos por mis hijos", dicen ellas. Esto genera otra relación, un lazo de educación diferente...

V: Sí, esto que decían que tenían dos pesos en el día, lo tenían que hacer estirar y no alcanzaba... Aparecía esto que la mujer pasa mucho tiempo con los hijos en su casa, mientras el hombre está haciendo alguna changa, y es en ese momento donde ven que no les

alcanza. Y ahí mismo deciden salir, ir al corte primero a comer.

Mi: Creo que hay algo que vimos y que tiene que ver con el impulso de la maternidad y es la radicalidad de las mujeres en los cortes. Vimos muchas veces cómo cagan a pedo a los hombres. Un día en Ledesma fue muy gráfico. Sale alguien de la intendencia a decir "bueno, tenemos que ver porque a las seis de la tarde van a traer los bolsones de comida" y los hombres respondían: "bueno, ¿dónde hay que ir a buscarlos?". Y las mujeres enseguida gritaban: "No... ¡que los traigan ahora y acá!" Y estaba el dirigente que era un hombre y las mujeres lo cagaban a pedos.

V: A mí personalmente me sirvió para darme cuenta de cosas mías, de la fuerza que tiene uno o la debilidad. Verte ahí en las mujeres, reconocerte y ver cómo podrías ser en ese caso... Ver qué me pasa a mí con la maternidad y con el tema de tener hijos y no tener qué darles. Me sirvió como aprendizaje. Yo no lo había pensado desde ese lugar cuando empezamos a hacer el documental. Dije: ¡Ah!, mujeres. Y ahora me reconozco en un montón de cosas y como que me tira seguir con el tema mujer desde la fotografía.

Cuando empezaron a investigar, dijeron que lo que pasaba en el interior era inaccesible. ¿En qué consistía esa inaccesibilidad: era falta de información o información que no les decía nada?

Ma: Nosotras empezamos a investigar porque queríamos armar la historia desde el primer corte. Íbamos a los archivos de los diarios y de otro tipo pero nos costaba. Obviamente, teníamos información: en tal fecha murió Teresa Rodríguez, pero no mucho más. Y nos

dimos cuenta esto que decía él, de ir del interior hacia el centro para volver a los orígenes, hacer que llegue esa información acá y salir de la burbuja porteña.

V: También con el tema contactos. Al no estar militando, no conocer mucha gente, era difícil que alguien te diga "tenés que verlo a fulano, llámalo a tal teléfono...". Nosotros cuando decidimos hacerlo en el interior sabíamos qué había pasado pero no sabíamos muy bien adónde ir. Llegábamos a la terminal y decíamos "dónde están los desocupados".

Mi: También está la cuestión de la distorsión de la información. Nosotros llegábamos y decíamos "bueno, acá hubieron dos puebladas" y nos decían "no, no. Eso no fue así". Teníamos una base, pero nos dimos cuenta que acá no se sabía nada.

La pregunta sería más específica. En parte es lo que están diciendo, pero también les pregunto si la cuestión es que había falta de información o si en el interior hay menos estereotipos, si estaban menos codificados. Porque acá uno puede no saber donde queda la CCC, pero es una cuestión de información porque averiguás y te enterás que hay un lugar, que alguien te puede recibir, etc.

Mi: Hay cosas que, no sé si codificado es la palabra, pero sí que son muy informales. La UTD es muy informal en sí. Es un galpón. Llegamos y tres se juntaron a tomar mate y eso es la UTD. No es otra cosa. No tienen horario fijo, cada día deciden a qué hora se juntan al día siguiente. Lo único fijo es un horno donde hacen ladrillos. No hay una estructura muy fija de nada. Lo mismo nos decían con los cortes. Muchos nos

contaban: "éramos tres y fuimos a cortar. A la media hora éramos 70; cuando llegó la policía, 500. Y cuando empezaron a reprimir éramos 10.000". Desde muchos lugares lo cuentan así. Y esto es también la razón por la que muchas veces estas cosas no llegan. Hay cierta cuestión de protección y también un intento de evitar la burocratización que ellos sintieron en algún momento cuando se organizaron más formalmente.

V: Sí, yo me acuerdo que antes para ir a un MTD tenías que hablar con uno, ese le avisaba a otro y alguien te esperaba en la esquina. Eso en el interior no pasa. Directamente te mandan "a la casa que está al lado de la reja verde, y ahí golpeás, te atienden y entrás". Eso era también lo que pasaba: no había un lugar específico adónde llegar fácilmente desde acá. Pero yo me imaginaba que pasaba eso: que llegabas y que a cualquiera que le preguntaras te iba decir adónde ir. Acá en Buenos Aires, tanto en un MTD como en La Matanza, eso no pasa.

Ma: Los tres lugares que elegimos es donde hubo puebladas –es decir, pueblos de 50.000 personas donde cortaron las rutas unas 30.000– y donde había una sola fuente de trabajo. En Mosconi y Cutral Co es YPF y cuando se privatiza hay un 60% de desocupación. Y en Ledesma, el ingenio. Esto también era el factor para que se tratara de una pueblada: todos se quedaban sin trabajo porque el que no trabajaba en YPF, trabajaba para alguien que trabajaba en YPF o el abuelo y el padre sí habían trabajado ahí. Eran pueblos unidos por YPF y eso lo hacía muy distinto a cualquier parte de la provincia de Buenos Aires.

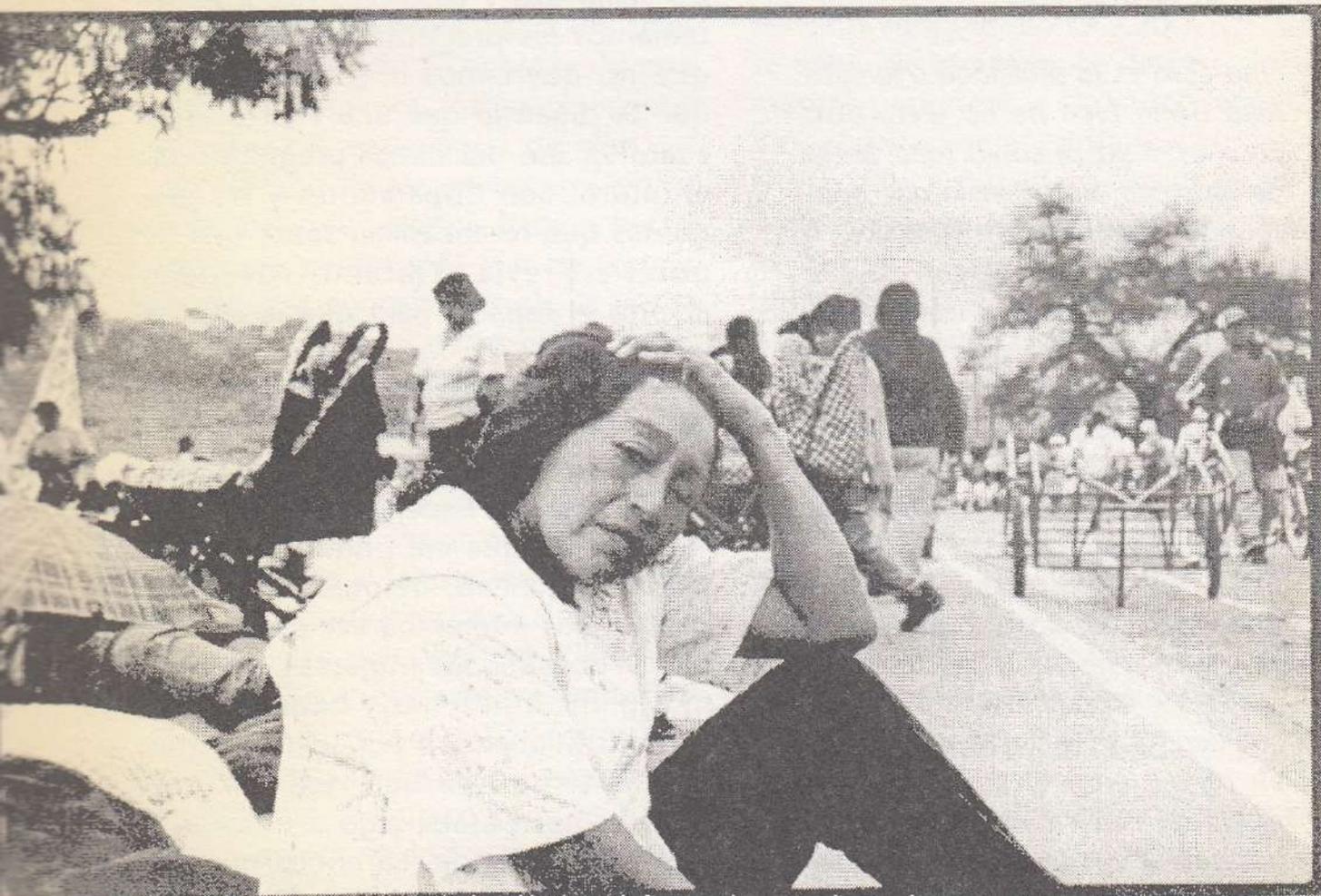
*¿Vieron el documental Matanza?
Me acordé de ese documental*

cuando vos comentabas lo de la música porque tiene una obviedad musical muy fuerte. Empieza con el himno, en la versión de Charly, y después sigue con cumbia...

V: No me acuerdo de la música. Me acuerdo del himno y me quiero matar (risas). Porque además tiene una imagen que tiene *Piqueteras*, que es la de un chico tapado con una gomera. No me interesa, no me gusta. Igual muchos tienen esto de la cumbia que es parte del lugar y de la vida de la gente. A mí me gusta lo de la música original porque me parece que transmite otra cosa además. Igual *Piqueteras* no está hecho desde la cotidianeidad de la gente, sino a partir de entrevistas y archivo.

Ma: A mí algo que me molesta un poco –no sólo en *Matanza*, sino en va-

rios documentales que ví– es cómo manejan la voz del realizador. O sea, cómo meten con carteles, o directamente con negro y letras, o con banderas, un panfleto. Nosotros en *Piqueteras* tratamos que no aparezca ninguna bandera y que nuestra voz esté lo más ausente posible. Sólo al principio contamos y aparece claramente la voz del realizador, pero después hablan ellos. Eso creo que está bueno. Por ejemplo, en otra que vi que creo se llama *Zanón*, que hicieron los de *Contraimagen* que son del PTS y muestran una asamblea en el momento en que dicen que van a tomar la fábrica y lo intercalan con carteles que dicen lo que ellos piensan y no lo que están diciendo en la asamblea. Vos lo estás viendo y no separás lo que dice uno y otro y eso es medio tramposo.



¿Pero el realizador no está siempre diciendo algo, aunque no aparezca...?

Ma: Totalmente.

Mi: Al cortar y pegar, estás armando discurso. Pero se trata de ciertos lugares...

De hecho, la presentación histórica inicial le da sentido a todo el documental...

Ma: Sí. Y también lo que ponés y lo que no de lo que dicen las piqueteras y también el encuadre y todo...

Mi: Lo que tratamos es de cuidar cómo uno mete su propio discurso; tratamos de corrernos de ese lugar por más que nosotros elegimos a qué lugar ir, a quién entrevistar y qué preguntar. Uno puede tratar de ser bastante auto-crítico en el momento.

Una cosa es la prolijidad o la sutileza de lo bien hecho. Pero otra cosa es si ya se sabía todo antes de empezar, entonces lo que aparece son simplemente ejemplos, o si uno no está tan seguro de qué va a buscar y se deja transformar y trabajar por eso que está mostrando. Serían como dos cosas distintas porque una es más técnica –tratar de no dejar el dobladillo a la vista– y la otra afecta más a la mirada del realizador.

Cuando vos contaste cómo empezaron te referiste a las fotos de mujeres y casualmente me parece que tiene que ver con lo que te decía él: no hicieron el documental a modo de confirmación de sus hipótesis, sino que el propio material –desde las fotos mismas hasta

la experiencia del corte– fue cambiando el proceso de producción.

V: Sí, fue una experimentación.

Ma: Y hubo mucho de improvisación.

Mi: Igual me parece que hubo un par de hipótesis que uno trata de confirmar. Por ejemplo esta cuestión de elegir tres lugares sin información entre ellos que, en momentos parecidos de crisis, tuvieron salidas no organizadas parecidas y la represión sistemática del gobierno nacional como respuesta. Esa es una hipótesis grande de trabajo.

Claro, pero eso lo sacaron de la propia experiencia porque cuando estaban con las fotos aún no pensaban en Ledesma y Cutral Co.

Mi: Claro, pero eso ya te lleva a trabajar. Tenés hipótesis y por eso decidís viajar acá y allá. Pero nosotros no teníamos las preguntas cerradas porque no queríamos ir con cosas para que te digan lo que uno espera escuchar. Por eso decidimos preguntar por el futuro. Son disparadores y no preguntas que te encasillan sobre una hipótesis previa. Tratamos de dejar abierto el espacio para que la cosa se vaya...

V: Además, cuando les preguntábamos por el futuro, yo pensaba en el mío. Para mí es desde ese lugar que trabajamos: desde la experiencia y la improvisación. Porque era primero el movimiento piquetero; después, el interior, porque nos interesaba ver qué pasaba ahí; y después las mujeres –empezamos primero nosotras y después se incorporó Miguel que por suerte le interesó el tema–, porque viendo a esas mujeres nos pasaba algo a nosotras y nos sigue pasando. La crítica que nos hacen muchos es por qué no mostrar

el día a día del trabajo y no sólo el corte de ruta y la represión. También creo que desde la experiencia vimos que primero queríamos mostrar eso y después haremos otra.

¿Qué tipo de repercusión y circulación tuvo el video tanto en los lugares donde filmaron como en otros?

Ma: A Cutral Co fuimos el día de la mujer, donde había varios encuentros. Fuimos a todos mostrando la película. Incluso lo pasaron por la televisión local de Cutral Co, que la mira todo el pueblo. Ya les habíamos avisado que íbamos a volver. Nos encontramos con las dos entrevistadas y con los padres de Teresa Rodríguez y fue muy fuerte. Cuando lo mostramos en Francia, por ejemplo, los franceses se quedaban con la boca abierta porque no podían creer lo que pasaba. Cuando lo pasamos en Buenos Aires, la gente hacía un análisis. Y ahí fue "¡Uh! Te acordas de eso" o "Ahí está fulano". Salían anécdotas porque era la experiencia de ellos.

V: En uno de los encuentros por el día de la mujer, donde habían hecho cosas para comer y té y mate, estaba una que era concejal y Ruth, la morocha que está en el video que es terrible. Y cuando terminó la proyección empezó una conversación buenísima entre ellas sobre qué pasó después de la pueblada. Ruth le decía a la concejal "porque vos ahora estás acá pero mañana pasas al lado mío y no me saludas; hoy porque es el día de la mujer". Y decían que ahora en Cutral Co todo está peor, que nadie se movilizaba, que todo está parado. Como Cutral Co: seco, desierto, no pasa nada. Nombraban a alguno que se había puesto una carnicería y que los había traicionado porque se había quedado

con plata de los planes. Decían que les servía para verse y para ver lo que había pasado. Y para decirle a la concejal que estaba ahí ese día, pero que cuando necesitaban útiles para mandar los chicos a la escuela ella no hacía nada. Nosotras estábamos ahí llamadas y fue muy fuerte.

Ma: Cutral Co es un pueblo fantasma. Cuando cierra YPF los indemnizan, cada cual se pone un kiosco, un videoclub, etc. Y después cerró todo. Ahora son cuerdas y cuerdas de negocios cerrados. Ahora parece que van a cobrar otra parte y ahí se empiezan a dividir los que se van a comprar un auto y los que no. Encima es un pueblo en el que se conocen todos y hay mil internas: los docentes, los de la salud, la UOCRA, etcétera.

Mi: Cuando empezamos a hacer el documental, jamás nos imaginamos que iba a circular como lo hizo. Hubo una circulación de información impresionante después del 19 y 20. Viste que se habla de movimiento de cine documental piquetero... Cuando empezamos el documental pensamos "lo quiero hacer". Y cuando te preguntan a quién se lo vas a mostrar, la respuesta es "no sé; a la gente a quienes filmamos". Con todo lo que pasó en Buenos Aires, mucha gente quiso verlo: fuimos a pasarlo a un montón de asambleas y generalmente la devolución era buena porque era una charla con mate.

V: De cada pasada siempre salían otras pasadas. No hubo que moverlo mucho.

¿Pero piensan que existe el movimiento de cine piquetero?

Mi: Siento que sería muy apresurado. Está todo muy en caliente...

Lo pregunto de otra forma: no se trata de si existe un movimiento, sino que de repente se establece un circuito donde pasan películas, revistas, etc. y se habla de un movimiento. La pregunta es si ustedes se sienten cómodos tal como quedan emparentados con otra gente que filma en ese circuito...

Ma: En realidad siempre quedamos medio afuera de ese circuito. Por un lado, no somos el grupo "Ojo obrero" o tal otro: somos mengano, fulano y zultano. En una época nos esforzamos por estar en los ciclos de cine piquetero y después nos relajamos.

V: No nos daban bola...

No soportaban nombres propios en vez de una sigla.

Ma: Claro. Y también pasa que se lo empieza a copiar y circula, y nosotros ya no manejamos por dónde anda. Ahora pasa que nos enteramos que está en tal ciclo o lugar. Ya está...

V: No entramos en un grupo. Pero hay gente que tomó el laburo, le gustó, lo respeta y lo pasa en algunos lugares. Mismo cuando nosotros lo pasábamos decíamos que estaba a la venta, pero si alguien quería pasarlo en otro lado y no lo podía comprar, se lo prestábamos. La idea es pasarlo en escuelas, grupos de desocupados, universidades. Desde ese lugar es también raro: no somos un grupo, no estamos dentro de..., tampoco es que lo queremos vender... Yo no me siento parte de un movimiento.

Mi: También hubo que cuidarnos de no entrar en ciertos lados. Apareció gente que decía "yo te puedo conseguir...". Y siempre era a cambio de ciertos compromisos aunque no te lo di-

gan. Hay cierta cuestión independiente que te genera consecuencias como que todo te cuesta el triple y tenés que poner plata. Pero tuvimos que correr de algunos lugares...

V: Nos invitaron al día del ama de casa que es el aniversario de la muerte de Evita. ¡Acto oficial!

Mi: Obviamente si alguien lo quiere ver no podemos impedirlo, pero no vamos a aparecer en un afiche con el ministerio de no se qué. Hay lugares donde no se puede estar y hay que cuidarse. Hay momentos en que uno dice "yo no puedo elegir junto a qué otras cosas se va a pasar", pero a veces cuesta. Vuelvo a la cuestión estética e ideológica. Creo que es algo de si uno quiere repetir estructuras previas o si se las quiere replantear. Yo siento que cuando rápidamente se tiende a hablar de movimiento de cine piquetero se meten en la misma bolsa cosas muy distintas.

V: Tiene que ver con los partidos políticos que hicieron sus grupos piqueteros, sus grupos de cine piquetero, como una forma de publicitarse como partido.

Ma: Igual se nos abrieron un montón de puertas, conociendo gente, intercambiando material, del mundo del arte y de otros lados...

¿Ustedes se pusieron a ver documentales argentinos de otra época para tener en cuenta cuál era su visión?

V: No. Una vez que tuvimos el material dijimos "bueno, empezamos por acá". Ni el nombre teníamos. Y durante la filmación no había otra cosa que hacer más que esto, o pedir plata, investigar, leer cosas juntos.

¿Por qué el ojo al principio?

V: ¿Te gustó?

No sé, al principio empezó gustándome y después a desagradarme. ¿Cuál era la intención?

V: La intención era incomodar. Y a la vez la necesidad de ver y abrir los ojos. A mí me molesta.

¿Las piqueteras entrevistadas dijeron algo del montaje, de alguna

elección estética, de la música o del ojo?

Ma: No. Se fijaron más en la imagen de archivo y en los testimonios. Ya estaban enteradas igual que existía: lo habían visto en TN (risas). Una se despertó a la noche y se vio a sí misma en la tele. Había sido hace poco. Se fijaron en una especie de autocrítica: discutían qué habían hecho después de la pueblada.

Imágenes ausentes

Conversación entre Sergio Schmucler, Enrique González, Pablo Belzagui y Cecilia Pernasetti, organizada a pedido nuestro por el primero de los nombrados.

S: Primero hicimos una especie de gran diferencia entre las películas hechas en los 70' que, de algún modo, están expresando la sociedad antes del golpe y las que vienen después de la recuperación de la democracia. Hicimos un ping-pong para ver qué aparecía. De las películas hechas en los 70', ficcionales, solamente aparecieron dos: *Los traidores* (1973) de Raymundo Gleyzer y *Gente en Buenos Aires* (1974) de Eva Landeck. Son las dos que se nos aparecen cómo ficciones hechas en los 70' con la presencia de la cosa pública o social. Y después, ya en democracia, pensamos en *El ausente* (1987) de Filippelli, *Sentimientos. Mirta de Liniers a Estambul* (1987) de Coscia y Saura que, en realidad, tiene una partecita vinculada a lo que pasó antes del golpe, después del golpe y después el exilio, *Sofía* (1987) de Doria y ahí se nos acabó... Seguramente hay más...

E: Sí, hay más, lo que pasa es que la mala memoria nos juega en contra o, quizás, porque las películas que se hicieron no han dejado mucho para recordar.

P: A mí me parece que no hay mucho material, que no se ha ficcionalizado mucho la época... Me parece que antes del 76 hay un serio prejuicio contra la función cinematográfica por parte de los grupos con una militancia social más activa, en donde hacer la revolución involucraba "hacer el cine para hacer la revolución". Y esos eran todos materiales de tipo documental; son materiales de militancia. Gleyzer era un caso para mí excepcional porque era una persona que venía de hacer un cine militante, un cine de denuncia, y justamente lo referenciamos como uno de los tipos que hace ficción, rompiendo el esquema ese de la ficción como entretenimiento burgués, ese tipo de cosas.

S: Bueno, pero la ficción utilizada de manera militante. Entonces entiendo lo que vos decís: había un prejuicio. Y los otros directores, ¿no hacían cine en ese momento?

P: Si vemos el cine de ficción de ese momento, estaba muy alejado de la mirada social del país.

E: Directores importantes –Favio, la última época de Torre Nilsson: *Boquitas pintadas* (1974). Favio en esa época estaba haciendo *Moreira* (1973), *Nazareno Cruz y el lobo* (1975)–, estaban haciendo una reconstrucción de cosas.

C: Una recuperación nacionalista. También una acción militante pero a partir de una recuperación de una historia nacional, de mitos nacionales que apuntaban a esta idea de esclarecimiento ideológico pero sin reflexionar sobre su momento.

S: Es probable que sea así porque nadie que vivía ese tiempo se imaginaba que estaba construyendo la historia previa al golpe militar más feroz. Entonces, más bien, estos militantes estaban pensando en ese momento que lo que hacía falta era un cine que mirara *Quebracho* (1974), *La Patagonia...* (1974), que mirara la historia desde estas perspectivas.

E: El mismo Sergio Renán, que era muy popular en ese momento, ¿qué había hecho?: *Creecer de golpe* (1976), *La tregua* (1974)... el contexto que narran esas películas no hacen ninguna referencia directa al contexto argentino de ese momento.

P: Los que hacen ficción me parece que tienen como una tendencia a lavarla de esto que estaba pasando, como purificarla, evitando que se introduzcan en la historia elementos de la realidad política y social en la que vivían. *La tregua* no referencia absolutamente nada de lo que pasa afuera de la película.

E: Sí, pero me parece que es más fuer-

te eso que dijiste vos recién, de mirar la ficción en un cine burgués, para la burguesía, más como entretenimiento, como una mera distracción, y el verdadero cine, el cine que hay que hacer en ese momento, el cine militante, el cine documental que servía para adoctrinar a los cuadros...

S: También la insistencia de Ceci es interesante, que es: ahí aprendió el cine "de izquierda" a producir mirando el pasado desde otra óptica; ahí es cuando se hace *La Patagonia rebelde*, *Quebracho*, mirando la historia desde una perspectiva militante, si se quiere. Militante en el sentido de revolucionaria...

C: Recuperar momentos de la historia silenciados.

P: De hecho, estaban emparentadas con todo el revisionismo histórico, estaban emparentadas con José María Rosa, con Jauretche, con la gente que había recuperado su poder público a partir del año 72, 73; esta gente estaba como ubicándose en esa línea. Entonces reivindicar a San Martín, a Güemes, relatar *Operación Masacre*, reivindicar a los sindicalistas de los años 50', los anarquistas de los años 30'... es contar la historia desde una visión revisionista.

E: Me parece que esas películas, las que hicieron Olivera o el mismo Wullicher, responden a una cuestión más oportunista, como que eso era lo que había que hacer.

S: Bueno, si eso era lo que había que hacer, quiere decir que había en ese momento una sociedad que estaba esperando esa mirada. Se acaba la dictadura de Lanusse. Cuando se dan las elecciones, naturalmente empieza un proceso de revisión muy vinculado al

peronismo emergente de izquierda... Por eso la lectura de Jauretche, toda la mirada que después se vuelve el eje de esos escasísimos años antes del golpe...

P: Sí, yo estoy de acuerdo con lo que vos decís... no son directores que hayan hecho de su trabajo cinematográfico una militancia político-social, pero me parece que eran directores que tenían una visión comercial y que veían la posibilidad de juntar la ficción con esta necesidad de revisar un poco la historia del país, o de revisarla desde otro punto de vista...

E: Yo sólo quería diferenciarlos, por ejemplo, de Cedrón y Gleyzer. Gleyzer que era del ERP y Cedrón que era montonero. Vienen de otra historia y con otra carga, se acercan al cine desde otro lugar.

S: Después se acaba todo porque llega el golpe. ¿Cuál es el cine que se hace en plena dictadura? Es un cine pasatis-ta.

E: Cine propaganda pro-Proceso.

S: ¿Ahí no hay discusión?, ¿no hay resquicios?

P: Si hay una marca, me parece, es esconder la realidad justamente... la-varla tanto que no exista.

S: ¿Y hay un cine del exilio argentino que sí esté contando eso que se oculta?

E: De ficción que yo conozca no. Documental sí. Incluso el documental que manda a hacer Firmenich para la gente que está en Argentina en el 77, 78. Pero lo hace en Francia...

P: Están los documentales que hace

Oswaldo Bayer en Alemania para la televisión regional alemana, donde muestra el tema de los desaparecidos... Pero ficción, al menos yo, no recuerdo.

S: ¿Por qué se elige el documental y no se elige la ficción para relatar algo?... Digamos, ¿el documental es más claro realmente para narrar la realidad? ¿Ustedes estarían de acuerdo con eso? ¿Por qué se opta el documental como si tuviera una inmediatez?

C: Y, lo que pasa es que había una clara motivación de denuncia. De denuncia de lo que estaba sucediendo. Entonces el documental aparecía como una especie de prueba, de testimonio casi jurídico, para mostrar al resto del mundo lo que estaba pasando en la Argentina, creo que en ese momento tenía esa fuerza.

P: Sí, me parece que tiene que ver un poco con eso... Si lo ubicamos en el contexto de toda esa gente que se formó culturalmente con todos los movimientos sociales o con toda la revisión de los movimientos sociales de los años 60', en donde se vuelve a revalorizar la importancia o el valor objetivo –entre comillas– de lo documental, de lo testimonial. Entonces ellos creen realmente que el documental es la forma de objetivar, o la forma de –muy entre comillas– decir la verdad.

E: Hay que ver también cuáles eran los canales de comunicación que había en ese momento. La televisión era de la dictadura, o sea, no había canales para conocer lo que estaba sucediendo en concreto... Entonces el documental era un vehículo muy fuerte para contar. Pero, digamos, si lo vemos hoy –han pasado 30, 40 años–, con la evolución de la televisión y con la conciencia por

parte de la gente de los mecanismos de manipulación... Me parece que hoy es más efectiva la ficción para contar que el mismo documental. Hay una frase que habla de la verdad de la ficción más que la del mismo documental... justamente hablando de los mecanismos de manipulación que existen. En el documental están disimulados, en cambio en la ficción son evidentes.

S: Bueno, después llega el 83. Se puede empezar a contar, no sólo lo tremendo del golpe, de los desaparecidos, sino que se puede empezar a contar cual era la sociedad de la cuál emergió este evento... Y qué pasa, tenemos *El ausente*, tenemos *Mirta de Liniers a Estambul*, tenemos *Sofía*... Aparentemente no hay como grandes reflexiones ficcionadas en el cine de la época previa al golpe. ¿Por qué se hicieron documentales y no ficciones? ¿O no se hizo nada? ¿O se empezó a hacer tardíamente?... Por qué si uno piensa en la recuperación de eso está pensando en los grandes documentales que son muy, muy contemporáneos... *Montoneros* (1994), por ejemplo, que realmente son de hace poco, no son de los 80'. ¿Quiere decir que tampoco se documentalizó la época? Es decir, no sólo hay una escasez de ficciones, sino que tampoco hay una avalancha de documentales sobre los 70'.

P: No, me parece que cinematográficos no. Me parece que se ha trabajado muchísimo, más con una orientación periodística o televisiva. Ahí sí, como investigación social.

S: ¿Por qué?

P: Habían pasado como 10 años, porque eso empieza a aparecer como en el año 85, 86... Como decía Quique, el

espectador empezó a ver que el documental era como una fuente de manipulación subjetiva. Ahí empiezan a aparecer en la TV los documentales cinematográficos. La televisión, me parece, empieza a absorber muchas de esas posibles construcciones...

C: También sucede en la narrativa. Recién en los 90' se empieza a hablar de los años previos al golpe como si fuera necesaria la espera de tantos años para reflexionar de un modo más profundo.

P: Yo no diría profundo... es que es tan violento, tan sangriento hablar de 1976, que el distanciamiento me parece que lo que va a permitir, más que profundidad es poder pasarlo con más superficialidad al 76. Es decir, ¿de qué modo puede uno ahora hacer una ficción ambientada antes, pasando como por arriba 1976? ¿Cómo uno puede ideológicamente, estéticamente, éticamente? ¿Cómo uno puede hacerlo?

S: ¿Cómo hacer una comedia con un personaje que –se sabe– un año después va a ser un desaparecido?

P: Exactamente. Que lo matan, que lo torturan, que resigna su familia, que sus amigos se tienen que exiliar, que los que se quedan acá quedan arruinados mentalmente... Es tan duro eso.

S: Bueno pero también se podrían haber hecho melodramas, se podrían haber hecho tragedias... Pero tampoco hay.

E: Por ejemplo, posterior al 83, *La noche de los lápices* (1986), de Olivera, está tratada casi como un melodrama. No le crees y te da bronca que un tipo haga algo tan jodido. Porque es una visión,

que me parece es la misma visión que se tenía antes del golpe, de contar la historia de una determinada forma que la vuelva banal... Contar la historia de un chico que se equivoca, o de un grupo de chicos en la que el contexto es casi un incidente y, a su vez, de una forma moralizante...

P: Sí, a mí esta película, me desagrada por algo... Espero que no haya sido el objetivo de los directores, espero que no haya sido así porque sería terrible, que es la sensación que uno tiene de lo inevitable. Lo que vos decís como moralizante: "inevitablemente, un grupo de chicos de 17 años, que militara en un colegio secundario a través de una reivindicación que creían necesaria, van a terminar desaparecidos". Esa es la sensación que me da: un reduccionismo a lo inevitable.

C: Sí, esta idea de lo inevitable es terrible porque creo que también está impregnada de la teoría de los dos demonios. No se podía hablar de la militancia de izquierda previa al golpe sin que se asumiera esa postura de simplificar con la idea de los dos extremos, el de la izquierda y el de la derecha, que hicieron daño, que llevaron al golpe.

P: Sí: los buenos y los malos. Ahora, del lado de los malos tampoco hay mucha ficción. No hubo ninguna película de ficción que intentara reivindicar, por ejemplo, la militancia de derecha.

S: Sí, la derecha se desdibuja, no tiene esa solidez antagónica que tiene la izquierda, pero esto es la historia: la derecha es el poder y es la cultura, no necesita justificarse ni explicarse. La arrogancia del inevitable triunfador... Dicen que la historia la cuenta siempre el vencido porque el otro no necesita

narrarla, toda la cultura es la narración de su triunfo.

E: También están las películas de Arístarain, que son *Últimos días de la víctima* (1982), *La parte del león* (1978) y *Tiempo de revancha* (1981), sobre todo, que se estrena en el proceso, en el 82. Quizá la primera película en la que se habla, en términos muy simbólicos, del silencio. Pero los directores post-proceso fueron formados en la otra camada, con esto que hablábamos de la cuestión social, toda esa carga muy fuerte. El cine argentino recién hace el quiebre ahora, a partir de mediados de los 90', que empieza la nueva camada de directores argentinos con otra visión. Diferente a la que hay de los 60' hasta esta época, que hay como una misma forma de mirar el cine, de mirar lo que se cuenta en el cine...

S: Este nuevo cine argentino tampoco está dando cuenta de los 70' como un momento social importante. Como en México, en donde el nuevo cine parece desprenderse de la carga moralista del progresismo, del cine de los 70', los 80'. Al mismo tiempo, el nuevo cine de México parece como desprendido de su historia. Hay casi una negación, es el presente por el presente mismo, que puede ser fascinante pero, digamos, el cine sigue hoy, con estas nuevas visiones, sigue sin mirar a los 70' previos al golpe... ¿o no?

P: Yo he visto muchos materiales de cortometraje, muchos, en donde los realizadores son nacidos después del 70', y en donde plantean una visión de esos años de su óptica de niño, su óptica infantil. Y me parece que la revisión de esos tiempos va a venir un poco por allí, va a venir un poco por aquellos que no estuvieron comprometidos en los

hechos realmente, sino que aquellos que los vivieron un poco como parte del compromiso de los adultos. He visto muchas películas que cuentan sobre la pérdida de los amigos al tener que exiliarse, ser criados por los tíos porque los padres no saben nunca dónde están y en un determinado momento no vuelven más... O sea, como una visión de otra generación, sobre la época, sobre el momento. Y tal vez venga un poco por ahí la ficción. El hecho de que la puedan tomar sin haber sido partícipes en su momento. Que no tienen que dar cuenta, a lo mejor, de toda esa cosa que antes profesaban.

C: Todavía no están ficcionando realmente, porque lo que están haciendo es como una especie de recuerdo de sus propias vivencias. O sea, no crean el personaje.

P: En los años 70', a nadie se le ocurría hacer una película intimista, una ficción intimista no existía. Una ficción intimista es propia de los 90', estas personas que son cineastas de los 90', recurren justamente a la intimidad, a contarla desde el yo. Cosa que en los años 70' era contarla desde el nosotros, era otra la visión de lo social.

E: Hay una película, no recuerdo el nombre, que es muy nueva, es la historia de un tipo de unos 50 años que afila cuchillos y una nena de 13 años. Este tipo –que parece que fuera loco, pero no lo es tanto– tiene un amigo que desapareció en la dictadura. Y la historia como está contada hoy, en el suburbio de Buenos Aires, está contando lo que estaba pasando desde este punto de vista intimista, centrada en la cosa de dos personas, pero contando desde esta cosa más pequeña, esta micro historia, cómo se puede armar y recons-

truir toda una historia más grande... Esto es muy importante y esta película lo está haciendo muy bien, es maravillosa...

P: Lo que he visto, cuando pasaba por la escuela de cine, chicos que nacieron después del 76', que lo revisan desde una cosa totalmente individual y sentimental. Creo que todas esas generaciones por ahí van a asumir más la necesidad de "tenemos que contarlo como parte de la historia que pasó y que a nosotros no nos perteneció", más que aquella que dice "tenemos que contarlo para reivindicar lo que hicimos".

C: Claro, pero a su vez lo que está diciendo es que se vuelve inevitable tomar esos problemas. La presencia de la problemática de la dictadura, del golpe y de los años previos al golpe... No se deja de hablar y hacer desde este nuevo punto de vista de lo subjetivo.

E: Están conviviendo dos cosas. O por lo menos yo lo veo así. Están conviviendo por ejemplo con estos otros chicos más formalistas, tipo Juan Villegas con *Sábado* (2001), *La libertad* (2001) de Lisandro Alonso.

P: Siempre va a haber la convivencia de esas dos líneas. Como una línea de trabajo, digamos, de un purismo estético donde lo temático sirve sólo si sirve a la búsqueda estética y la otra. Porque paralelo a la misma generación que mencionás sobre el cortometraje, hay un cortometraje de otros chicos que ficcionalizan los últimos días, antes de ser desaparecido, de un chico de Córdoba que es narrado a través de la madre y que la madre no tiene militancia en Madres de Plaza de Mayo, no tiene militancia en Abuelas... Y es más, es una

persona que dice que había un montón de amigos de su hijo que andaban en cosas raras.

C: Por un lado es como sacar la reflexión política, esa vuelta a las vivencias individuales como niño... Quitarle toda resonancia política...

E: Sí, porque había un hartazgo de todo eso, sobre todo en los 80'...

C: Y por otro lado me parece que eso sigue siendo de algún modo una forma del testimonio o una forma del documental y no es claramente una ficción. Hablar desde uno, de mí recuerdo de cinco años... Pero no es intentar crear un personaje que no tenga nada que ver con uno.

S: ¿Por qué? ¿Por la brutalidad, por el impacto que provoca el horror?

E: Pero también por la forma. Me acuerdo que en la escuela de cine, cuando estábamos estudiando, eran todos profesores que tenían una cosa con el documental. Odiaba el documental, pero no por el documental mismo sino por la forma en que me lo estaban transmitiendo: "esto es así".

P: Recuerdo esa época en la escuela de cine, en el 83... Las contradicciones que había cuando yo empecé a ver documentales de Raymundo Gleyzer que estaban en la escuela. Esos tipos estaban hablando de que hay que hacer un trabajo documental y lo ponían a Gleyzer como el representante de eso y resulta que Gleyzer era un tipo abierto y no dogmático, no perdía nunca la visión estética en lo que trabajaba. Y cuando vi por primera vez *México, la revolución congelada* (1971) decía: están locos quienes dicen que el docu-

mental tiene que ser formalmente chato, objetivamente puro... La gente le escapó un poco a eso.

C: Sí, yo creo que eso también tiene que ver con una tendencia que va más allá del golpe, con una tendencia internacional. Es notable cómo en los '90 hay un regreso a la cuestión íntima, subjetiva, desde el yo, sin hacer ninguna referencia a reflexiones políticas que involucren a los otros, sino más bien que hay un criterio de verdad que pasa por lo que yo he vivido, lo que yo siento, mis verdaderos sentimientos, que se suponen que son más verdaderos cuanto menos políticos sean. Eso es una tendencia en Europa, inclusive en Estados Unidos, el propio Dogma tiene muchísimo de eso. Las pequeñas historias contadas desde el estómago y como si las cuestiones políticas o sociales fueran una especie de ficciones, porque lo verdadero es lo que yo siento. Lo político no es verdadero.

P: Es indudable que a partir de los 80', la influencia de la información mundial, del mundo occidental, la globalización, fue algo nefasto para el desarrollo del pensamiento autónomo. Pero siempre digo, como un ejemplo o como un espejo en donde mirarse: pensemos en la Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. En la Alemania sobreviven los culpables... Todos los que sobrevivieron son culpables, ahí no hay inocentes. El cine que se genera en la generación posterior, que nosotros lo conocemos como el nuevo cine alemán, después del Manifiesto de Oberhausen¹, tiene una visión totalmente contraria. O sea: esa fue la historia de nuestros mayores, a nosotros no nos corresponde hacernos cargo de esa historia. Es un cine que parece limpiarse mentalmente de toda la carga que venía

trayendo la generación anterior: "rompemos generacionalmente la historia del cine alemán". De la guerra que se hagan cargo los que participaron, los que fueron culpables, nosotros no. Y recién es retomada la historia de la segunda guerra con la generación del 90'. Entonces aparecen películas como *Stalingrado* (1993), películas en donde hablan del sufrimiento de Alemania en la guerra aún sabiendo que era la Alemania nazi.

S: Necesitaron cuarenta años...

P: Y en la Argentina ¿no pasará un poco eso, a lo mejor? O sea, una vez que nos limpiemos o que hayan generaciones que estén psicológicamente protegidas... En una de esas empezarán a revisar la historia, digamos, 68-78, de una forma, no objetiva, pero digamos, sin la necesidad de verse involucrado en ella. Creo que muchas veces lo que nosotros hacemos es una protección psicológica... Es como encapsularnos. O nos encapsulamos en decir que para hacer tenemos que contar la historia de lo sucedido o decimos no, lo sucedido fue tan duro, fue tan violento que para qué volver a contarlo.

S: ¿Esto es generacional? ¿Esto pasa en Buenos Aires y en Córdoba de la misma manera? ¿No hay ninguna diferencia? ¿Se puede pensar en una mirada más provincial, o no, esto atraviesa toda la historia... ?

P: ¿A qué te referís con esto?

S: Digamos a este no hacernos cargo del tema... Me pongo de abogado del diablo... Si uno en realidad piensa que los 70' fueron el gran triunfo de la música disco... Mi problema en 1976 era que me tenía que ir porque las cosas

venían mal, pero el de los 45 chicos que estaban al lado mío era si podían ver *Fiebre de sábado por la noche* ese sábado. La primera vez que me di cuenta de esta sensación de que generación las pelotas... fue en México, con Boy Olmi, estábamos haciendo una telenovela en México, *Amigos*, yo era asistente de dirección y él un actor que habían traído, y estamos charlando "ah, que somos de la misma edad y qué sé yo y qué sé yo" y entonces sale mágicamente el 11 de agosto del 76 como una fecha y yo digo: "el 11 de agosto del 76 fue mi viaje a México", y él me dice: "yo me estaba casando". Los dos nos quedamos muy impresionados..., muy impresionados. Ese era el día, un gran día para él, una fiesta... Yo me estaba yendo como una rata. Ahora, me parece que la gran mayoría se estaba casando, no se estaba yendo. Entonces, cuando decimos "los 70'" es muy complicado. El cine, que es comercial, que es industrial, salvo algunos sectores de un cine militante, ¿por qué va a dar cuenta?, ¿de qué?, ¿de que éramos militantes?, ¿cuántos éramos militantes? Es decir, no quiero negar con esto esa especie de conmoción de lo político que llegó a impregnar grandes sectores...

E: Antes del golpe predominaba Luis Sandrini o Palito Ortega...

S: O sea, *La Patagonia rebelde* no tuvo el éxito que tuvo una comedia como *El profesor patagónico* (1970).

E: O *Pájaro loco* (1971), o *Así es la vida* (1977)... Las cosas que hacía Palito Ortega. *El profesor hippie* (1969) o *El profesor tirabombas* (1972)... El profesor tirabombas era Luis Sandrini, un profesor piola que media cuando los chicos toman el colegio porque les prohíben un

viaje. Los chicos están a punto de poner una bomba y cuando lo ven salen corriendo y el profesor les dice "eh, pero yo estoy con ustedes" y se pasa a militar con los chicos... (risas)

S: Bueno, pero esto es un reflejo...

E: Es lo que estoy diciendo. El cine de alguna forma contaba, sin querer...

P: *El profesor hippie* lo tengo siempre muy presente porque tenía un primo en Buenos Aires que un día lo agarró la policía y lo peló. Era la acción típica de la policía. Y el profesor hippie va a la policía a quejarse con el Comisario y entonces se pone una peluca de pelo largo, como para reivindicar a los jóvenes que usaban el pelo largo.

S: Pero entonces, eso va en contra de lo que yo estaba diciendo. Quiere decir que la idea del cuestionamiento a la autoridad estaba presente masivamente en la Argentina.

C: Sí, después del 76, esas películas de Sandrini, eran impensables.

E: Después del 76 Sandrini sigue haciendo películas, pero de la mano de Palito Ortega que lo agarró para hacer sus película pro-militares.

C: Claro, pero no habría podido hacer una película donde ni en chiste se le diga profesor tirabombas.

P: Yo tengo como una especie de esca-la. Hasta el año 73, 74, se permitían como resquicios de la ficción cinematográfica masiva, a la que asistía todo el público, este tipo de situaciones que en la Argentina puede haber sido un anhelo de la mayoría de los habitantes del país: que la policía deje de hacer

razia, que dejen de perseguir a los chicos porque se juntaban en la plaza a tocar la guitarra... Digamos, como esta necesidad de cambiar hacia un sistema más permisivo y con mayores libertades individuales... Acordate que veníamos de Onganía. Pero a partir del año 74 me parece que la presencia de muertes, tanto desde la militancia como de la contra, empieza a hacer que el público, masivamente, se retire de esa visión. Retirarse de una visión es un poco retirarse de la necesidad de tener que decir "estos o aquellos son los culpables", es decir, de qué lado de las víctimas uno está. También se retiran los directores comerciales, que en los primeros 70' veían bien que esta temática esté en sus películas y después habrán visto que tenían que asumir, si seguían con esta línea de trabajo, de qué lado de las víctimas estaban o cuáles eran las víctimas para ellos y cuáles son los culpables... De qué lado de los muertos están...

S: O sea, la teoría de los dos demonios ya estaba funcionando...

P: Claro, entonces deben haber dicho, "antes que eso me dedico a hacer películas de Palito Ortega". Me parece que la irrupción de esa historia en donde la violencia social se traduce en muertos reales, empieza a hacer que la gente, que a lo mejor en un principio los apoyaba masivamente –esta idea de mayor libertad, basta de dictadura–, empezaba a decir "bueno, pero los chicos con la libertad no saben qué hacer" y la ficción empieza a reflejar eso.

S: Previamente, ¿hay un cine argentino que dé cuenta de la irrupción de los sectores, de las masas trabajadoras del 45 al 55? ¿Hay un cine que dé cuenta

de la época peronista? ¿Hay un cine que relate, que sea como crónica de esa época, que ficcionalizó esa época? A lo que voy es: ¿El cine argentino alguna vez se hizo cargo de ficcionalizar los grandes momentos de la historia?

E: En la época peronista sobre todo, en donde más cine argentino se hacía... Reflejaban de todo, desde todo punto de vista, desde la cotidianeidad de las comedias rosas de las hermanas Legrand hasta Niní Marshall o Tita Merello... Hay toda una gama en ese sentido y muy buena, cosas comprometidas, cosas interesantes...

P: Esas películas reflejaban en la ficción el cambio social que se estaba generando en el país con un sector de la población relegado como era la gente del campo, como la gente que empieza a insertarse en todo el proceso industrial y que empiezan a irrumpir socialmente con el gobierno de Perón...

E: Las películas que hacían no eran solamente la mujer que tenía su problema amoroso con el teléfono rosa, sino que eran también películas como las de Tita Merello, donde era gente del bajo fondo que tenía sus problemas...

S: Hay como un nuevo cine que entra en consonancia con este nuevo sentimiento político. ¿Y los 70'? Que son ese nuevo gran apogeo de una especie de presencia de sectores que habían estado relegados otra vez. No tiene ese referente cinematográfico, salvo en pequeñas lecturas de la historia, tipo *La Patagonia, Quebracho*.

E: Eso es lo que estoy diciendo. Me parece que hasta la caída de Perón y con el comienzo de los años 60', hay una cosa muy fuerte del cine argentino, que

se piensa como cine argentino. De todas las gamas posibles... directores importantes, con grandes películas. Y luego de la caída de Perón, viene toda la gente que odiaba a Perón y se abandona, se deja de hacer ese tipo de cine y viene toda una onda muy europea...

P: El cine psicologista... Pienso en Rodolfo Kuhn, en Kohon... Todas esas películas en donde los personajes la disputa la dan adentro de su cabeza y no en el campo de lo social...

E: Sí, primero habría que ver el tema censura, lo que se podía decir o lo que no se podía decir... Pero hay toda una gran impresión de lo que había pasado en Francia en cine: "mirá lo que ha hecho Godard... Mirá lo que ha hecho Truffaut". Hay toda una copia de estilos. El cine se abandona durante todo ese tiempo, todo lo que es la palabra "nacionalista", es mala palabra, es peronismo, tiene que ver con el fascismo. Nacionalista y fascista, son sinónimos.

S: Bueno, esa es una lectura. Porque después está todo lo otro, el otro nacionalismo... Nacionalismo popular, nacionalismo revolucionario.

E: Bueno, pero el grueso de la gente... Tus amigos que estaba pendientes de ir a bailar con John Travolta, no tienen otra visión.

P: Yo por ejemplo siempre rescato ese pequeño momento de la película *Sentimientos. Mirta de Liniers a Estambul* que retrata hasta el año 75'. Más allá de algunos desvaríos ideológicos lo rescato porque retrata tres cosas que sucedían de forma simultánea en la película: la militancia y el saber que asumir la militancia podía significar matar o ser

matado. Eso muy pocas películas lo retratan de esa forma directa y cruda. Después, que el militante es una persona igual que cualquiera de los que están alrededor nuestro. Entonces, mientras militaba, tranquilamente se podía perder por la minita que pasaba y desaparecía por tres meses a internarse con la nueva noviecita y desaparecer de la militancia y que todos lo buscaban y pensarán que estaba desaparecido cuando en realidad se había autodesaparecido. Por otro lado, muestra la diferencia entre la militancia de los pudientes, los que pueden escaparse o pueden irse del país porque tienen la posibilidad de conseguir un pasaporte y de irse a Suecia, y la de los compañeros que se quedan acá y normalmente, la militancia los lleva a la muerte directa, obligados a esconderse: como le dice un obrero "nos vamos a esconder otra vez hasta que podamos volver a pintar en las paredes Perón vuelve". Rescato esa película, me parece que retrata muy bien la situación de ese momento porque conviven, en los mismos personajes, de forma simultánea tres formas de vivir distintas que tenía el país. Y también ese hecho de que asumirse ideológicamente conlleva que me asumo como víctima o como victimario, o sea: mato o me matan. Me parece que lo que el cine argentino no pudo es ficcionalizar ese momento sin caer en decir: "éstos fueron culpables... éstos fueron inocentes". Ficcionalizar los años 70' tratando de hacer como una especie de corte transversal en la vida del país, en los que se compraban los pantalones blancos que usaba John Travolta en la película o los que aprendían todos sus pasos, o en los que iban a los barrios a intentar organizar un movimiento de resistencia, los que iban a apoyar a la fábrica cuando despedían obreros para

que se tome la fábrica, a los que peleaban desde la universidad. Contarlo así: esto era simultáneo, esto convivía. Creo que esto es lo que nos falta para hacer una ficción contundente... Que no haya culpables... Un poco eso.

E: Si lo abrís un poquito más a esto de por qué no se puede ficcionalizar a los 70', en realidad es una carencia de siempre: el cine argentino no tiene una gran tradición de ficcionalizar su historia. Por cuestiones de costo a veces, por cuestiones ideológicas, políticas del momento...

C: O sea, el golpe no está marcando la excepción.

E: Si lo ves ampliamente, me parece que no. Forma parte de otro hito más de los tantos...

P: Sí, el cine argentino tuvo por norma común ser entretenimiento y excepcionalmente en algunos momentos en la historia del país, se dejaron filtrar dentro de ese entretenimiento, películas que reflejaban un poco la realidad social del país. Muy distinto es el ámbito de la literatura, el ámbito de la pintura, donde el compromiso siempre fue mucho más grande y en donde había corrientes íntegras de pintores y de escritores que representaban el campo, digamos, del movimiento social, o el campo de lo social en el país. El cine no. Yo tengo unos libros que editaba el Instituto Nacional del Cine, de la producción de cada año, tengo guardados del 86, 87, 88, había 120 películas por año, largometrajes, y el 99% eran películas pasatistas. Muchas de ellas jamás se llegaron a estrenar ni en un cine de barrio. La constante fue esa.

E: ¿Por qué no se ficcionalizó el perso-

naje más importante, que marcó la historia del siglo XX argentino, que es Perón? ¿Por qué no se ficcionalizó Perón todavía en el cine argentino?

S: Hay como una presencia neurótica de todos los temas juntos. Ni siquiera Rosas se puede tocar porque la mitad del país... Estamos haciendo lo mismo con los 70'... Un guerrillero es una estatua o un demonio.

P: Es un agujero negro, no una estatua... No podés hablar de lo que no existió.

S: En un guerrillero porque estoy pensando que ese es el tema pero en realidad por ahí es mucho más importante... qué sé yo, una cantidad de otras cosas de los 70'.

P: Bueno, no se ficcionalizó a Perón ni al guerrillero pero sí a los militares, ¿o no?

S: Sí, pero de una forma... Yo siempre digo, "espero que las nuevas generaciones tengan los suficientes huevos para ficcionalizar ambas partes sin caer en lo caricaturesco". Porque Olivera haciendo esa visión de lo inevitable sobre *La noche de los lápices*, o cualquier otro director argentino ficcionalizando como un viejo choto y borracho a Galtieri, está en la misma línea. Es como desconocer la realidad que en su momento ejecutaron desde sus manos... O sea, poniendo en la figura de Videla a un tipo o tonto o loco es tan malo como no hacerlo.

E: Pero hay que empezar a hacerlo, aunque sea desde ahí. El tema es que no se hace. Cada vez que el cine ha contado la historia argentina, lo ha hecho con solemnidad. Creo que, fe-

lizmente, las nuevas generaciones la han perdido o no la tienen, lo cual es mucho más importante. No está presente esta solemnidad, hay todo un desparpajo, una gran libertad. Si no lo están contando es quizá porque no tienen presente la necesidad de hacerlo.

P: Pero, ¿por qué hay que tenerle respeto?

S: Por la masacre... Por la presencia de los muertos.

P: Por los muertos. Por eso le tenemos respeto y le tenemos temor, y entonces lo evitamos...

C: Te quema las manos...

P: Es lo que a mí me trabaría para hacer una cosa así... En el medio están los muertos... Gente que por ahí uno conoció... Familiares, amigos de amigos, hermanos de amigos... Es algo jodido. Te involucra sentimentalmente, por eso te anula.

E: Bueno, pero el cine cuando cuenta estas cosas, no hablemos del cine argentino, el cine de otros lados, siempre cuenta la parte de la vida de esta gente y todos los países tienen muertos encima.

S: ¿Por qué nos pesan tanto a nosotros?

E: Porque a nosotros el tema de la muerte es una cosa que nos anula, como si pensáramos que vamos a hacer algo mal... Es muy adolescente eso me parece.

S: No hay ningún tipo de reflexión todavía, si se quiere. Estaba pensando en Camus, que le costó sangre al tipo, justamente, distanciarse de esa gran co-

riente de moda cultural que era ser comunista revolucionario... El tipo cuestiona, se desangra y termina como termina... Ahora, ¿por qué no hay una reflexión tipo Camus, en *Los justos*, es decir, no hay una mirada de esa intensidad dramática en la Argentina?

C: Quizá la haya en teatro, en literatura.

P: Volvemos otra vez a que el cine nunca reflejó. Daniel Veronese, uno de los nuevos autores argentinos de teatro, de la generación nuestra dice "yo no puedo escribir teatro si no escribo referenciando a los años que yo viví, en donde gente como yo murió". Escribe siempre por el lado de lo que puede ser lo siniestro, la cotidianeidad vuelta brutal. Y a veces a lo mejor cuesta descubrirlo porque también escribe como desde la posición de los 90', desde los sentimientos, desde la visión individual... Pero eso creo que puede ser un camino para la ficción: ver de qué forma lo cotidiano,

lo normal, era también brutal, como esa convivencia permanente que había entre las dos cosas, dónde se encuentran ¿no? Yo siempre digo, si uno pudiera ficcionalizar el momento en el que una persona decide convertirse en un militante armado de un grupo político y otra persona decide salir a cazarlo, estaríamos logrando una ficción del estado social del país. Pero es difícilísimo... Cómo meterse en ese momento, en el momento de quiebre individual, psicológico como para tratar de mostrar la ruptura de un país.

Nota

- ¹ Manifiesto publicado El 28 de febrero de 1962 por un grupo de veintiséis realizadores, en la ciudad obrera de Oberhausen, aprovechando la celebración de un festival de cortometrajes celebrado allí anualmente. El Manifiesto de Oberhausen supuso el nacimiento del glorioso Nuevo Cine Alemán.

NÚMEROS ANTERIORES

Nº 1. Noviembre de 1998

AGOTADO

Nº 2. Mayo de 1999

EDITORIAL

1989: Ensayos de M. P. López, D. Sztulwark, G. Levy, J. Trímboli, G. Korn, R. Aronskind, M. Martínez, E. Yanco.

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Los libros de la buena memoria por Fabio Wasserman

NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista con Alberto Piccinini

ENVITE: CORREPI

CRONICAR: Thatcher y Mijail Gorbachov en el Bajo Flores por Julio Vezub

HISTORIAS SIN MAYÚSCULAS: La historia de George Psorias por James Petras

TEXTOS ENCONTRADOS: Heterodoxia de la tradición y Nacionalismo y vanguardismo en la ideología política por José Carlos Mariátegui

Nº 3. Octubre de 1999

EDITORIAL

GUERRA, VIOLENCIA Y POLÍTICA:

Ensayos de L. Mattini, M. Martínez, G. Korn, D. Sztulwark, M. P. López, E. Grüner

NOS QUEDA LA PALABRA: entrevista con Liliana Herrero

ENVITE: M. Santopietro, ex combatiente.

CRONICAR: De Cochabamba a Vallegrande por Andrés Ruggeri

TEXTOS ENCONTRADOS: Apuntes sobre el Che por John William Cooke

Nº 4. Abril del 2000

EDITORIAL

PREGUNTAS SOBRE EL SUJETO: Ensayos de E. Rinesi, R. Dri, I. Lewkowicz, M. P. López, D. Sztulwark, F. Wasserman

ENVITE: La Grieta

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Nueva novela histórica: narrativas desconfiadas por Federico Scigliano

CRONICAR: Amsterdam: una fábrica de nubes por Kleintje

TEXTOS ENCONTRADOS: Miedos, complejos y malosentendidos por Ismael Viñas

QUERELLAS: Ni ofendidos ni domesticados: un debate sobre la condición intelectual por La escena contemporánea

Nº 5. Septiembre del 2000

EDITORIAL

HACER LA AMERICA: Ensayos de G. Korn, D. Sztulwark, M. P. López, C. Aharonían, E. M. Basualdo, C. Lozano P. Perazzi. Entrevista a P. Mujica.

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Maldiciones argentinas (apuntes sobre *Restos pampeanos*) por Alejandra Prilutzky

NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista con León Rozitchner

ENVITE: Proyecto Los Horneros

CRONICAR: Tierra Santa por Miguel Vitagliano

NOTAS AL PIE: Muertes y nacimientos por María Pia López

TEXTOS ENCONTRADOS: Arte, Arte puro, Arte Propaganda... por N. Lamarque, J. L. Borges, L. Waismann, O. Gironde y C. Córdoba Iturburu.

FOTOS de Silvina Enrietti

Nº 6. Junio de 2001

EDITORIAL

¿QUÉ HAY DE NUEVO, VIEJO?: Ensayos de D. Sztulwark, F. Wasserman, M. P. López, M. Molle, D. Scavino, M. Mazzeo.

VISTO, OÍDO Y HABLADO: Manu Chao:

la globalización alternativa, por Cecilia
Flaschland
NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista al
El Mosh, Alejandro Echeverría, de la
UNAM
ENVITE: La Biblioteca Pedro Milesi, por
Susana Fiorito
CRONICAR: Impresiones
NOTAS AL PIE: Good show, vermouth
con papas fritas, por Guillermo Korn
TEXTOS ENCONTRADOS: Tristezas de
sábado, por Raúl Scalabrini Ortíz.
LEA Y DIFUNDA: Carta de Emilio Alí
FOTOS de Silvina Enrietti

N° 7. Octubre de 2001

EDITORIAL

POSTALES ARGENTINAS: Ensayos de G.
Korn, D. Sztulwark, A. Fabbri, M. Molle, M.
P. López, C. Flaschland
VISTO, OÍDO Y HABLADO: Sobrevivien-
tes, por Verónica Gago
NOS QUEDA LA PALABRA: Entrevista al
padre Jesús Olmedo
ENVITE: El brote. Movimiento cultural y
solidario
CRONICAR: El interior del interior, por L.
Herrero
TEXTOS ENCONTRADOS: Regreso de la
guerra locuaz por Juan Carlos Onetti
FOTOS de Silvina Enrietti

N° 8. Mayo de 2002

EDITORIAL

19/20

CRONICAR

NOTAS SOBRE LA UNIVERSIDAD

LA NACION: Instrucciones para su uso,
por David Viñas

N° 9. Octubre de 2002

EDITORIAL

La vorágine, por La Escena Contemporánea
**Verdad y método. Crónicas de los medios
de comunicación en Venezuela,** por
Ezequiel Ipar
Recursos Humanos, por Matías Molle
NOS QUEDA LA PALABRA: La condición
ambivalente. Entrevista con Paolo Virno.
Roma, junio 2002, por Verónica Gago y
Diego Sztulwark
Operaciones y batallas, por Verónica Gago
y Diego Sztulwark
Estilos, por María Pia López
VISTO, OÍDO Y HABLADO: Entre
porosidades y apremios: variaciones
sobre un ensayo, por Matías Blanco
CRONICAR: Crónicas de viaje: obstáculos
y desventuras de la nueva y la vieja
izquierda, por Manuel Bueno
TEXTOS ENCONTRADOS: La pedagogía
se comprende desde la guerra, por León
Rozitchner

LA ESCENA CONTEMPORANEA

EDITORIAL 5

CHARLAS AL PIE

21 de marzo

Charla con Horacio González 13

8 de abril

Charla con militantes del MTD San Telmo 33

2 de mayo

DesalojArte/ en progresión 39

IMÁGENES

La chica del puente, por Guillermo Korn 41

Historia de una manzana, por Andrés Bracony 44

El festejo del ahorrista, por Ignacio Lewkowicz 47

Fábricas recuperadas: ¿una política?, por Verónica Gago 49

Una nueva oportunidad... para alcanzar la eternidad,
por Fabio Wasserman 52

Física de las sorpresas, por Diego Sztulwark 55

Palabras aladas, por María Pia López 60

Apuntes para filmar una escena, por Matías Molle 63

CRONICAR

Anecdotario de un extranjero en su propia ciudad,
por Manuel Bueno 71

TEXTOS ENCONTRADOS

Estado-Guerra, por Santiago López Petit 77

CINE Y POLÍTICA

Lugares de origen 84

Imágenes ausentes 98

NÚMEROS ANTERIORES

111